

EN HONOR DE LOS MUERTOS

POR

JOAQUIN D. CASASUS,

PRESIDENTE

DEL LICRO ALTAMIRANO

y

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MÉXICO

IMPRESA I. ESCALANTE, S. A.
1.ª Calle de 57 número 8.

1911

IV-1-48

F1405

C3

v. 1



1020085179

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

239

632
C
97 29

EN HONOR DE LOS MUERTOS

POR

JOAQUIN D. CASASUS,

PRESIDENTE

DEL LICEO ALTAMIRANO

Y

MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MEXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
1.ª Calle de 57 número 8.
1910

Alfonso Reyes.

[Faint, illegible stamp]

903 15

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

31496

IV-1-48

v-1

F 1405

C3

v.1



TIRADA DE ESTA EDICIÓN:

100 ejemplares, numerados, en Papel del Japón.

400 " " en Papel de Hilo.

Ejemplar Número 208

BIBLIOTECA CENTRAL
H.A.H.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN HONOR DEL SEÑOR LICENCIADO

DON MANUEL ROMERO RUBIO,

EN EL TEATRO NACIONAL,

EL DÍA 14 DE OCTUBRE DE 1886.

208



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS Y SEÑORES:

SERENO el ánimo, enjugadas las lágrimas que vertiéramos ayer, vueltos de la consternación y del espanto que la muerte pusiera en nuestros pechos, y consolado nuestro dolor con el bálsamo dulce que nos dejara la mano cariñosa del tiempo, venimos hoy á celebrar la apoteosis de una de las más nobles y de las más augustas personalidades de nuestra historia contemporánea.

Ayer sobre su tumba sollozó nuestro cariño y la Patria inconsolable abrigó su cadáver entre sus brazos para regarlo con su llanto.

Nada faltó en aquella imponente manifestación de duelo. Vistió el Estado el luto que el dolor deja en los corazones; amigos y deudos se agruparon á su alrededor para ensalzar las virtudes del

ciudadano y los méritos del hombre; el Arte cantó en su loor, y en su nombre los poetas le ofrecieron la flor de sus canciones; la Representación Nacional guardó sus mortales despojos en su recinto sagrado para perfumarlos con el incienso y con la mirra que ante ellas quemara el amor de su pueblo; y el ejército de la República lo vió pasar, envuelto en su mortaja, y lo cubrió cariñoso con la sombra tutelar de sus banderas.

Todos los Poderes Públicos, los veteranos que representan nuestras inmarcesibles glorias guerreras, la juventud que ha de guardar en sus manos, siempre verde, la oliva de la paz, todas las fuerzas vivas del país, la industria y el comercio que dan firme asiento á nuestras instituciones, el pueblo que trabaja y los próceres de la fortuna, todos formaron en aquel cortejo fúnebre que fué á depositar bajo la tierra sus despojos.

Aquel cortejo recordaba al que en los tiempos antiguos acompañaba el cadáver de los Dioses que habían en breve de volver á la vida.

Hoy nos reúne el deber, habla por nuestros labios la justicia y presiden esta suntuosa ceremonia dos augustas deidades: la Verdad y la Gloria. Entre las impurezas del presente, entre la candente hornaza de las pasiones humanas, venimos á recoger los altos hechos de una existencia consagrada al servicio de la Patria.

La Historia abre las páginas severas de su libro de bronce para guardar en ellas el recuerdo de su nombre; la Inmortalidad lleva sobre sus alas su memoria imperecedera para difundirla en los cielos oscuros y misteriosos del porvenir, y la República, en nombre de la Patria, deja sobre su tumba la corona de encina que sólo se ofrece á los grandes vencedores de la vida y de la muerte.

En verdad, la vida del Sr. Romero Rubio es digna de eterna recordación y del apoteosis que se le consagra.

Viven todavía los recuerdos de los actos viriles y legendarios que llevara á término en su edad juvenil; flota sobre la época triste y sangrienta de nuestras contiendas civiles su espíritu de concordia y su palabra benévola, como la atmósfera fresca de las tardes sobre campos del trópico quemados por el sol; en los surcos profundos que abriera en nuestro organismo social, palpita aún, llena de vida, la simiente de sus enseñanzas; vibra en la tribuna del Parlamento su voz tranquila, siempre reveladora de ideales levantados y de verdades serenas; guarda memoria la democracia de su fe de apóstol y de los buenos éxitos de mártir alcanzados en su propaganda; en las luchas por la nacionalidad, de todas partes amenazada, se ven el deber del ciudadano y las energías del patriota; en los actos de la Administración Pública se revelan

la habilidad del hombre de Estado y la lealtad de sus propósitos; en el alma de toda esta generación, testigo de su mérito incontestable, vive su inmenso espíritu multiplicado y difundido en memorias dulces, consejos sabios y acciones nobles, y la paz nacional conserva todavía los sólidos cimientos que él contribuyera á poner, apaciguando el odio de los partidos, serenando la tempestad de las pasiones y convirtiéndolo al héroe esforzado de la revolución victoriosa, en el ídolo y caudillo de su patria y de su pueblo.

El Sr. Romero Rubio nació y vió deslizar su juventud en pleno período revolucionario; pero nuestras revueltas intestinas dejaron en su espíritu, cruzado por raras intuiciones, dos sentimientos que fueron convertidos por él en los dos grandes amores de su vida: su odio á la revolución y su odio á la tiranía; esto es, su amor á la libertad y su amor á la Paz.

Dos fases bien distintas presenta su vida de hombre público sin que haya contradicción posible entre la una y la otra: su época de luchador y de combatiente audaz y su período de hombre de Estado, encargado de asegurar el progreso social bajo el imperio del orden. En la una y en la otra realiza, sin embargo, una armoniosa síntesis. Vive en el luchador el estadista, porque edifica y no destruye, porque gana próselitos, porque

convence y no anatematiza, porque, en fin, es un apóstol propagador de ideales y sembrador de bienes. En el estadista jamás se olvida al luchador: gobierna con las energías del combatiente, vence con el valor y la constancia con que se dominan las multitudes, y trueca el hierro de las luchas heroicas en el arado productor de las cosechas.

Triste y luctuoso período de nuestra historia, aquel en que diera los primeros pasos en la vida pública.

Dos tiranías gobernaban la nación después de haber ensangrentado y desolado el país: la del poder civil, la de Santa-Anna, que después de suprimir la República de nuestras instituciones, levantaba sobre sus escombros el despotismo militar, y que después de borrar de nuestros Códigos los derechos del hombre, los entregaba á merced de la soldadesca de sus cuarteles, y la del Poder religioso, la de la Iglesia, que después de arrojar á Dios de los altares y al ideal de las conciencias, cambiando sus sagrados paramentos por arreos de guerra, atizaba la discordia para quemar en sus hogueras el pensamiento humano.

Dos explosiones populares destruyeron aquellas tiranías: Ayutla y la Reforma.

La dictadura de Santa-Anna fué la consecuencia de aquel período de crecimiento de nuestro organismo social, que ora ya era sacudido por las

convulsiones epilépticas de los cuerpos gastados por decrepitud morbosa, ó era ya devorado por las fiebres intensas que determinan las crisis formidables de la infancia de la vida.

La realización de nuestra Independencia llevada á término por quienes con más saña la habían combatido y bajo el amparo de conspiraciones urdidas en las tinieblas de las sacristías, enturbó el agua lustral derramada sobre la patria libre y engendró los dos partidos que han retardado en nuestro país el reinado de la paz: el del despotismo con sus sangrientas hecatombes, y el de la libertad con sus convulsiones demagógicas.

Los dos partidos anhelaban por hallar una forma para la nueva nacionalidad: buscaba el uno, revolviendo el polvo de los siglos, los viejos moldes de las teocracias antiguas, las formas caducas de las monarquías decrepitas, ya socavadas en sus cimientos por la más pasmosa de las revoluciones humanas, y ensayaba el otro, acariciando nuevos ideales, teorías arriesgadas de difícil aplicación, obra de otra raza habitando distinto medio social y preparada á la vida política por diversa educación; quería el uno la prolongación de la época virreinal con sus despotismos y sus privilegios, y buscaba el otro, impaciente por sacudir de sus espaldas la opresión de tres siglos, la libertad sin freno, el gobierno del derecho sin el orden y el im-

perio de la ley sin la justicia; anhelaba el uno por desarrollar el comercio dándole por base el monopolio, por establecer el impuesto bajo la forma del estanco y cimentar el Tesoro sobre la exacción y el préstamo forzoso, y el otro pretendía suprimir los aranceles, crear la industria y el comercio con las ruinas que dejara en pie la concurrencia extranjera, derogar los impuestos para aliviar sus cargas al contribuyente y levantar el tesoro sobre el agio y la bancarrota: procuraba el uno, en fin, organizar la patria bajo un régimen tan opresivo que la libertad con su aliento poderoso debía siempre destruir, y el otro levantaba, ebrio de igualdad, un gobierno sin fuerzas y una autoridad sin respeto á quienes la necesidad del orden debía aniquilar.

Además de los vicios inherentes á sus respectivas escuelas, pesaban sobre aquellos partidos los atavismos de la raza y los obstáculos del medio social: Roma con sus circos y sus Césares y España con sus ideales heroicos y sus hogueras inquisitoriales.

Aquella nuestra fe fanática, seguida de rápido descreimiento; nuestro batallar incesante interrumpido por marasmo invencible; nuestro amor inconsciente por todos los ídolos unido á nuestra falta de obediencia para con todos los dioses; nuestra sumisión incondicional á todo poder, amalgamada con nuestra carencia de respeto para todas

las leyes; nuestro afán de realizar en un día el imperio del derecho cuando nos negamos á reconocer la eficacia del orden y la necesidad de un Gobierno, todo esto mantuvo á nuestros partidos entre la revuelta y el motín, entre las traiciones y los heroísmos, entre el ostracismo y el poder, entre el cadalso y la apoteosis, entre una vida imposible y una muerte irremediable.

Nunca, según la expresión de Mirabeau, estuvieron más próximos el Capitolio y la roca Tarpeya.

A la cabeza ensangrentada de Iturbide, tenía que unirse la cabeza comprada de Guerrero; al destierro de Gómez Farías debía seguir el ostracismo de Bustamante, á la Federación el Centralismo, y á la corona de Agustín I, el manto regio que pusiera sobre sus hombros su Alteza Serenísima.

Y la Patria? Del fondo obscuro de aquellas luchas convulsivas se la ve surgir sangrienta y mutilada, pero sin dejar de esperar en el amor de sus hijos. Fué heroica en Veracruz, desgraciada en Texas, burlada por la intriga y la ambición en Padierna; pero mártir sublime en Churubusco y Molino del Rey.

Cuando ya la espada y el valor no pudieron remediar el desastre, la Patria se irguió serena y fió su honor y su ser á la magestad augusta del derecho, y puso su salvación en el ideal que flota sobre todas las pasiones: en la justicia.

Y la Patria no se engañó.

Breves días de calma precedieron las orgías de la dictadura. En aquel Bajo Imperio, naufragio terrible de todas las libertades y de todos los derechos, se ve flotar todavía la noble majestad de un Antonino y la austera virtud de un Marco Aurelio.

Si la historia explica la dictadura de Santa-Anna, el despotismo justifica la revolución de Ayutla.

Si aquélla nace por la necesidad que el país siente de un gobierno fuerte, capaz de hacerse respetar, ésta brota y se difunde en todas las clases sociales, porque al lado de las quimeras, que habrán de seducir siempre á los pueblos latinos, trae esperanzas de posible redención.

Ninguna revolución ha aportado tantos bienes al acerbo social como la revolución de Ayutla, al par política y económica.

Sómosle deudores de la libertad religiosa que resume todas las libertades civiles, del reconocimiento de las garantías individuales, base de nuestra organización política; del imperio de la justicia á quien se le confiara la custodia de todos los derechos contra los atentados de todos los Poderes y de la división de la propiedad y de la expansión de la riqueza acaparada la una por el clero y encadenada la otra por el estanco y el monopolio. Latoranía del clero no era obra nuestra: desde el Oriente con el gran Constantino se había extendido so-

bre todos los pueblos de Occidente. Era la sombra del Imperio de Augusto proyectándose, al través de diez y nueve siglos, sobre las conciencias de todos los hombres.

Después de haber honrado la humildad sobre la tierra, había vestido su desnudez con opulento lujo y amamantado á sus pechos la soberbia; después de haber recogido el filtro del Amor infinito de los labios del Mártir del Gólgota había derramado por todas partes el veneno del odio; olvidando que había predicado la pobreza, había acaparado todos los bienes y todas las propiedades; después de haberse apoderado del lazo invisible que une á las almas con el cielo, había forjado las cadenas para atar á los hombres al carro de su despotismo, y después de haber encendido la esperanza de una vida eterna en las conciencias, había traficado hasta con los esplendores del cielo.

El clero piadoso que había llevado á la raza indígena desheredada los consuelos dulces del Evangelio y la había protegido contra las crueldades del conquistador, después de tres siglos de compartir el poder con el Estado, anatematizó la Independencia, condenó á Hidalgo y degradó á Morelos.

Vació sus tesoros para defender sus preeminencias, pero cerró sus arcas para no salvar á la Patria; fulminó sus excomuniones contra los que le arrebatában la coacción civil que recaudaba sus

diezmós y puso en sus altares á los defensores de sus privilegios, y abrió en fin, de par en par las puertas de sus templos y entonó sus tedeum en honor de los invasores que hollaban con sus plantas el suelo de la Patria.

La revolución contra el clero, preparada en las conciencias, la realizó la Reforma en los campos de batalla.

Nada más terrible, ni más sangriento, ni más popular. Los hombres y las cosas se sentían poseídos de una necesidad imprescindible de renovación. La savia de una vida nueva agitaba todas las voluntades y palpitaba en todas las inteligencias. No hay un período igual en nuestra historia. Hazañas inauditas de valor, esfuerzos colosales de una fe siempre despierta, batallas que eran hecatombes, combates homéricos porque los dioses tomaban participación en nuestras luchas y leyes inderogables que el pueblo ponía en manos de sus elegidos en fulgurante Sinaí, para saber después morir por ellas. Nuestros hombres se durmieron niños y despertaron héroes.

La guerra de Reforma trajo á la raza indígena una promesa: la propiedad individual que ha de matar al comunismo primitivo, enervador de todo progreso económico; á la Nación ofreció un beneficio: la destrucción de la mano muerta, estancadora de la riqueza; y aseguró á todas las conciencias la liber-

dad religiosa, garantizando la inviolabilidad del hogar para los que piensan y para los que rezan, é imponiendo el respeto en la vía pública á todos los apóstoles que predicán la excelsitud de sus doctrinas.

Gran participación tomó en estas luchas el Sr. Romero Rubio. Si Comonfort y Juárez son la personificación gloriosa de aquellas épocas, si Prieto fué el Tirteo de aquellos combates, Ocampo y Lerdo los iniciadores, González Ortega el paladin y Baz la actividad vigorosa, Romero Rubio fué el apóstol difundidor de las nuevas doctrinas y el nervio y la energía en el consejo y en la acción.

La voz tranquila del jurisconsulto, sin relampagueos juveniles, resonó en el constituyente en defensa de las ideas más avanzadas: fué político y conspirador, pero patriota y liberal.

En la guerra de Reforma fué soldado y pensador, fué héroe y consejero.

Y quién no fué soldado? Cuando al éxito dudoso de las batallas se fía el triunfo de los ideales que un pueblo persigue al través de su historia; cuando se sacuden despotismos seculares que han pesado sobre las conciencias y las voluntades; cuando en el suelo de la Patria son las llanuras campos para el combate y las montañas baluartes para la defensa y el rayo de la guerra vibra aterrador en los cielos, todos los brazos son armas, todos los hombres soldados.

El Sr. Romero Rubio cambió la toga por la espada y luchó por la reforma; pero hizo algo más, decidirla con enérgica virilidad.

Cuando desde Veracruz, Juárez y sus elegidos vieron propagarse en todo el país el incendio de la guerra civil y de pie junto al abismo inmenso abierto por treinta años de incesantes discordias, consideraron necesario tener el ideal para pasar á la victoria, fueron sobrecogidos de espanto y se sintieron detenidos por la duda. Entonces el Sr. Romero Rubio realizó uno de los actos más dignos de eterna remembranza. Aconsejó con vigor y con fe la expedición de las leyes de Reforma, alentó á los apocados, fortificó á los vacilantes y al contacto de su corazón caliente y de su inteligencia poderosa se irguió como las rocas, incommovible, la voluntad de Juárez.

Y la Reforma fué.

Sin una nueva lucha no pudo encontrar sólido cimiento. La guerra volvió á encender su tea incendiaria; pero entonces los vencidos buscaron su fe en otros ideales, calentaron sus pasiones con otro sol, hallaron sus recursos en ajeno tesoro, pusieron su patriotismo en otros pechos y confiaron su triunfo á otros soldados y á otros hombres. Dos errores y una sola traición desgarraron al país: la Intervención y el Imperio.

Que pase sobre ellos nuestra palabra como so-

bre ellos pasaron ayer nuestros soldados: los pies en el lodo y en la sangre y en la traición, las frentes coronadas por los arreboles de la gloria!

El triunfo y restablecimiento de la República abren un nuevo é importantísimo período en nuestra historia: nuestro desarrollo político se trueca en una inmensa operación de integración, la materia cósmica disuelta se organiza en mundos, y los mundos en su vuelo infinito recogen sus alas para obedecer á un armonioso sistema.

El partido liberal en el poder siente la necesidad irresistible de convertirse en partido de gobierno, en partido nacional. Si antes supiera conquistar libertades entre el humo de los combates y destruir despotismos por medio de conmociones populares, sacando de aquel caos una Constitución, base de una organización política, y unas leyes, asiento de una nueva sociedad, le era necesario mañana cambiar por el orden sus movimientos convulsivos, en virtud de una ley de diferenciación, abandonar los innúmeros partidos engendrados por las necesidades apremiantes del ataque y de la defensa, para agruparse al rededor de los hombres preponderantes capaces de gobernar, y hacer de la paz, un hecho siempre accidental de nuestra vida política, la condición definitiva de nuestro progreso.

No es lo mismo obtener en la guerra la victoria

que asegurar una paz estable y á su sombra preparar un pueblo para la conquista de sus grandes destinos. Lo primero lógranlo todos los héroes, obrando bajo el impulso de intuiciones maravillosas; para lo segundo es necesario llevar la tranquilidad á todas las conciencias, dar trabajo á todos los brazos, calmar la sed humana del derecho, apurando en su copa gota á gota sus mercedes, establecer el imperio de la ley sacrificando la indisciplina de las libertades y hacer respetable la autoridad, ungiéndola con el prestigio popular y dándole la fuerza necesaria para hacerse obedecer.

Bien apercebidos para esta tarea venían todos los elementos de que podía hacer uso la Administración Pública.

El ejército no tenía jefes sino caudillos, los soldados traían en sus cartucheras su ración de gloria, y caudillos y soldados venían á reposar bajo la sombra de sus laureles.

El viejo ejército pretoriano, alma de los motines y obra de las victorias, se había desprestigiado en las traiciones, había abandonado sus armas y sus pertrechos en todo el territorio nacional, y se había disuelto en las derrotas.

El partido conservador había quedado expirante en Querétaro, condenado á la impotencia y á la impotencia; el partido moderado, el náufrago de

la guerra de Reforma, había encallado para siempre junto al trono de Maximiliano.

Los hombres públicos traían tesoros de experiencia hallados en la adversidad; y el pueblo se sentía aguijoneado por la necesidad del trabajo; para dar pan y vínculos de unión á las familias dispersas por la guerra.

La Nación experimentaba el deseo de darse una organización poderosa, de llenar el tesoro vacío con el impuesto de los ciudadanos, de pagar la deuda pública como testimonio de fuerza y de honradez, de expedir leyes en consonancia con las nuevas instituciones para amparar la libertad de todos, y hacer respetar el derecho de cada uno y de fiar su suerte á las altas é incommovibles decisiones de la justicia.

Un error de los constituyentes, error funesto, hizo imposible la trasmisión de aquella paz civil. La justicia, que es la suprema garantía de la estabilidad en los pueblos libres, quedó sujeta á los vaivenes electorales, y obedeciendo por ende á los programas políticos; porque quedó ligada por eslabón fortísimo á la organización que se diera á la dirección de los negocios públicos. La justicia inamovible, en divorcio forzoso entonces de la política y del sufragio popular, hubiera evitado á la Patria las últimas conmociones precursoras de la paz actual.

Aquellos sacudimientos populares fueron por

fortuna los últimos esfuerzos hechos para acomodar nuestros ideales á la realidad. Y entonces lució en nuestro cielo la aurora de un nuevo sol.

Nuestro actual momento histórico no puede ser juzgado todavía de una manera definitiva; pero hay un hecho capital que lo caracteriza, y constituye el elemento perdurable que habrá de distinguirlo en el transcurso de los tiempos: la paz y la transmisión de ella á las generaciones de mañana.

La paz se ha levantado sobre tres sólidos fundamentos: las mejoras materiales, la educación popular y el orden.

Las mejoras materiales han dotado á nuestra nacionalidad de una inestimable cohesión. Nuestras comunicaciones, facilitadas por extremo, no sólo nos han permitido unir las extremidades del país con el corazón de nuestro organismo social, y abrazar los dos mares que bañan nuestras costas y ligarnos con lazos de hierro indestructibles á la gran República americana, centro de consumo de la producción nacional, sino que han hecho imposibles ó pasajeras las asonadas y las conmociones populares, porque han vigorizado la Federación con la acción rápida y enérgica de un gobierno fuerte.

La educación popular ha levantado el nivel moral é intelectual del país y ha hecho conocer la gran fuerza que encierran el libro y la escuela para operar la transformación de un pueblo.

El orden representando el sacrificio de nuestras inquietudes de raza, es el elemento primordial de la paz; porque es el que consolida nuestra actividad política y le permite seguir los nuevos rumbos emprendidos con inquebrantable fe.

¡Qué inmensa labor representa la consolidación de la República!

La vislumbraron nuestros pensadores, la soñó nuestro exaltado patriotismo, y la han llevado a término la fe, la energía, la pericia de nuestros estadistas. Esta obra ha sido proseguida silenciosamente, sin el estruendo de las victorias guerreras: ha sido ejecutada no en un reducido campo de batalla, sino en la extensión inmensa de nuestro territorio; no se ha realizado por obra de misterioso conjuro, en el instante en que los dioses disponen de la vida y de la muerte, sino lentamente, al través del tiempo, y contando con su ayuda, y si no aclaman sus prodigios la procesión de los vencidos siguiendo el carro del triunfador, si existe, para ensalzarla, la voz de los talleres, el estruendo de las fábricas, el silbar de las locomotoras, las palpitaciones de la vida comercial y el hosanna inmenso de todo un pueblo que piensa y que trabaja.

El Sr. Romero Rubio fué también un héroe en estas luchas pacíficas, un apóstol del nuevo Evangelio y un pontífice de la nueva religión.

En los Cuerpos Legislativos, en la prensa, en el

Gobierno, en las luchas políticas, en su propaganda activa, en sus predicaciones constantes no persiguió otro ideal que la consolidación de nuestras instituciones, ni anheló sino por el respeto á la autoridad y por el reinado de la paz.

Pero nunca fueron mayores sus servicios, ni de sus manos brotaron mayores bienes, ni su energía dió más sazonados frutos, ni su obra fué más duradera, que cuando unido al pacificador de la República y fundiendo en un solo amor, su amor á la Patria y á la familia, le dió á aquél un lugar donde reposara su cabeza cargada de laureles, consagrando toda su actividad y toda su inteligencia á la realización de la concordia y de la paz.

Si la Patria debe el orden y la prosperidad al soldado que rompió la espada de sus victorias para representar la autoridad envuelta en el manto augusto del derecho, débele al Sr. Romero Rubio la unión de todos los mexicanos, su esfuerzo para sostener la paz y una gran parte de la labor emprendida para transmitirla á las futuras generaciones, arraigándola en lo más hondo de nuestro organismo social.

El Sr. Romero Rubio, cuando joven, fué un estadista extraviado en el laberinto de nuestras asonadas y motines, y en su edad proveya, cual si gozara de un renuevo de juventud, fué el paladín esforzado en las luchas tranquilas de la palabra y de la política.

Once años de un trabajo incesante y rudo no minaron aquella existencia, ni doblegaron su energía, ni enervaron su voluntad siempre sana, ni nublaron su inteligencia como nunca luminosa, ni hicieron vacilar su fe siempre inquebrantable, ni agotaron su actividad como jamás despierta, ni hubieron de cerrar el manantial de su bondad siempre inagotable.

La muerte, la implacable segadora de vidas, hiriólo en pie, lo sorprendió en plena labor, cuando se disponía á proseguir con más ahinco aún la elaboración del orden y del progreso. Sin embargo, fué feliz hasta en la muerte; porque murió antes de que se marchitaran sobre sus sienes las rosas frescas de la dicha; porque murió en plena prosperidad.

Bien pueden repetirse las palabras de Esopo, que recuerda Plutarco al hablar de la muerte de Pelópidas, el héroe tebano.

"La muerte de los hombres que mueren en la prosperidad no es para ellos una desgracia; al contrario, es su término el más feliz; ella guarda sus grandes acciones en un asilo seguro donde viven al abrigo de los reveses de la fortuna."

Señor: tu nombre y tus hechos gloriosos tienen un asilo seguro en la memoria de la generación que te sobrevive y ella será la que, fiel y cariñosa, entregue á la historia mañana, el sagrado depósito que á su custodia se confía.

Es el tiempo, no obstante, quien mejor que nosotros ha de celebrar tu apoteosis. Cuando la oración llena de amor que hoy brota de las almas de los tuyos haya enmudecido para siempre, cuando las voces que vibran en el silencio de nuestros hogares enseñando á nuestros hijos á bendecir tu recuerdo y á ensalzar tu nombre, se hayan apagado, cuando el polvo de las edades haya caído sobre tu tumba y el porvenir te haya envuelto en su frío sudario de nieve, tu vida surgirá más limpia y más hermosa, libre de las impurezas de la realidad y del hálito emponzoñado de las pasiones humanas.

Tienen los grandes hombres el privilegio de las altas cimas. Para que se las vea desprenderse de la tierra donde arraigan sus cimientos y levantar sus crestas como una plegaria hasta los cielos, es necesario contemplarlas desde inmensas distancias. Cuando la sombra envuelve al mundo y el sol se ha hundido tras del límite lejano del horizonte, todavía se vé brillar sobre ellas, cual fulgurante antorcha, su último resplandor.

Y así habrás de ser tú

Nuestros pósteros admirados te habrán de ver mañana, surgir del fondo oscuro de nuestra edad presente, y sobre tu vida y sobre tu nombre, cuando nuestro sol se haya apagado, verán encenderse como un faro las luces inmortales de tu gloria.

Octubre de 1896.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LAS HONRAS FÚNEBRES DEL SEÑOR

J. H. DUARTE PEREIRA,

REPRESENTANTE DEL BRASIL

EN LA

CONFERENCIA INTERNACIONAL AMERICANA



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:



PROFUNDAMENTE emocionados, con los ojos encendidos por el dolor, y brotando de nuestros labios una plegaria unísona, venimos á tributar nuestros últimos homenajes á los mortales despojos de quien ayer todavía era un obrero inteligente y laborioso en la noble tarea de paz y concordia que habrá de llevar á buen término y remate la Conferencia Internacional Americana.

Docitur semper nova pompa morti, dijo con razón Séneca el trágico, y es la Muerte hoy quien, clareando nuestras filas, nos lleva y arrebatada á un prócer ilustre que rindiera en todo tiempo culto fervoroso á los supremos ideales de la justicia y consagrara su vida toda á perseguirlos con amor y con fe.

La muerte del Excmo. señor Duarte Pereira, ha sembrado la consternación en nuestras almas; no sólo porque nosotros los humanos vivimos como si debiéramos vivir siempre, sino porque es triste dejar en la mitad del camino á alguno de aquellos que, con nosotros, emprendieran la jornada. Hay, no obstante, un lenitivo para nuestra angustia y un consuelo para nuestro dolor: los honores que todos nos congregamos á rendirle para prolongar con ellos su memoria entre los hombres.

Hagamos el elogio merecido de su vida, que nuestra lengua encumbre su nombre haciendo recuerdos de las hazañas realizadas por él en su existencia laboriosa, que sólo deben violarse las leyes de la muerte en favor de los hombres buenos y sólo debemos admirar lo que el mérito levanta por encima de nosotros.

La vida del señor Duarte Pereira fué útil por extremo; toda ella fué consagrada á la enseñanza de la juventud, al estudio del Derecho y al servicio de su patria. Amó al profesorado, y en la cátedra de la Facultad de Recife, así como en la vida pública y privada, no fué más que un maestro. Su palabra dogmática estuvo siempre llena de enseñanzas.

Fué un sacerdote del Derecho, misionero de paz que ansiaba por la conversión de los pueblos á la religión de la justicia. Para él las controver-

sias civiles de los hombres debían ser evitadas antes que dirimidas por la ley, los conflictos políticos no debían tener otra norma que la libertad, y las contiendas internacionales más solución que las que pacíficamente se obtienen por el arbitraje.

Era un cruzado que marchaba en busca del arca santa de la justicia que vemos flotar, desde hace siglos, sobre el encrespado mar de la discordia humana.

Fué un patriota y en la Asamblea Constituyente del Brasil y en el Senado más tarde, consagró su actividad y sus energías á fortificar la República, á reconstituir la patria, á asegurar la responsabilidad de los mandatarios del pueblo y á organizar la justicia administrativa.

Su vida fué corta si la hubiéramos de medir por el número de años que alcanzó; pero él la hizo larga, merced á una incesante y fructuosa labor. Puede decirse de él, con verdad, que duró poco, pero que vivió mucho.

En el seno de la Conferencia Internacional pudimos apreciar todos, el temple de su carácter y su prestigio moral.

A pesar de hallarse minado su organismo por enfermedad traidora, abandonó una existencia tranquila que hacía próspera su honradez profesional, para venir á una tierra lejana á unir su esfuerzo al de todos en favor del programa que ha-

brá de realizarse para poder hacer de la América una sola patria.

Venia á discutir los medios más apropiados para conocernos los unos á los otros, el establecimiento de vías rápidas de comunicación para acercarnos é identificar nuestros intereses, el pacto de nuestra unión que habrá de hacernos fuertes y el modo de ensanchar nuestras relaciones comerciales que habrá de hacernos prósperos: hermoso ideal que la América acaricia para poblar sus bosques todavía vírgenes, para explotar sus riquezas no exploradas aún, centuplicar sus fuerzas y vivir en paz.

Debemos lamentar la muerte del señor Duarte Pereira, que fueron siempre poderosos elementos de unión y de concordia su palabra persuasiva y dulce, su consejo prudente y sabio y su actitud discreta y noble.

La tierra mexicana, donde va á reposar por ahora, no podrá ser para él tan amorosa como el suelo de la patria; la lengua con que ensalzamos su nombre no podrá hablarle con el encanto de la lengua nativa; pero en esta tierra lo abrigamos con el calor de nuestro afecto, para que no eche de menos la suya mientras vuelva á ella; y nuestra lengua hará recordar que ramas son de un mismo árbol cuyo tronco arraiga en una tierra común.

Señores:

Volvamos un momento los ojos al hogar vacío donde llora en silencio una esposa atribulada. Que ella recoja para consuelo los últimos ecos de nuestras palabras. Su dolor de hoy sólo puede compararse con su dicha de ayer.

De aquellos esposos debe decirse lo que dijo Tácito en elogio de Agrícola y de su consorte: «*Vixeruntque mira concordia, per mutuum caritatem et invicem se anteponendo.*» «Vivieron en perfecta concordia, unidos por mutuo cariño y amándose uno al otro más que á sí mismos.»

Inclinémonos respetuosamente ante dolor tan profundo.



LOS ÚLTIMOS DÍAS

DEL MAESTRO

IGNACIO M. ALTAMIRANO



Washington, Febrero 13 de 1906.

SR. D. ANGEL DE CAMPO.

México.

Mi muy querido amigo:



TIENE Ud. un mágico don que á muy pocos es dado poseer: sabe Ud. ver hombres y cosas, y cuando da Ud. cuenta de lo que ve, lo muestra en tal forma y manera, y le infunde tal calor y vida, que lo presenta á nuestros ojos como si la naturaleza se encargara de reproducir sus mismos cuadros ó nuestra alma se propusiera volver á vivir sus propias impresiones. No es Ud. un simple paisajista que se limite á reproducir la verdad del paisaje y que copie el color y la forma, y la luz y la sombra, y la distancia y la perspectiva, y en cuya obra falte ese fluído misterioso é invisible, que da matiz al

color, relieve á la forma, fulgor á la luz, tono á la sombra, vaguedad á la distancia y encanto á la perspectiva, y que sólo se puede hallar en la vida misma, cuando ella se manifiesta á nuestros ojos en todo su esplendor, no; Ud. es un artista y artista creador, y lleva Ud. á cabo, en efecto, una verdadera creación cuando habla de hombres y de cosas; esto es, cuando reproduce los unos, y cuando se propone hacer conocer á las otras en ese ambiente que los rodea y que los vivifica.

Si no tuviera tantas y tan repetidas pruebas de esa verdad, bastaríame para formar esta opinión, la hermosísima carta que Ud. me ha enviado con el deliberado propósito de ocasionarme una emoción profunda á cuyo influjo desapareciera la extrañeza que me causaba su prolongado silencio.

Y á fe que logró Ud. su deseo, porque volví á ver, á través del tiempo y la distancia, la casa nuestra de la calle de Humboldt, que si mi mujer y yo construimos con el abundante ahorro que una honrada labor de muchos años me produjera, Uds., mis amigos, la han calentado con su cariño, la han poblado con sus recuerdos y la han santificado con las ofrendas piadosas que siempre nos han llevado, considerándonos y respetándonos, como si para todos Uds. hubiéramos sido dioses penates, lares familiares, siempre merecedores de las primicias de sus campos y de sus ingenios.

Yo he sido muy rebelde á las lágrimas; las mayores emociones de la vida no me las han hecho derramar, porque las he guardado tan sólo como la ofrenda extremosa de mis más punzantes dolores; y sin embargo la satisfacción íntima, la felicidad compartida, la emoción artística me las han hecho verter más de una vez.

Por eso encontrará Ud. natural que le declare y confiese, que cuando leí su carta, como quien apura un vino añejo y sabroso, hubiera sentido mis ojos empañados por una lágrima, que era el mejor tributo que podía dar al amigo ausente, á su recuerdo siempre vivo, al artista incomparable y á la hermosa obra de arte que presentaba ante mis ojos.

Ud. hizo una visita á mi casa solitaria y muda, al jardín plantado por nuestras manos, donde sólo hoy se pasea, como símbolo de nuestros ensueños de ayer, el ave de Juno que ostenta su espléndido abanico; á la biblioteca donde yacen amontonados mis libros preferidos, esperando que mis manos piadosas los abran de nuevo; y Ud. me ha permitido á mi penetrar en un palacio más inmenso que la casa mía; en un jardín mejor poblado de pájaros y de flores que el nuestro, y en una biblioteca más rica que la que encierra todo lo que mi memoria, en parte asaz pequeña por cierto, guarda como inestimable tesoro: porque yo he visitado el alma de

un amigo, y cuando en ella he entrado, me he dado cuenta de toda su inmensidad, de toda su riqueza y de todos los nobles sentimientos que ella abriga.

Ud. salió triste de la visita hecha á mi casa; y yo he salido risueño y orgulloso de lo que hice á su espíritu; risueño por el bienestar que produce la contemplación de las cosas nobles, orgulloso por la satisfacción que deja toda ambición colmada.

Los hombres como Ud. nos hacen grata la alegría de vivir; porque nos hacen olvidar todas las miserias que la vida tiene, los dolores punzantes de la ingratitud, las amarguras del vicio, las infamias de la traición, las ruindades del engaño, los rencores del odio, los desfallecimientos de la desconfianza y las blasfemias de la hipocresía, para presentarnos tan sólo, como un aliento y como una esperanza, el cariño que conforta, la gratitud que recompensa, la bondad que alegra, la virtud que apoya y la fe que guía.

Los hombres como Ud. nos reconcilian con la humanidad; porque nos estimulan á ser buenos y nos alientan para hacer el bien; porque nos enseñan á ser agradecidos ennobleciendo los beneficios recibidos; porque nos demuestran que si la vida tiene desengaños, tiene también y en mayor número satisfacciones gratas, y porque nos hacen ver que si las flores tienen espinas que punzan, también tienen perfumes que embriagan.

Ud., que sabe que soy hombre de inmensa fe porque tengo confianza en mis amigos, como la tengo en la vida, que me ha dado más beneficios que los que le pedí, y porque estoy dispuesto siempre á recordar los servicios y á olvidar los agravios, podrá comprender la satisfacción dulce que experimenté al tener una ocasión más de confirmar la idea que de Ud. he abrigado siempre y al ratificar el concepto que me ha merecido, de ser entre mis amigos el más fiel entre los agradecidos, uno de los más ricos en virtudes, entre los buenos, y uno de los más pobres de defectos entre todos.

Evocó Ud. en su carta recuerdos para mí tan gratos, que yo también volví á vivir un momento los años ya pasados para jamás volver, cuando siendo Ud. el Benjamín entre los discípulos del Maestro, me disputaba la preferencia de su cariño, tanto más justo en favor de Ud., cuanto que si era yo el más asiduo y el más fiel, era el menos desinteresado, porque si iba á la colmena á recibir ejemplo y lección de las abejas laboriosas, también me consagraba á robar la miel más rica que él con infinito amor había elaborado y depositado en sus panales.

Y recordé también aquellos días cuando ido el Maestro y confiada por él á mí la custodia del rebaño del cual era el pastor, no me sentía bien hallado con aquel encargo y hacía lo posible para ale-

jar á las ovejas que por dondequiera me buscaban, lográndolo respecto de todas, con excepción de una, que penetraba en la majada contra viento y marea, tal vez porque adivinaba mejor que nadie, que el aspecto huraño del nuevo pastor tan sólo espantaba á los que á él no se acercaban; que su seriedad adusta se disolvía fácilmente en una risa franca, y que la dureza del rostro no llegaba hasta el alma pronta siempre á fundirse como blanda cera, al calor de los afectos grandes y profundos.

Y pensé en el día que lo llevé á Ud. á mi lado para ayudarme en una labor ingrata, á recoger y resumir datos estadísticos para un trabajo que pensé ejecutar y no llevé á cabo, ¡cosa rara! pero labor para Ud. no tan ingrata que ella no viniera á ser causa del amor que profesó Ud. desde entonces á los asuntos de Hacienda Pública y que lo condujo al Ministerio de Hacienda, en donde ha sido y es uno de los primeros que llegan y de los últimos que salen, siempre apercibido al cumplimiento del deber, para merecer el elogio que no siempre callan los labios de amigos comunes nuestros, á quienes Ud. y yo admiramos y amamos por igual.

He exclamado ¡cosa rara! al hablar de aquel trabajo proyectado y no concluído, porque no gusto nunca apartarme de una labor iniciada; pero mis amigos todos me absolvieron de este pecado, pues la necesidad de ir á Europa á la Conferencia Mo-

netaria de Bruselas, dió lugar á que levantara mi tienda y dirigiera mis pasos hacia el viejo Continente, para cumplir allá dos deberes igualmente penosos; oír el «De profundis» que los economistas entonaban al destronar para siempre al metal blanco de las augustas funciones monetarias que por muchos siglos había desempeñado; y acompañar al Maestro durante la lenta y terrible agonía de aquella hermosa existencia consagrada, para suplir las deficiencias de la naturaleza, á la formación y educación de una familia agrupada por su generosidad en el hogar suyo, y á la multiplicación de su alma en la inmensa familia de sus discípulos.

¡Qué espantosa desilusión la mía! abandonar mi bufete que ya empezaba á ser lucrativo, para ir á defender los intereses de nuestro país, vinculados en el empleo de la plata como moneda, y verla para siempre destronada y su precio descender á límites nunca antes alcanzados y que jamás soñara el mundo, que asentaba sobre inmensa base de plata la fijeza del valor de todas las cosas que se compran y que se venden; y dejar la sociedad de mis amigos, la atmósfera de cariño con que siempre me han envuelto, con el objeto de ir á viajar con el Maestro y hacer la peregrinación piadosa por Atenas y por Roma de que muchas veces habíamos hablado, y verlo morir lejos de sus discípulos amados y, rodeado tan sólo del afecto de su familia y

del respeto de los hombres en aquella hermosa aldea de San Remo que calienta el cielo azul de Italia, que sombrean los olivos de las montañas y que arrullan las ondas del Mediterráneo.

A pesar de los años transcurridos, mi memoria me representa con admirable fidelidad el cuadro que sorprendimos á nuestra llegada á Francia. ¡Él, que se anticipaba á todos nuestros deseos, no estaba en el Havre para recibirnos! ¡Él, que vivía impaciente por volver á vernos, no era el primero en darnos la bienvenida!

¡Harta razón tenía para ello! Todavía no llegaba el invierno; apenas las hojas secas comenzaban á bailar en el aire la fantástica danza otoñal, cuando ya él había encendido las chimeneas y se pasaba las noches sentado á su calor dulce, como si hubiera querido entibiar con el calor de fuera el que la fiebre de una terrible tuberculosis encendía en sus entrañas.

El Maestro jamás pensó que la tuberculosis fuera la enfermedad que lo llevara á la tumba, porque se preciaba de tener sanos sus pulmones, los cuales creía haber robustecido, según él contaba, mazzando los pedazos de resinoso ocote con que jugara en sus años infantiles.

Yo no sé si le he dicho á Ud. alguna vez la verdad toda entera, á este respecto; pero nadie de la familia se había dado cuenta de que la muerte se

cernía sobre su cabeza. Fué Catalina, ya muy amaestrada en estas femeniles tareas, la que descubrió, acariciándole las manos, que todas las noches París encendía en sus venas, no la fiebre de los placeres, que á muchos agita y atenace, sino la de la muerte, que á nadie perdona.

Se hizo necesario que todos nos dispersáramos: que yo me marchara para Bruselas con toda mi familia, y que él partiera para San Remo; que yo me fuera á ver caer la nieve, como plumas blancas de pájaros invisibles desgarrados por la tempestad, y que él se fuera á calentarse al calor del sol del mediodía, en la tierra legendaria de los naranjos en flor.

Sin embargo, no creíamos que la tragedia estuviera tan próxima y el fin tan cercano; y que aquella vida, de la cual tantos bienes podían esperar aún los amigos y la familia y la patria, hubiera de troncharse cuando prometía una abundante cosecha de frutos sazonados.

Yo ignoro si nos sorprende la muerte porque creemos tener el derecho de vivir siempre, ó porque á fuerza de amar la vida nos imaginamos que debemos estar perpetuamente en íntima comunión con ella; pero el hecho es que, al llegar, es siempre inesperada, ya sea que nos visite á nosotros mismos ó á aquellos á quienes amamos.

De regreso de Bruselas nos detuvimos unos

días en París, no para conocerlo sino para ver sus calles, las cuales ni siquiera había recorrido á pesar de haber vivido en París durante muchos días.

La necesidad de llevar á cabo algún trabajo sobre la cuestión de la plata, que el Maestro me vió escribir y que no me permitía dormir sino cuatro ó cinco horas, fué causa de que, no obstante el inmenso alboroto que tenía yo por ver á París y por recorrerlo en todas direcciones, desde el Quartier Latín hasta Montmattre, y desde las Buttes Chaumont hasta el Arco de la Estrella, no hubiera llegado á aventurar un solo paso en aquella Babilonia. Ver á París era caer en los brazos de la tentadora Circe y no escribir el libro; y escribir el libro era renunciar á todos los encantos del espíritu que París encierra en sus calles, en sus teatros, en sus templos, en sus museos, en sus escuelas y en sus institutos.

El sentimiento del deber venció al fin; y estando en París dejé de ir á pensar en lo efímero de las grandezas humanas bajo la cúpula de los Inválidos; á embriagarme con la gloria en los subterráneos del Panteón; á buscar la poesía bajo los techos de las bohardillas donde cantan como mirlos las grisetas enamoradas; á acercar mis labios á las linfas de aquel inexhausto río que corre desde la Sorbona hasta el Instituto; á enloquecerme con los entusiasmos que las emociones artísticas despier-

tan en el Louvre, y á escalar los cielos de nuestros ideales por la escala fantástica de Jacob, por donde bajan todos los ángeles y suben nuestros ensueños, en ese inmenso foco de vida intelectual de esa ciudad que, con justicia, se llama el cerebro del mundo y el corazón de la humanidad.

Pero las cartas del Maestro, que nos llegaban con toda regularidad, comenzaron á faltarnos; alguna ya no pudo ser firmada por él; y nuestra inquietud apenas adormecida, y nuestro amor á él siempre vivo, nos hicieron de nuevo renunciar á París para ir á acompañarlo á San Remo.

Él habitaba en la Pensión Suiza, donde tenía un pequeño cuarto cuya puerta de entrada se hallaba al extremo de un corredor interior con un balcón que daba al patio, con vista sobre el mar.

En los primeros días de su estancia en San Remo experimentó un alivio pasajero, y pudo, en las mañanas tibias, salir á hacer su ejercicio y acercarse á las orillas del mar histórico para escuchar en su rumor constante las voces jamás calladas de los siglos que cantan, como en la dulce flauta de Pan, todas las glorias del Mediterráneo.

Cuando nosotros llegamos, ya no le era dado abandonar el lecho; las fuerzas le faltaban para ponerse en pie, y la alegría del espíritu para hacer el esfuerzo vigoroso que la vida exige para recobrar la salud.

¡El cuarto de aquella Pensión Suiza lo estaba ahogando! Él, acostumbrado á vivir al aire libre, á respirar el de las montañas del Sur, á llevar una vida siempre activa, á pasearse con sus discípulos por los jardines de Academo y á recorrer las calles y las plazas de París, no podía sentirse contento encerrado entre cuatro paredes, sin tener otra compañía que la de Margarita que, como buena hermana de la caridad, velaba las noches y velaba los días, siempre bulliciosa, risueña siempre, sin exhalar una queja, y jamás cansada!

Entonces yo le propuse arrendar por todo el resto del invierno una villa de las pocas que quedaban vacías é instalarnos en ella para disfrutar de más comodidad y tener un jardín donde pasearnos, y unos árboles que nos dieran sombra, y una sombra que nos ofreciese abrigo, y un abrigo que calentara nuestras tristezas á fin de hacer de la tristeza de todos, en la grata unión de la familia, el contento y la alegría que él necesitaba para vivir.

Y arrendé la villa Garbarino y á ella nos pasamos pocos días después de haber llegado, llevándolo de manera penosísima, en un sillón, muy envuelto de los pies á la cabeza, lentamente y paso á paso, como si fuéramos en fúnebre teoría.

La emoción que la villa le produjo fué gratísima, porque en ella abrigó la última esperanza de prolongar su vida hasta la primavera próxima, y

comenzó en el acto á fraguar nuevos proyectos para volver á la patria. Ya no quería que fuéramos á Grecia para ver cómo en ella el arte había nacido en toda la plenitud de su hermosura, como Venus saliera de las ondas del mar; ya no ambicionaba que fuéramos á Roma para ver cómo en ella el derecho había surgido, cual Minerva que armada brotara del muslo de Júpiter; ya no soñaba que fuéramos á Alejandría para ver la cuna de la ciencia cultivada por los sabios del Museo; sino que su ensueño era regresar á la patria para volver á vivir la vida de sus desastres gloriosos y ver cómo, á pesar de ellos, lograba, por el orden y la paz, el respeto de los propios y de los extraños, el engrandecimiento y la prosperidad.

Como el Maestro, antes que otra cosa, era un patriota, nada lo exasperaba más que morir lejos de las playas de la patria, que no verse rodeado de sus amigos y de sus discípulos. Él, á pesar de ser también un poeta y á pesar de ser, como él, un guerrero, y á pesar de ser, como él, un amante de la libertad, no hubiera como Byron privado á la Inglaterra de poseer sus huesos para ir á morir por la libertad de Grecia; porque nada en él podía substituir el amor á la patria, ideal de sus ensueños de poeta, amor de sus triunfos de guerrero, ilusión constante de toda su vida. Si Byron quiso castigar á Inglaterra, privándola de sus huesos, el

Maestro quiso premiar á la patria, devolviéndole sus cenizas.

Nuestros primeros días en la villa fueron dulces y gratos. La casa, si no espaciosa, era cómoda: en la planta baja tenía dos salones y el comedor; y en el piso alto tres recámaras con balcones para el jardín, desde los cuales podía contemplarse la hermosura incomparable del Mediterráneo que deja ver en las mañanas la línea oscura de la Córcega, y tenía otros dos pequeños que daban hacia la puerta de entrada, desde los cuales podía mirarse el caserío del viejo San Remo y el verdor de los olivos y la cumbre de las montañas que se estrechan en maciza cadena, cerrando el horizonte.

El jardín era amplio; tenía palmas que nos recordaban la patria por las quejas que el viento dejaba entre sus abanicos, y tenía naranjos de aquellos que él había cantado con la lira de la juventud, de los del Sur, de los de nuestra tierra caliente, que guardan en sus azahares el olor de nuestras mujeres, en sus frutos el sabor de nuestras dichas y en sus hojas el color de nuestras eternas esperanzas: y tenía camelias que estaban llenas de flores, y tenía rosas, de aquellas tardías que Horacio ordenaba buscar á su esclavo para coronar las copas en sus festines, y tenía enredaderas que trenzaban sus tallos en los cenadores dejando colgar como lámparas sus racimos de flores amari-

llas y moradas. En aquel jardín había un pozo que era el que daba el agua para el riego, y en el pozo un cubo que era con el que se extraía, y el cubo estaba suspenso de una rueda en que dormían los rumores que los muchachos habían de despertar en las mañanas.

El jardín se hallaba limitado por una amplia barda desde la cual se dominaba la calle y se veían, como si fueran á tocarse con la mano, los dátiles, los hermosísimos dátiles de la villa de Nobel, que era la que estaba en frente de nosotros, edificada junto al mar y tan cerca de él, que parecía que las olas besaban las avenidas de sus parques. Junto á la barda estaban los sillones: unos de mimbre de los que se usan en el verano, y otros con techo como los que se usan en las estaciones balnearias, y sobre ellos las hojas secas desprendidas de los árboles, y los juguetes de los niños y los libros por nosotros abandonados.

Una noche estábamos reunidos en el comedor, á la hora de la cena, abiertas las ventanas que daban para el jardín, y hablábamos de lo que era motivo de nuestras constantes conversaciones, y discutíamos la posibilidad de emprender el viaje de regreso, realizando la ilusión del Maestro: en Abril tomar uno de los vapores que salen de Génova para llegar á Nueva York, y allí pasarnos á uno de los vapores americanos que nos conduciría á Vera-

cruz; y allí tomar el ferrocarril para llegar á México, y allí el coche para llegar á la casa de Humboldt, y en la casa de Humboldt prolongar la vida del Maestro al calor de nuestro afecto.

Pero nuestra conversación fué interrumpida. Uno de esos muchachos, como hay tantos en las ciudades de Italia, que al son de una música de cuerda entonan canciones populares, había comenzado á cantar una canción que nos era muy conocida, una canción tristísima, de música conmovedora y penetrante, «Vorrei Morir.»

¡No puede Ud. imaginarse el efecto que esa canción produjo en todos nosotros!

Yo no sé si es verdad que no hay música alegre ni triste en sí, porque es alegre la que nosotros identificamos con nuestras alegrías, y triste aquella que escuchamos cuando soportamos nuestras tristezas; de tal manera, que lo mismo podemos llorar con una jota aragonesa, que reír al compás de algún nocturno chopiniano si uno y otra los asociamos á determinados momentos de nuestra vida. Pero de mí sé decir que jamás puedo oír, sin experimentar una emoción de dolor intenso, un vals muy popular en México, «Te volví á ver,» que una música callejera tocaba en los momentos en que le daba el adiós supremo á mi madre moribunda; y recuerdo emociones gratas y dulces con una pieza de Gottschalk, «La última Esperanza,»

que es la expresión del dolor de una madre que ve morir á su hijo, y que un amigo mío, pianista, me tocaba con mucha frecuencia en los días alegres de la juventud.

Pero la música de «Vorrei Morir» era no sólo triste, sino que se asociaba íntimamente á nuestro dolor de aquellos instantes, y fué necesario, para no ponernos á llorar y para no preocupar más al enfermo, que á falta de creencias toda la vida había estado lleno de supersticiones, que mandáramos callar á aquel cantor ambulante que, como todos los de su clase, son el símbolo fiel de la patria Italia que canta sus tristezas lo mismo que sus alegrías, porque tal parece que al mundo las cuenta por medio de la voz de sus cantores.

Muchos días pudo el Maestro dejar el lecho y sentarse en la terraza para hablar de nuestras cosas de México. Todo parecía indicar que abrigaba esperanzas de vivir; pero á veces el temor de ser olvidado, que expresaba de todas maneras, nos hacía comprender que no era muy grande la fe que fundaba en esas esperanzas.

Los hombres queremos vivir siempre; y cuando vemos que la muerte nos lo impide, nos conformamos con vivir en la memoria de los demás, única vida de los muertos, según creía Cicerón, «*Vita mortuorum in memoria vivorum est posita,*» ideal engañoso de los vivos, según creemos los más.

El Maestro no quería ser olvidado; y cada vez que mi hijo Héctor entraba á su cuarto para besarle la mano, al despertar, le tomaba entre las manos su cabecita, rubia entonces, se lo acercaba lo más posible, le pedía que fijara sus ojos en los suyos y, deseando impresionar su memoria de niño y temiendo que la fragilidad propia de la memoria de esos años no pudiera conservar eternamente su recuerdo, le decía con insistencia:

—«¿Tú sabes quién soy yo?»

—«Sí, papá Nachito,» contestaba Héctor.

—«¿Y te has de acordar de mí?»

—«Sí,» respondía.

—«¿Y, cuando seas hombre, tendrás presente mi fisonomía?»

—«Sí,» volvía á contestar una vez más.

Y aquel diálogo se repetía siempre el mismo, todos los días; porque si él podía conformarse con el olvido de algunos, con la ingratitud de muchos, con las veleidades de sus amigos y aun con los desdenes de su patria, quería que, cuando menos, mis hijos conservaran un culto á su memoria y lo amaran y lo veneraran siempre como el patriarca de la familia, como el que diera el pan á su madre, la instrucción á su padre y el amor, la dicha y la felicidad á todos!

¡Ud. sabe que esto, cuando menos, el Maestro lo obtuvo plenamente! ¡Arde ante su altar, con

llama siempre viva, la lámpara de nuestro afecto; al rededor de la urna que guarda sus cenizas siempre están regadas las flores que nuestra mano le ofrece, y en torno á su memoria viven nuestras almas en comunión íntima con la suya, pidiéndole á su recuerdo un lazo que las estreche y que las una, como la base mejor de la existencia de nuestra familia!

El Dr. Vio Bonatto, un viejo revolucionario italiano del año de 1848, que había vivido en París esperando que naciera la República italiana, atendía al Maestro en San Remo, donde él mismo se había visto obligado á buscar salud.

Fué para nosotros una bendición encontrar al Dr. Bonatto en aquel pueblo, porque no sólo nos daba el auxilio de su ciencia, que era muy vasta, y de su práctica, que era inmensa, sino que nos consolaba con su cariño, porque había conocido al Maestro en París, y á poco de conocerlo, como les pasaba á todos los que á él se acercaban, había concluido por inspirarle viva simpatía, muda admiración y atracción irresistible.

El Dr. Bonatto llegaba á la casa en las primeras horas de la mañana, con una gran puntualidad; conversaba con el enfermo; comprobaba el avance rápido que la enfermedad llevaba á cabo día por día; le ponía su inyección cotidiana; le recetaba uno tras otro los calmantes que ha-

brian de hacer más soportable la tos penosa que le interrumpía su sueño, y en seguida recomendaba la conversación, nunca terminada, acerca de las luchas sangrientas de la Italia contra el Austria, de la Italia contra el Papa, de la Italia contra todas las tiranías, las de la tierra y las del cielo, que por mucho tiempo se conjuraron para ahogar todos los movimientos en favor de la libertad.

El Dr. Bonatto me propuso en una ocasión, para que la familia tuviera á lo menos la satisfacción de haber echado mano de todos los recursos posibles para salvar aquella vida que á todos interesaba por igual, que consultáramos con un especialista famoso, con el Dr. Maragliano, que estaba á la cabeza del Instituto Bacteriológico de Génova y que más tarde había de tomar participación importantísima en el Congreso Médico de Roma. Y el Dr. Maragliano, llamado por mí, vino á San Remo, para confirmar el diagnóstico del Dr. Bonatto y para arrebatarnos á todos, con sus fatídicas predicciones, las últimas vagas esperanzas que habíamos alimentado, si nó de que el mal desapareciera, al menos de que nos diera tiempo para volver á México, en la primavera. Él pronosticó que el Maestro iba á morir en el mes de Febrero; y me lo dijo con tal seguridad, como si hubiera podido leerlo en las páginas misteriosas del libro que

guarda ocultos á las miradas humanas los destinos de los hombres!

Era, sin embargo, preciso seguir luchando con la muerte, combatirla con alinco, cerrarle todas las puertas para que no entrara, ocultar todas las grietas para que no se deslizara por ellas, y á eso obedecía el martirio que al enfermo se le imponía todas las mañanas.

¿Qué hacer durante aquellos días? ¿Pasearnos en aquel pueblo, siempre de fiesta, en donde los enfermos y los sanos buscan el sol por calles y por plazas, cuando nosotros no podíamos gozar de los encantos de la Naturaleza, ni deleitarnos con la vida social, ni entretenernos con el mundo cosmopolita que vive en los hoteles?

Como yo me había comprometido á dar una conferencia en Lyon acerca del problema monetario y de todo lo que para su resolución se había hecho en la Conferencia de Bruselas, me encerré á escribir un nuevo libro, como antes lo había hecho en París, y escribí sin descanso, de la mañana á la noche, hasta dar cima á aquel trabajo, y me marché á Lyon y di mi conferencia y regresé á San Remo y me volví á encontrar de nuevo en medio de los míos, compartiendo sus penas y contemplando con infinito dolor cómo aquella vida se iba extinguiendo poco á poco, lentamente, como van muriendo en nuestras al-

mas las ilusiones juveniles, á medida que los vientos del otoño arrancan una á una las hojas del árbol de la vida.

Una mañana llena de sol y fresca como una tarde otoñal, que convidaba á abrir puertas y ventanas para que la salud entrara por ellas, y en cuyo aire se respiraba el perfume de los renuevos de primavera, el Maestro expresó el deseo de sentarse en la terraza y de tomar parte en aquel hermoso festín de vida en el cual tal vez era él uno de los pocos convidados que no tenía derecho á participar de los manjares de la mesa.

Creímos todos que aquel deseo respondía á un nuevo esfuerzo por vivir que él sintiera germinar en su espíritu; pero una vez instalados en la terraza, se consagró á dictarme su testamento, como si yo hubiera sido el notario llamado á recogerlo de sus labios vacilantes. Como el Maestro era pobre y no tenía una fortuna que dejar á sus herederos, no necesitó hacer mención alguna de sus bienes; como no tenía asuntos difíciles de familia que resolver, no le fué preciso hacer constar derechos que nadie habría de reclamar; como carecía de deudas por pagar, no le fué menester hacer mención de sus acreedores; pero en cambio, como si tenía algo muy suyo de que disponer, me dió las instrucciones necesarias.

«No quiero que me dejen en tierra extranjera; y como el medio más seguro para volver á la patria es la cremación de mi cadáver, después que yo muera, imponga Ud. su voluntad y mi deseo, y lleve á la patria mis cenizas.»

Como era inútil mentir á un hombre como él y dejar de contraer la obligación que él solicitaba de mí, á pretexto de que no debíamos hablar de la muerte, me apresuré á decirle que su voluntad sería cumplida, porque las cenizas de un patriota como él no debían tener mejor urna que el seno de la patria.

Y no hablamos más acerca de la muerte, que él consideraba segura é irremediable. Él había visto disiparse el más serio de los temores que sin duda le habían asaltado. Él había arrojado sobre mis hombros el peso de una responsabilidad que ya no quería llevar sobre los suyos, é indudablemente se sintió tranquilo, como el viajero que deposita su carga en el camino y se sienta á descansar.

Sus últimos momentos se acercaban día por día. Un inmenso desaliento se había apoderado de todos nosotros. Los niños no podían reír y no podían jugar. Les estaba prohibido moverse para que no hicieran ruido. Estaban como pájaros entumecidos en la jaula que les servía de prisión! ¡Nosotros nos veíamos los unos á los otros, y no

conversábamos por temor de pronunciar las palabras que estaban en nuestras conciencias y que no queríamos que llegaran á nuestros labios; y todos admirábamos el contraste terrible que existía entre la alegría del cielo siempre azul, del mar siempre sereno, de los árboles siempre verdes, de los arbustos siempre en flor, de las mañanas siempre risueñas, de las tardes siempre tibias, de los rumores del día siempre festivos, de las voces y de los esplendores de las noches siempre llenas de deleites infinitos, y la inmensa tristeza que reinaba en nuestro hogar, en donde todo era silencio y luto y desolación y muerte!

¡Nada alteraba aquella monotonía! ¡Todos los días eran iguales los unos á los otros!

Sin embargo, una mañana me anunciaron que dos amigos de México deseaban verme y saludar al Maestro. Bajé precipitadamente la escalera, fui al salón y me encontré con un médico muy conocido nuestro á quien habíamos visto en París y uno de nuestros marinos que era una esperanza para la patria y que hoy vive olvidado, no sé si por obra suya ó de los suyos.

¡Tener un médico en nuestra casa y que como mexicano pudiera interesarse vivamente en examinar al Maestro, en alentarlo con sus consejos, y ¡quién sabe! curarlo con su ciencia, era cosa tan inesperada como grata!

Pasó á la recámara del Maestro, escuchó la relación de su mal, hecha por él y por todos nosotros á la vez, porque Margarita y Catalina y yo nos arrebatábamos la palabra para suministrar apresuradamente todos aquellos datos que juzgábamos de importancia, y en seguida comenzó á escucharlo cuidadosamente.

«¡Doctor, le dijo el Maestro al acercar la cabeza á su pecho, parece que el Amor lo ha coronado á Ud. de rosas!»

El médico agradeció aquellas expresiones de cariñosa simpatía y continuó pacientemente su examen. Cuando hubo concluido, se volvió á nosotros con cierto aire de sorpresa; nos dijo que nada revelaba la existencia de focos tuberculosos en los pulmones, que sin duda estábamos siendo víctimas de un error de diagnóstico, porque la enfermedad estaba en los bronquios y no en otra parte, y aconsejó que se procediera al análisis de los esputos en el Instituto Bacteriológico de Génova, porque estaba seguro de que él revelaría que no existía el bacilo de Koch. «El diagnóstico de la tuberculosis, agregó, es tan sencillo por medio del microscopio, que no me explico que Udes. no hayan recurrido á él.»

¡Un rayo de esperanza iluminó los ojos del Maestro y adquirieron un brillo tal, que pareció que una ola de vida inundaba sus mejillas! Nos

miramos los unos á los otros, más asombrados que contentos. Cada uno se imaginaba que aquel diagnóstico era un consuelo cariñoso para el amigo moribundo. ¿Por qué no refrescar con una linfa pura los labios ardientes del sediento? ¡Era cumplir un deber de caridad cristiana!

Hablamos de París, de los rigores del invierno, que nunca como aquel año se mostraba severo y terrible, y de la hermosa primavera calentada por el sol de que disfrutábamos en San Remo; y el doctor y el marino dejaron la recámara del enfermo y el salón de la casa y se marcharon á su hotel.

Tras de ellos salí yo; los detuve en el acto, y encarándome con el médico, le dí las gracias por el aliento que sus palabras habían dejado en el enfermo y en la familia. Él me dijo que no se había propuesto consolar nuestro infortunio, sino expresar una opinión como hombre de ciencia, é insistió conmigo de tal manera en la necesidad del análisis bacteriológico que debía llevarse á cabo en Génova, que me recomendó que sin tardanza me pusiera yo, en camino para poder comprobar la verdad de sus asertos.

Volví á la casa á esperar al Dr. Bonatto, y le transmití la opinión de nuestro compatriota. El sabio médico se sonrió dulcemente. «Los médicos viejos, me dijo, hemos diagnosticado siempre, sin temor de errar, la tuberculosis, tomando el

pulso á nuestros enfermos. Jamás tuvimos necesidad, para el diagnóstico, de que Koch nos hubiera revelado la existencia del microbio que destruye el organismo humano.»

Lo invité á que tuviera una junta con nuestro médico y la rehusó, manifestándome que fuéramos á Génova para convencernos y le evitáramos la pena de discutir con un joven compatriota nuestro, de cuya ciencia y experiencia no quería dudar.

El Maestro me suplicó que al día siguiente me pusiera en camino para Génova, y en efecto, al día siguiente partí en unión de Catalina y de Héctor.

Jamás me he encontrado en situación de espíritu igual. Mi cariño hacia el Maestro, más que la opinión del médico mexicano, me hacía forjarme quiméricas ilusiones; y la experiencia adquirida á la cabecera del enfermo y la ciencia del sabio Dr. Bonatto y la consulta dada por el eminente Maragliano, me hacían temer que estuviéramos siendo víctimas de un engaño! ¡Quería que el tren, con las alas de mi impaciencia, volara á Génova, y temía llegar á aquella ciudad para no tener ante mis ojos la prueba irrefutable del destino fatal!

No sabíamos en qué día viajábamos, y al llegar á Génova nos dimos cuenta de que era un domingo de Carnaval.

Todavía se juega el carnaval en las ciudades italianas. Todavía Mómo con su risa alegre la vi-

da, y travieso y juguetón pone una máscara en el rostro de doncellas y donceles.

¡Se comprende la existencia del carnaval! ¡Es natural que en alguna época del año los hombres cambien de máscara para decirse unos á otros la verdad, ya que la que llevamos siempre, la de la hipocresía, nos lo impide en el resto del año!

No es posible describir el ruido, el entusiasmo y la vida que llenaban las calles de Génova en aquel domingo. Por todas partes risas, por todas partes juegos; los que iban en carruajes y los que iban á pie tomaban participación en la fiesta, y niños y jóvenes y viejos dejaban las penas en sus casas.

Los antiguos palacios de Génova estaban mudos, los hermosos templos desiertos, el cementerio guardaba en el silencio sus tesoros artísticos, tesoros artísticos que hacen creer que es más bien un museo que el reino de la muerte.

Y visitamos los palacios y los templos y el cementerio.

El contraste era terrible, pero natural. Visitar un cementerio en un domingo de carnaval es cosa que no se le ocurre á nadie; pero así es la vida: ¡mientras el mundo ríe no falta alguien que lllore! ¡Lo sensible es que nos toque llorar cuando todos los demás ríen! El doloroso encargo que nos llevaba á Génova tan sólo nos podía permitir enca-

minarnos al cementerio; ¿por qué nos habría de horrorizar el espectáculo de la muerte si ya la llevábamos en el alma?

Sin embargo, nuestra visita á aquel famoso cementerio no nos entristeció. Hubiera sido cruel para nosotros aventurar el paso en un humilde cementerio de aldea, donde pobres cruces de madera nos hubieran hecho saber el nombre de los que para siempre habían desaparecido de la tierra, porque en él hubiéramos recordado lo que Horacio nos enseña: que pisa la muerte con igual pie la choza de los pobres y los palacios de los reyes; pero serenó nuestro espíritu la pompa artística de aquella mansión de la muerte, enriquecida por el arte y profanada por el lujo.

Volvimos al hotel y á él penetramos, no sin dificultad, porque precisamente en la calle donde estaba situado tenía lugar el gran paseo de carnaval y las aceras no eran bastante amplias para contener á los transeuntes, y las calles eran bastante estrechas para dar cabida á los coches y carros que formaban interminable procesión.

Asomados al balcón del hotel, presenciábamos aquel ruidoso desfile, aturdidos por el ruido ensordecedor de la calle y admirados de aquella alegría franca y cordial de que daban muestra todos.

El lunes era el día en que el examen bacteriológico debía verificarse, y el martes, á las 10 de la

mañana, iba á ponerse en mis manos el resultado de dicho análisis.

Héctor se nos enfermó en la noche de aquel día, y, debido á esa circunstancia, la pasamos en vela ignorantes de lo que entretanto acontecía en San Remo.

El Maestro había muerto el lunes en la tarde y nos habían dirigido en el acto dos telegramas. El primero decía: «Nacho, en agonía. Vénganse.—Aurelio.» El segundo: «Nacho ha muerto.—Aurelio.»

Y quiso la casualidad, como siempre sucede en estos casos, que recibiéramos antes el segundo que el primero, y que fuera Catalina y no yo quien lo abriera.

Un grito desgarrador suyo me descubrió la verdad. Recogí el telegrama que, desprendido de sus manos había caído al suelo; dejé llorar á Catalina, traté de impedir que el niño se sobresaltara, porque, en aquel momento, tenía una temperatura de 40° y me salí á la calle con un empleado del hotel, para averiguar á qué hora salía el primer tren que nos pudiera llevar á San Remo, y comprar los boletos.

Salimos de Génova lo más temprano posible y llegamos á San Remo á las 2 de la tarde.

En efecto, apenas salidos nosotros de San Remo, el Maestro se sintió peor, su respiración comenzó á hacerse difícil primero, fatigosa después,

y se sintió morir; llamó á Aurelio, le tomó una de sus manos como despidiéndose de él, dijo con voz casi ahogada «¡qué feo es ésto!» y volvió el rostro hacia la pared para reclinar la cabeza en el seno dulce y amoroso de la muerte.

Era necesario que yo cumpliera la palabra empeñada y que procurara que su cadáver fuera cremado y recogidas en una urna sus cenizas.

Yo ignoraba la existencia de un horno crematorio en San Remo; pero el Presidente de la Municipalidad me informó que lo había establecido una sociedad de libre-pensadores, obligándose todos ellos á que sus cadáveres fueran cremados, y en el acto se libraron las órdenes necesarias.

Yo tengo en mi poder todos los papeles que se relacionan con la cremación, con el permiso otorgado al efecto, con la orden para la extracción de las cenizas de la provincia y del reino, con la autorización para que pudieran penetrar á Francia; y algún día, cuando yo tenga el gusto de hallarme entre Uds., habremos de leerlos juntos para publicarlos después.

El miércoles de ceniza, á las 8 de la mañana, salíamos de la villa «Garbarino» Aurelio y yo, acompañados de Vicente Morales (el único mexicano que, en unión de su esposa, la mujer más inteligente y dulce que yo haya conocido, se hallaba á la sazón en San Remo) cuando vimos lle-

gar una comisión numerosa, presidida por el Sr. D. Bernardo Calvino, quien depositó sobre el féretro una corona de flores y me dijo:

—«Hemos sabido que el Sr. Altamirano, cuya muerte lamentan Uds., era un viejo liberal, un patriota distinguido y un hombre de letras eminente, y hemos querido los miembros de la Sociedad de Libre-Pensadores de San Remo venir á presentarle el testimonio de nuestra simpatía y de nuestra admiración y á acompañarlo al cementerio para ser testigos de la cremación de su cadáver. Va á dar él un ejemplo á esta Ciudad, digno de ser imitado, y es muy justo que tomemos participación en ésta que juzgamos importantísima ceremonia.»

Nos pusimos en marcha y llegamos al panteón, y la puerta del horno se abrió y se colocó el cadáver sobre la plancha rotatoria, y penetró al horno y se cerró y nos retiramos todos como antes habíamos ido: mudos, cabisbajos, tristes, con ese silencio que cierra los labios de los que sufren.

Yo debía volver en la tarde á recoger las cenizas, y volví solo. Cuando la puerta del horno, ya frío, se abrió, vi salir de él, sobre la plancha rotatoria, una forma blanca como el mármol que iba deshaciéndose á medida que salía.

Recogí piadosamente todas aquellas cenizas que cupieron en una caja pequeña hecha de olivo

y forrada de seda blanca, y ésta la deposité dentro de otra de metal, guardando á su vez la de metal en otra caja muy sencilla que había de servirme para llevar las cenizas á París.

¡El espectáculo que había tenido ante mis ojos, por nuevo, me había producido una impresión punzante! ¡Sin embargo, es menos cruel que la vista de los sepultureros indiferentes que llenan la fosa de tierra y que bailan sobre ella como sobre los racimos en el lagar, para apretarla y formar el túmulo que sobre los sepulcros se levanta!

¡La muerte es siempre la misma! ¡Amorosa para aquellos á quienes hiere, cruel para aquellos á quienes respeta, porque cura las heridas de los unos y hace sangrar el corazón de los otros!

¡Felices los que descansan para siempre, ora hayan sido dichosos ó desgraciados! ¡Los unos porque se llevan en los labios el sabor de la dicha! ¡Los otros porque se llevan en el alma la esperanza de la felicidad!

¡Desgraciados los que viven entregados á la lucha por la vida, ya sea que ésta los castigue ó los premie! ¡Si los premia, porque temen perder los beneficios alcanzados! ¡Si los castiga, porque gimen bajo el peso enorme de sus desgracias!

Y en seguida comenzó para mi la peregrinación con las cenizas del Maestro, que se inició en San Remo y continuó en París y siguió en Nueva

York y me hizo ir á Veracruz y regresar á México, para depositarlas primero en el monumento que á su padre, un varón justo como Aristides, levantarán los hijos de D. José M. Iglesias, y luego en la capilla que la gratitud de mi mujer levantara para él.

Uds. conocen mejor que yo todos los honores que al Maestro se tributaron en París primero y en México después, porque el cable y los periódicos les hicieron saber los unos y porque fueron Uds. los autores de los otros.

¿Yo qué puedo decir del Maestro, su discípulo, su amigo, su hijo y su admirador de toda la vida?

Lo que Uds. han dicho siempre, lo que la generación que lo vió nacer y la actual han repetido constantemente, lo que el porvenir tendrá que confirmar de una manera indudable: esto es, que fué un elocuente orador, y un gran poeta, y un eximio literato y un crítico juicioso y un erudito de lectura copiosísima, y un patriota distinguido, y un guerrero esforzado y un maestro incomparable y un padre sin igual.

Él realizó entre nosotros el tipo del orador francés de la época de la Revolución. Era por la inspiración un Mirabeau, por la energía un Danton, por los arranques líricos un Saint-Just, por el furor de sus pasiones un Robespierre.

Improvisaba unas veces y escribía otras antes

de hablar; pero ya lanzara esas frases inimitables que no pueden jamás forjarse sobre el yunque ó impregnara sus discursos, por respecto á los Atenienses, con el olor del aceite de su lámpara nocturna, siempre su palabra caliente excitaba y enardecía á su auditorio y le arrancaba como homenaje el aplauso entusiasta, que es la mejor recompensa que conquista el orador.

Los que no lo oyeron nunca en la tribuna no pueden formar concepto acerca de él; porque ni puede juzgarse á un autor dramático leyendo sus dramas, ni puede uno tener idea de lo que es un orador declamando sus discursos.

El orador no existe sin el auditorio que lo escucha, sin el ambiente que lo rodea, sin la ocasión propicia que lo inspira, sin el medio donde se mueve, sin la atmósfera en que vive.

Los que alguna vez lo escuchamos y oímos brotar la palabra alada de sus labios llena de hermosas modulaciones, y vimos el resplandor brillante de sus ojos y la expresión enérgica de su gesto y el movimiento rítmico de sus manos y agitarse su melena hirsuta como la de los leones del África, y lo contemplamos transfigurándose siempre en el defensor de los oprimidos, en el reivindicador de las libertades violadas, en el revelador de las verdades nuevas y en el restaurador de los ideales viejos, lo aplaudimos entonces y lo seguiremos

aplaudiendo mientras hagamos memoria de sus triunfos.

Y fué un poeta melancólico y dulce. Si él llamó á Echeverría el Lamartine del Plata, nosotros debemos llamarlo á él el Lamartine del Atoyac. Hay en su lira las quejas melancólicas del autor del Jocelyn, el mismo amor por la Naturaleza, las mismas descripciones de las escenas campestres, los mismos amores tristes, las mismas alegrías reprimidas, el mismo romanticismo que se halla en las Meditaciones del autor de Graziela y de Rafael.

Él fué el que introdujo en México la poesía descriptiva; el que primero se complació en copiar los cuadros de la Tierra Caliente americana, llenos de rumores y de vida, donde zumban «Las Abejas,» donde «Los Naranjos» en flor perfuman, donde «Las Amapolas» matizan los campos, donde «La Flor del Alba» hermosea los valles, donde «La Cruz de la Montaña» se cobija bajo la sombra de los cedros seculares.

Son grandes los poetas que, apartándose de la rutina de su tiempo, ejercen una influencia profunda en el arte que cultivan y dejan hondas huellas de su paso en la generación cuyas glorias cantan, cuyas necesidades interpretan y cuyos ideales levantan como una suprema esperanza; y por eso el Maestro merece ser contado en ese número, porque él no se parece á ninguno de los poetas que le

precedieron, y porque ninguno como él marcó un nuevo rumbo á la literatura nacional, y porque ninguno como él tuvo mayor número de imitadores y de discípulos.

Como literato fué una de nuestras mejores glorias, porque á él se debió el renacimiento de nuestra literatura nacional en 1867; y en la cátedra, en el libro, en el periódico, en las academias y en la conversación no hizo otra cosa que infundir un amor vivo por las letras y constituirse en el supremo sacerdote de ellas.

Y fué un crítico juicioso, porque en la colección de sus revistas literarias supo juzgar á los hombres de su tiempo y estimularlos con la censura y premiarlos con el elogio.

Y fué un erudito, porque en sus estudios sobre el Baltasar de la Avellaneda y de la Medea, y en su crítica del Salón de Pintura de 1879 y en las revistas del Almanaque Caballero y en la Sociedad de Geografía y Estadística y en la cátedra de la Historia de la Filosofía en la Escuela de Jurisprudencia, descubrió los tesoros de su ciencia con una abundancia tal, que sólo podría compararse con aquellos de que dió muestra su maestro predilecto, el ejemplo de toda su vida, D. Ignacio Ramírez.

Y fué un patriota y un guerrero, porque desertó las aulas cuando la patria necesitaba de su esfuerzo en los tiempos de la Reforma, y porque empu-

nó las armas y derramó su sangre en Querétaro en los días de la Intervención.

Si Orfeo con su lira conducía tras de sí á los bosques, el Maestro con la suya se llevaba á los pueblos á la derrota ó á la victoria, pero siempre á los campos en donde la gloria puede alcanzarse á trueque de la vida, porque él decía como Horacio: «*Dulce et decorum est pro patria mori.*»

Pero más que todo esto fué un maestro, porque él enseñó siempre en el periódico, en la cátedra, en las sociedades literarias, en la conversación y en la familia. Era un docente, no sólo porque enseñaba, sino porque amaba á aquellos á quienes enseñaba, y ésta es la primera condición para ser maestro; y él amó con un inmenso amor á nuestra juventud, la amamantó á sus pechos ubérrimos, le dió su sangre y su ciencia y su vida. Quiso á los que lo amaron y no dejó de amar á los que lo odiaron. Y perdonó á los envidiosos y protegió á los ingratos y llamó á los indiferentes y buscó á los humildes y compadeció á los soberbios y enseñó á todos con gran solicitud, dividiendo su pan con unos, compartiendo su miseria con otros y con todos formando, en el seno de su familia, una familia grande, la heredera de sus triunfos de poeta, de sus premios de literato, de sus glorias de guerrero y de su renombre de maestro.

¡Y fué un padre modelo, porque si la Naturale-

za no le dió hijos, su mano generosa los buscó entre los suyos!

¡La gratitud en este caso sella mis labios; pero las lágrimas me hacen proclamar lo que mi mujer y mis hijos y yo les debemos á él y á Margarita, que bien sabe que desde el día en que el Maestro cerró los ojos, yo le guardé un lugar en mi corazón, de donde nunca saldrá!

¡Ya ve Ud., querido amigo, todas las cosas que Ud. ha traído á mi memoria y que yo he evocado bajo el influjo de su palabra, estimulado por el cariño que á Ud. profeso y deseando recompensar el afecto que Ud. me consagra!

¡Ud. me pedía que yo escribiera algo acerca del Maestro para que Udes. le dieran lectura en la próxima fiesta con que piensan honrar su memoria, y yo, que he sido el único de Udes. que jamás consentí en hacer su elogio, he tenido que sacar del fondo de mi memoria, en donde los tenía encerrados, todos estos recuerdos que le entrego, para que Udes. sepan cómo el Maestro murió al calor de nuestro afecto!

¡Allá van, pues, mis recuerdos! ¡Recójalos Udes., háganlos suyos y únense á mí, no ya para levantarle una estatua, que habrá de llegar el día en que se la erijamos, sino para santificar su nombre, como él lo merece, porque á todos nosotros, á mí lo mismo que á Udes., nos amó por igual!

Faint, illegible text visible through the paper from the reverse side of the page.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

DON RAFAEL Á. DE LA PEÑA,

EN LA

SESIÓN SOLEMNE QUE EN SU HONOR CELEBRÓ

EL LICRO ALTAMIRANO,

EL DÍA 12 DE OCTUBRE DE 1907.



SEÑORES:

EL Liceo Altamirano tiene el deber de honrar la memoria de sus muertos ilustres, de aquellos que en vida presidieron sus sesiones, amparándolo en el mundo de las letras con el prestigio de su nombre y á quienes debió apoyo en sus comienzos, estímulo para perseverar en sus tareas y dirección y consejo para la ejecución de sus labores. Pagar tales deudas de gratitud es consagrarse á la más noble de las empresas, porque precisamente ante los muertos, de quienes ya nada podemos esperar, debe arder, sin apagarse nunca, la lámpara viva de nuestro cariño y de nuestra admiración.

El Liceo Altamirano jamás ha escatimado los honores debidos á nuestros más eminentes literatos, y en su celo no ha perdonado ni aun á aquellos á quienes el olvido, un olvido más duro y cruel que la muerte misma, había apartado de

nuestro trato y de nuestra sociedad. A sabiendas de que iba á turbar su soledad y su retiro, y aun temeroso de lastimar su modestia, sólo á sus méritos comparable, los ha buscado con empeño, los ha sentado en su mesa, les ha hablado de sus triunfos y de sus glorias, ha refrescado sus laureles, ha rejuvenecido sus espíritus, ha reconfortado sus corazones dándoles nuevos y más vigorosos alientos, y ha recogido en cambio la satisfacción de ver que aquellos actos de justicia, aunque tardía, y que aquel público y espontáneo reconocimiento, aunque merecido, hacían que el Liceo recibiera más honores que los que él había pensado en otorgar.

¿Y por qué no obrar con los muertos del mismo modo? El culto de los muertos es más desinteresado todavía, y si es verdad que el dolor lo hace más fácil, el tiempo tiende también á hacerlo más severo. La nobleza de nuestros sentimientos y lo levantado de nuestros propósitos y la honradez de nuestros ideales, recomiendan ese culto á nuestra preferencia.



Seamos justos con nuestros muertos ilustres; hablemos de ellos en el silencio de nuestros hogares y en la reunión íntima y estrecha de la familia,

para que sepan nuestros hijos lo que la patria les debe; agrupémonos alrededor de su memoria para que presentemos á nuestros conciudadanos ejemplos que son un estímulo y glorias que son para nosotros un legítimo orgullo; y en nuestras calles y plazas, en nuestras escuelas y academias, en nuestras sociedades científicas y literarias, dondequiera que palpite el espíritu de la patria, dondequiera que dé muestras de su fecunda vida intelectual, hablemos también de ellos, que ellos representan la historia de nuestros esfuerzos comunes por alcanzar fama y renombre, y son á manera de astros luminosos que señalan á las generaciones de mañana el camino de nuestra civilización y de nuestro progreso.

Y entre esos muertos ¿cómo no señalar á la pública admiración de propios y de extraños á aquel que presidió la primera de nuestras sesiones y nos dió, con su presencia, el lustre de que carecíamos, la protección que habíamos menester y la enseñanza de que teníamos necesidad?

El Liceo no podrá nunca conformarse con la pérdida irreparable que la muerte ha producido entre los suyos, haciendo desaparecer para siempre de nuestro lado al que fué el más eminente filólogo de nuestros tiempos, uno de nuestros buenos críticos literarios y el más acabado y cumplido maestro de muchas generaciones.



Paréceme todavía verlo llegar hasta nosotros, agobiado más que por los años por el peso de la labor meritisima que había llevado á cabo, con la mirada dulce y cariñosa, con la sonrisa siempre en los labios, con la mano abierta para todos los afectos nobles, con el pecho jamás cerrado á los impulsos generosos, manando de su boca, como de inexhausta fuente, sus útiles enseñanzas; sin desdenar, en medio de la austeridad de sus costumbres, sembrar sus conversaciones con chistes recogidos de la punta de los agujones de las abejas áticas, cautivando á todos con sus maneras afables, atrayendo á discípulos y á maestros con la atracción irresistible de su espíritu poderoso, y ser entre nosotros la fiel representación de aquellos gramáticos, de cuyas vidas nos habla Suetonio, que se multiplicaron en Roma en los días de César y de Augusto, que eran críticos á la par que poetas: críticos porque profesaban la retórica y comentaban á los poetas, y poetas porque apuraban en las mismas copas el mismo licor celeste que los dioses les ofrecieran desde las cumbres risueñas del Olimpo, y que predicaban el renacimiento de las letras y daban fórmulas y moldes para la belleza, y des-

pertaban por dondequiera el culto de la divina poesía y con ella el amor á aquella lengua, sonora como las aguas del Tíber, rica como las tierras de la Campania, y dulce y rítmica como la música de los bosques del Lacio, con la cual por muchos siglos la humanidad cristiana ha podido ponerse en comunicación con el cielo.

Si quisiéramos expresar un juicio acerca de nuestro D. Rafael Ángel de la Peña, habríamos de decir que fué, ante todo, un gramático, siempre apercibido á cuidar asiduo y vigilante de la pureza de nuestra lengua, y un sacerdote devotísimo del culto fervoroso que todos nosotros debemos rendir á nuestra lengua nacional. Para él ésta fué el más puro de sus amores y á ella le consagró, sin darse nunca punto de reposo, todas sus vigiliass y sus rudas tareas de escritor que no fueron pocas, sus constantes afanes de maestro que fueron muchos, y su vida entera ofrecida en holocausto, porque desde los albores de su juventud, hasta que la muerte lo señaló entre sus elegidos, no hizo otra cosa que estudiar y profesar nuestra rica habla castellana.



Nadie podrá desconocer jamás la importancia que para los pueblos todos tiene el estudio de la

lengua nacional y el interés vivísimo que en él vinculan, considerándola como uno de los más fuertes lazos que los unen y como uno de los más sólidos cimientos de su autonomía y de su independencia; pero esto sube de punto cuando se trata de nuestras naciones hispano-americanas, en las cuales vivimos, desde el Bravo hasta el estrecho de Magallanes, resistiendo la invasión de las lenguas extranjeras y los esfuerzos vigorosos de las razas del Norte, que tienden á cambiar nuestras costumbres, á modificar nuestros sistemas de trabajo, á crear industrias nuevas que despiertan intereses antes desconocidos y á transformar por completo la manera de ser de nuestra vida social y política.

Entre nosotros el culto de la lengua nacional es y debe ser el culto del amor á la patria.

Mientras en nuestras nacionalidades débiles ó poderosas se hable la lengua de Castilla y con ella desde niños balbuceemos nuestras primeras palabras, saludando á la naturaleza, representada en nuestros hogares por aquellos á quienes debemos el sér y con su auxilio eficacísimo nos enseñemos á pensar y á discurrir, y con sus voces rítmicas y armoniosas formemos el himno sonoro de nuestras oraciones, y con la dulzura incomparable de sus frases expresemos el amor, que brota de nuestros corazones como el fruto maduro y sazonado del árbol de la vida, y mientras con ella, en fin, vence-

dores ó vencidos en la lucha por la existencia lloremos nuestras derrotas ó cantemos nuestras victorias, tendremos derecho de ser independientes y libres.

Conservar y defender la lengua contra todos los elementos extraños que la manchan y la deshonoran y procuran la destrucción de las reglas que presidieron á su formación, conservar y defender la lengua contra todos los esfuerzos enderezados á modificarla ó á suprimirla, vale tanto como defender la patria, porque ella no es tan sólo el suelo en que se nace y la familia en cuyo seno se crece y la sociedad de la cual formamos parte, sino también la atmósfera dentro de la que respiramos y vivimos con vida intensísima, unidos en la familia é identificados en la sociedad por los vínculos del idioma.



Las conquistas que en todos los tiempos han llevado á cabo las razas superiores en las constantes luchas con que siempre ensangrentaron el mundo para establecer y fijar su dominio, nunca fueron definitivas, mientras la lengua de los conquistadores no fué impuesta á los pueblos oprimidos. No de otro modo la Roma antigua extendió su poder é impuso su dominación en el orbe entonces

conocido; no de otra suerte la España conquistadora hizo que le rindiera vasallaje el mundo de Colón, ni de otra manera la Inglaterra colonizadora ha levantado su estandarte y desparramado su raza por el Universo.

Los pueblos sometidos á un poder extraño, ya en nombre de intereses nacionales, ya por virtud del desarrollo de una civilización más poderosa, dan prueba palmaria de ser dignos de existir como tales, cuando á su lengua nacional se aferran y cuando la conservan con ahinco y la defienden con tesón. En los tiempos modernos, Cataluña hablando su lengua, á pesar de la influencia española; Finlandia y Polonia resistiendo el inmenso poder ruso, más que en parte alguna en sus colegios, y los boeros defendiendo en los campos de batalla, con heroísmo legendario, la lengua materna, perseguida en los hogares, desterrada de las escuelas y suprimida de la vida política, son los pasmosos y admirables ejemplos de cómo la lengua nacional es el vínculo más eficaz que pueda perpetuar, tras de todo linaje de vicisitudes, la unidad de los pueblos. Pero si en nuestros países hispano-americanos es el primer elemento de cohesión, entre las muchas naciones de la América latina, que la hablan como nosotros, constituye el principal elemento de solidaridad.

No es un sueño quimérico, de realización impo-

sible, el que la raza latina persigue, transplantada de los campos del Lacio á las llanuras de la América. Si en el Viejo Mundo, ante todo, fué la raza conquistadora, si en el mundo moderno ha sido la raza colonizadora por excelencia, en un futuro no remoto tiene que apercibirse á servir de crisol á todos los pueblos y á todas las razas que con ella han de mezclarse y confundirse para cultivar su tierra fértil, para trabajar sus industrias fáciles y para comerciar, por medio de sus transacciones rápidas, y restablecer así el equilibrio económico perturbado en el Universo.



Para llenar esta misión importantísima, que no incumbe á una sola de las naciones ibero-latinas, sino á todas ellas en su conjunto, es preciso crear lazos de unión y fuerzas que las estrechen en haz apretadísimo, y una vez que las luchas intestinas hayan cesado y la instrucción primaria se haya difundido entre las masas y los pueblos hayan aprendido á gobernarse por sí mismos, cumpliendo sus deberes de ciudadanos y practicando sus instituciones, sólo la lengua resistirá los empujes de todos los elementos civilizadores en pugna, para que podamos conservar nuestra unidad como raza,

nuestra libertad como pueblos y nuestra autonomía como naciones.

La labor de los gramáticos es, pues, una labor patriótica, y lejos de que se la tenga en menos y se la juzgue como cosa baladí, ella forma el mejor título á nuestra estimación y á nuestro respeto en el presente y la mejor razón de su fama y de su renombre en el futuro.

Cuando se estudia el alcance y trascendencia de la labor de nuestro Don Rafael Ángel de la Peña, fuerza es convenir en que, desde muchos puntos de vista, seméjase á la que el célebre Sarmiento iniciara en la Argentina y á la que el inmortal Andrés Bello llevara á cabo en Chile.

Poco después de terminadas las guerras de la independencia en Sud-América, escritores mal inspirados juzgaron obra patriótica independer la lengua de los cánones fundamentales que son el elemento necesario de su vida y de su desarrollo; y á gala tuvieron llenar su caudal de voces innecesarias y opuestas á la índole de su formación, y esmero pusieron en destruir su sintaxis, que no es otra cosa sino el mágico hilo de oro que enhebra, une y enlaza el conjunto de palabras con que formamos los períodos hermosos y rotundos de nuestra habla castellana.

Fué preciso oponerse con ardimiento á aquella corriente asoladora, emprender activa campaña en

las escuelas, en las academias, en la prensa, en los hogares, en el seno de las familias y en las grandes agrupaciones sociales para que la lengua conservara su pureza, para que apareciera en las plumas de los escritores sud-americanos gallarda y lozana como en los tiempos del «siglo de oro» y para que brotara de los labios de sus oradores llena del esplendor y la hermosura que alcanzara en las odas de Quintana y en los discursos de Donato Cortés.



El héroe de aquella incruenta lucha fué Andrés Bello. Quizás éste es uno de los mejores títulos que lo han recomendado á las generaciones futuras y uno de los más limpios timbres de su gloria. La gramática de Andrés Bello, á pesar de que en ella se ve y se admira, á las veces, el espíritu revolucionario que agitaba á aquel medio social, que pretendía sacudir á la lengua de trabas inútiles y corregir su morfología y hasta modificar su ortografía, fué el estandarte á cuya sombra se agruparon los pueblos de la América, y en nombre de ella se sostuvo el imperio de la lengua de Castilla.

Cupo igual suerte en México al señor de la Peña. A raíz de la guerra de nuestra segunda independencia, y á pesar de que había vuelto á cruzar los mares para retornar á su patria el invasor francés, su espíritu filosófico que nos servía de apoyo, y sus ideales políticos que nos venían como de molde, se ganaron nuevos adeptos entusiastas entre nuestros pensadores y entre nuestros educadores y entre nuestros hombres de Estado; pero desgraciadamente con ellos se levantó una ola gigantesca que amenazaba invadir los vergeles de nuestra lengua donde ya lucían las ricas flores de Quintana Roo y de Pesado, de Zavala y de Alamán. Los libros franceses, al apoderarse de nuestras escuelas y liceos, de nuestros colegios é institutos, contribuyeron á que nuestra juventud pusiera empeño y tuviera á orgullo emplear los más abominables galicismos. Dofía la suerte que en tales momentos cupiera á nuestra lengua, que siendo de las mejores en abundancia, variedad y riqueza de vocablos, y yéndole á las demás en zaga, en la limpieza de su dicción y en la estructura de su sintaxis y en el copiar de clarísima manera todos nuestros pensamientos y en el prestarse á reproducir fielmente todas nuestras emociones, hubiera venido á tanto menosprecio, que en nada fueran tenidos todos los libros escritos en castellano.

El señor de la Peña fué quien contuvo aquella ola amenazadora con sus útiles enseñanzas, y fruto de ellas fué la gramática que más tarde dió á luz y que, fuerza es decirlo, aun á riesgo de parecer más amantes de los nuestros que de la justicia, es superior á la de Andrés Bello y á la de Isaza y á la de Avendaño y á la de Salvá.



Estudiando la gramática del señor de la Peña debemos declarar, sin ambages, que aunque él aprovechara el trabajo de los demás, su sintaxis es superior á todo lo antes escrito sobre la materia en obras de este género, porque jamás estuvo ésta mejor comprendida; porque el objeto que ha perseguido nunca estuvo mejor precisado y porque sus explicaciones sistemáticas jamás obtuvieron mayor alcance. El que la estudia, con la previa preparación que es necesaria, penetra en los más recónditos secretos de nuestra lengua y obtiene, acerca de la estructura de la frase castellana y de los nudos que sujetan sus períodos los unos á los otros, reglas y principios que el uso de los buenos escritores establece y la sagacidad de los gramáticos precisa.

El régimen de los verbos castellanos aparece,

cuando se estudian todas las gramáticas, asunto por extremo enrevesado y en el cual se creería que cada uno es libre de imponer usos y costumbres á medida de sus deseos, y, sin embargo, en la obra del señor de la Peña se ve la demostración de que toda la rica pedrería de las preposiciones que unen y esmaltan nuestros discursos no pueden arrojarse en ellos á puñados, como el sembrador avienta las semillas en los campos abiertos para el cultivo, sino de artística manera y con sujeción á preceptos tan fundamentales como aquellos que en los paisajes determinan la perspectiva, y como aquellos que en nuestras construcciones garantizan la solidez.

Por eso con mucha razón uno de nuestros doctos filólogos, el Canónigo Labastida, decía, queriendo referirse sin duda á la sintaxis del señor de la Peña:

«Después de estudiar las gramáticas de Torres y Menéndez, ni el español ni el extranjero podrán formar una oración, ni un período, ni un discurso castellano, ni, mucho menos, entender y admirar las elegancias de nuestros prosistas y los primores y bellezas de nuestros poetas. No así con la gramática de Peña. Quien la haya estudiado ó la tenga á la mano, podrá desatar cualquiera dificultad y tendrá un tesoro de modos de expresión castizos y elegantes.»

La gramática de Bello, que es la que en la América ha llegado á tener mayor influencia, aunque es incompleta si no se toman en cuenta su Ortología y su Arte Métrica y sus Opúsculos Gramaticales, resulta, con eso y todo, deficiente para su objeto, á lo menos en la época actual.

La del Sr. de la Peña le es superior, pues además de haber pasado en revista todos los trabajos modernos, es más sistemática y estudia á la par que la analogía y la sintaxis, los elementos constitutivos de las palabras, las reglas de las transformaciones literales, los procedimientos por virtud de los cuales llegan á hacerse eufónicas las voces de nuestra lengua, y los que han empleado en la formación de ellas, y no omite ni la ortología, que nos da el valor fonético de las letras y de las sílabas, ni la prosodia que nos hace conocer su cantidad y su valor gramatical, ni la ortografía que nos enseña el uso de las letras y de la distribución del discurso, cosas todas necesarias para llegar, por medio de la gramática, al dominio completo de la lengua, á fin de que ella sea como blanda cera que dócil se preste á todos los giros y á todas

las formas que hace indispensable la expresión de nuestro pensamiento.

No han faltado, como de costumbre, en nuestro país quienes miren con desdén la obra meritoria ejecutada por el señor de la Peña, quienes la juzguen punto menos que inútil y buena para ser guardada en las bibliotecas, como los fósiles en los museos, y tan sólo como ejemplo de lo que el paciente trabajo de un escritor infatigable puede hacer; pero, como de costumbre también, los aplausos á que ha sido acreedor los han hecho vibrar en nuestros oídos manos extranjeras, y son los doctos humanistas de América y de España quienes han considerado que nada mejor se hizo en servicio de nuestra lengua en el pasado siglo, á pesar de los muchos trabajos con que se ha enriquecido la bibliografía española.

Mas no por haber hablado de su Gramática de la Lengua Castellana, debemos poner en olvido los varios discursos y disertaciones suyos publicados en las Memorias de la Academia Mexicana correspondiente de la Española.



Cuando fué recibido por aquella doctísima Corporación, pronunció un discurso sobre los elemen-

tos variables y constantes del idioma español, que justificó una vez más no sólo su reputación de filólogo, sino el nombramiento que en su persona había hecho la Academia.

Pocas veces de más ahincada manera se ha estudiado la difícil cuestión del desarrollo y progreso de las lenguas, precisando lo que en ellas debe ser estable, firme y duradero y lo que en ellas puede variar, á fin de que, obedeciendo á las leyes de la evolución, ni queden estilizadas al grado de entrar en un período de empobrecimiento, por no corresponder al estado de adelanto de los pueblos que las hablan, ni puedan llegar á perder los elementos que les son propios y sobre los cuales descansan, como sobre incommovible asiento, las raíces de las palabras, la estructura de los verbos y las reglas fundamentales de su régimen y construcción. Son las lenguas á manera de organismos vivientes, que están sujetos á las leyes necesarias del crecimiento y so pena de desaparecer, como ya han desaparecido muchas que sólo son estudiadas hoy por los filólogos para determinar las leyes generales del lenguaje, ellas han menester adaptarse al medio en que se desarrollan.

El Sr. de la Peña ha demostrado en aquel discurso, que la lengua castellana jamás ha dejado de obedecer á aquellas leyes, y que los trabajos de los gramáticos y los esfuerzos de las academias que

han pretendido fijarla y conservarla, no han querido detener su desarrollo indefinido y hacer que permanezca estadiza en medio del progreso general; porque el deber de todos los que la hablamos y nos servimos de ella, como de un precioso instrumento, para expresar todas nuestras emociones, todos nuestros pensamientos y todos nuestros ideales, es que corresponda á nuestra propia cultura y sea, antes que un obstáculo y barrera para la ciencia, un auxiliar poderosísimo de sus progresos, y antes que deje de prestarle á la poesía sus más hermosos acentos, la engalane con todos sus ritmos y con todos sus esplendores, y antes que niegue frases severas y armoniosas á la elocuencia le suministre las pompas y las galas que necesita para brotar majestuosa y sonora de los labios de nuestros oradores.

* * *

No era, pues, el Sr. de la Peña, á pesar de la intransigencia de que daba muestra cada vez que en el uso de la lengua se encontraba con vocablos y giros extraños, de aquellos adoradores que á fuerza de pasión egoísta rebajan la hermosa majestad de los dioses á quienes rinden culto. Él ansiaba porque la lengua enriqueciera de día en día su caudal,

pero á condición de que las nuevas aguas fueran siempre puras y cristalinas y vinieran á la corriente común por los cauces conocidos, abiertos y ahondados ha muchos siglos por el esfuerzo de nuestros mayores. No pretendía que ella dejase de estar en armonía constante con todas las necesidades modernas, que de manera imperiosa reclaman órganos nuevos para funciones nuevas, sino que unos y otras obedecieran á las leyes fundamentales que, aplicadas á los seres, constituyen la vida, y aplicadas á los mundos, la gravitación universal.

Algunas otras disertaciones consagró al estudio del significado de los modos adverbiales *á priori* y *á posteriori*; otra, tan notable como aquélla, á los oficios ideológicos y gramaticales del verbo, y las demás á los oficios lógicos y gramaticales del artículo, al fonológico y filológico de algunas letras, á los relativos *que, cual, quien, cuyo*, y, por último, á la clasificación y uso del gerundio.

Cada uno de estos estudios estaba lleno de ciertas novedades antes no descubiertas por los filólogos y de muchas reconditeces léxico-gráficas no adivinadas por los gramáticos. Todos ellos despertaban vivísimo interés entre propios y extraños, aumentando en España el prestigio de nuestra Academia y dando mayor lustre á su nombre; pero ninguno llamó tanto la atención como el relativo al gerundio, porque, tras de ser punto poco ex-

plicado por los tratadistas y de permanecer oscuro todavía á pesar de cuanto á este respecto han dicho Caro y Bello y Cuervo, él vino á arrojar nueva luz que aclarara la multiplicidad de reglas vagas á que está sujeto su uso gramatical.



Todos sabemos que el significado del gerundio sufre diversas modificaciones, y que equivale ora al presente de infinitivo, ora al sustantivo, ora al participio presente latino, ora al adjetivo, ora al adverbio en determinadas circunstancias, ora á la preposición, como sagazmente lo demostrara Cuervo; pero ignórase con frecuencia que el objeto fundamental que tiene, y que su diferencia propia respecto de las otras partes de la oración á quienes equivale, es el de representar siempre hechos transitorios y no permanentes.

Pues bien, el alcance del gerundio nadie, antes que el Sr. de la Peña, lo puso tan claro; y si es verdad que la aplicación de sus reglas es por extremo difícil porque está erizada de obstáculos, nadie ha estudiado de manera más pormenorizada todos sus usos correctos é incorrectos.

En todos estos estudios diónos muestra el Sr. de la Peña de sus muy amplios y sólidos conoci-

mientos lingüísticos, pues si á cada paso lo vemos meter la hoz en todas las ciencias auxiliares de la Filología, recoge, siempre sin esfuerzo aparente, pero con sagacidad manifiesta, abundantísima cosecha de ricas mieses.

Tras de haber sido el más sabio de nuestros filólogos, fué todavía el Sr. de la Peña un crítico experto en asuntos literarios, y á darle esa reputación fueron parte el prólogo con que acompañó el P. Pagaza, hoy dignísimo Obispo de Veracruz, sus «Murmurios de la Selva,» la carta que escribiera al primero de nuestros poetas, á D. Justo Sierra, sobre su hermosísimo poema «El Beato Calasanz,» y su estudio acerca de dos novelas nacionales igualmente conocidas: «El Bachiller,» de Amado Nervo, y la «Angelina,» de Rafael Delgado.



Para disfrutar de autoridad como crítico es menester en nuestros tiempos ser un erudito.

Nada es más fácil que criticar; basta tener una pluma en la mano, mojarla en hiel y ponerla al servicio de todas las malas pasiones; pero para que la crítica sea una enseñanza para el autor cuyos libros se estudian, para que ennoblezca á quien la formula, y para que nos levante sobre sus alas á la contemplación hermosa de horizontes más am-

plios, precisa que el crítico se haya hecho acreedor á nuestro respeto y sea merecedor de nuestra admiración y posea un criterio de tal manera elevado, que sólo lo formen los principios que desde Aristóteles hasta Quintiliano y desde Quintiliano hasta Boileau y desde Boileau hasta Sainte-Beuve, constituyen los inquebrantables cimientos del arte y las formas acabadas de lo bello.

El Sr. de la Peña perteneció á esa generación de críticos, y todos los estudios que acabamos de citar son trabajos magistrales en su género.

Cuando el P. Pagaza, sin deponer la austeridad de su sagrado ministerio, bajara un día de las cumbres del Liceo para recoger el armonioso caramillo que el dios Pan abandonara por muchos siglos entre las malezas de los campos de la Arcadia por correr en persecución de las desnudas ninfas, y, al llevarlo á sus labios, regalara nuestros oídos con los cantos de los pastores y el balar de las ovejas y el bullir de los arroyos, y el gemir de las frondas, y el suspirar de los céfiros, nadie pudo decirnos de una manera más bella, en una forma más culta y con una autoridad más prestigiosa, todas las razones que aquella riente poesía bucólica tiene para vivir entre nosotros, siendo el arrullo de nuestra juventud, el emblema de nuestros amores sanos en la edad madura y el regalo de las tardes tristes y otoñales de nuestra senectud.

El crítico envidiaba la suerte del poeta que podía deleitarse y deleitarnos con aquellos himnos pastoriles, y en prueba de ello, no desdeñaba llevarlo de la mano, y darle el apoyo de sus artes de retórico, de su ciencia de filólogo y de sus enseñanzas de maestro. ¡Feliz quien tuvo la fortuna de ser introducido al mundo de las letras bajo tal patrocinio y en unión de tan experto guía y de tan leal como sagaz compañero! Virgilio llevando al Dante al Paraíso, á la contemplación magnífica de su Beatriz radiante, antójaseme que son el crítico y el poeta que al rumor de los «Murmurios de la Selva» viven y vivirán siempre en la memoria de los amantes de las bellas letras.

¡De qué hermosísima manera interpretó la crítica literaria en la carta con que acompañó su estudio acerca del Beato Calasanz! Ella justifica lo que del crítico acabamos de asentar, de manera tan cumplida, que no podemos resistir á la tentación de insertar sus palabras. Dice:

«La crítica literaria procura darse cuenta de las formas internas del pensamiento; es decir: de aquella vestidura interior que más lo deja transparentarse; sobre todo, intenta llegar hasta el

ideal mismo del artista, y, para lograrlo, penetra en los senos más recónditos del alma del poeta; aplica su atención á los procedimientos estéticos que ha empleado éste en la ejecución de su obra; inquiere si el fin que se ha propuesto realizar coincide con el fin que el arte debe proponerse; estudia la influencia recíproca que ejercen entre sí el poeta y su época; busca los antecedentes literarios de la obra que juzga y sus afinidades con otras ya coetáneas, ya anteriores; hace el recuento de las pérdidas ó ganancias que de todas esas obras le resultan al arte, y más de una vez, tiene que introducirse en heredades ajenas, pidiendo á las ciencias que aquilaten la verdad del pensamiento poético. Bien se echa de ver la diferencia que hay entre la crítica gramatical y la literaria. Una es la crítica de La Harpe y de Voltaire, otra la de Villemain, Sainte-Beuve y Taine; entre los españoles, media diferencia muy perceptible entre Hermosilla, por una parte, y Don Juan Valera, Blanco García y Menéndez Pelayo, por otra."

Y de acuerdo con ese hermosísimo credo de la crítica, comenta el poema con profunda sagacidad, y descubre, analiza y pone de resalte con todos sus errores y sus vicios, con todas sus virtudes y creencias el alma tormentosa y atormentada por todos los martirios humanos, del Beato Calasanz.



El crítico sagaz dijo lo que es, por otra parte, cierto: Calasanz no era un Beato; y si fué un monje fué tan sólo por obedecer á la necesidad de la ficción literaria. El Calasanz del poeta es todo hombre de nuestro siglo: alma llena de todas las malas pasiones que, como limo oscuro, dejan á su paso las corrientes de la vida y de todos los anhelos que, como hogueras, tienden á purificarnos de cuanto en nosotros existe de vitando y pecaminoso y que, espoleada por el afán de saber y no apartada de los consuelos de la fe, duda y vacila porque cruza sin convicciones profundas, que son el única ancla de salvación, ese puente de extensión inconmensurable que separa los floridos vergeles iluminados por la luz de la religión, de los campos cultivados que sólo fecunda el sol resplandeciente de la ciencia.

Síntesis de las reglas de la estética á que una obra artística ha de obedecer es su juicio sobre la novela «Bachiller» á la cual defendió en nombre de la teoría del arte por el arte.

El argumento de esta novela es bastante conocido. Es la fábula, en la vida griega, del joven Atis sacrificando su juventud viril en aras del amor

divino para consagrarse por modo exclusivo al culto de la naturaleza, al de la diosa Cibele que la representa en toda su hermosura y majestad, y es la historia de Orígenes, en la vida cristiana, inducido por error á la ejecución de un sacrificio heroico para ofrecer su alma, libre de todas las miserias de la carne y de todas las impurezas y escorias de la vida, al amor místico del hombre hecho Dios en Jesucristo; y nuestro crítico pugna por excusar esa novela, tachada de inmoral, demostrando, con gran acopio de sana doctrina, lo que es una verdad: que el objeto de las obras de arte es realzar lo bello, y que el heroísmo del protagonista, que, visto objetivamente, resulta, sin ambages, repugnante, doloroso y contrario á la naturaleza humana, es artísticamente, como sacrificio y triunfo sobre ella, cosa hermosísima y capaz de arrebatarnos nuestra admiración.

Por último, al disertar, aunque brevemente, sobre la novela «Angelina,» libro en que se reflejan nuestra vida social y nuestras costumbres, nos dá la clave de lo que la novela es y ha sido antes de que la escuela naturalista la sacara de sus quicios y de ella hiciera estudios psicológicos profun-

dos para los cuales el observador ha menester armarse de maravilloso microscopio para conocer la mágica estructura de nuestra alma y penetrar en los más recónditos secretos de su fuero interno.

Es de sentirse que fuera el señor de la Peña menos fecundo en este género de trabajos que en otros á los que de preferencia consagró su actividad, porque al llevarlos á término y remate hubiera continuado su gran labor de educador y su augusta misión de maestro.

Pero lo que caracteriza en México la labor del señor de la Peña, lo que le granjeó la estimación general y le valió el amor de sus conciudadanos, la alta estima de sus contemporáneos y la gratitud de sus pósteros es el haberse consagrado al magisterio desde su temprana edad, hasta que exhalara el último suspiro de su vida, cayendo en su puesto, como un antiguo gladiador, sobre la arena.

Con efecto, antes de ceñir la borla doctoral en la Universidad Nacional y Pontificia obtuvo y desempeñó la importante cátedra de Filosofía. Tuvo á su cargo en el Seminario la de Teología apologética, y después de haber renunciado la de Filosofía, fué nombrado catedrático de Latin y Literatura en el extinguido colegio de San Juan de Letrán. Después del restablecimiento de la República, y cuando se organizó nuestra Escuela Nacional Preparatoria, fué profesor de Lógica, cáte-

dra que cambió para dar el primer curso de Matemáticas, y poco tiempo después se le encomendó la enseñanza de la Gramática Castellana.

El título de maestro con que lo honraron siempre, aun aquellos que no fueron sus discípulos, lo conquistó en la Escuela Nacional Preparatoria enseñando la Gramática; porque precisamente en esa enseñanza vinculó todos sus esfuerzos, porque en ella cifró todas sus esperanzas, porque con ella quiso realizar la misión que le había tocado en suerte en el profesorado.



Penas punzantes, angustias indecibles y á veces desfallecimientos incurables, costóle esta enseñanza, ya en el ocaso de su vida, cuando temió que se modificaran los métodos que con inmenso apego había seguido para el estudio de la lengua nacional durante toda su carrera de maestro. Nosotros recordamos que en alguna ocasión viniera á depositar en nuestro seno, que sabía que le era fiel, todas sus inquietudes, todas sus quejas y todas sus alarmas.

Al reorganizarse no ha mucho tiempo la Escuela Nacional Preparatoria y al reformarse los programas del curso de lengua nacional, vió que un espíritu nuevo, destructor de lo antiguo, y renovador por ex-

celencia, amenazaba suprimir el estudio de la gramática en la enseñanza de la lengua nacional.

Los profesores jóvenes, arrastrados por la nueva y avasalladora corriente, saturados con el oxígeno puro que herrumbra las viejas armazones, comenzaban á dar señales de tener como cosa inútil y desusada aquel conjunto de reglas, vagas las unas, difíciles de aprenderse las otras y áridas todas, que constituyen la gramática.

Nos fué urgentísimo devolver á su espíritu la calma de que tenía necesidad; juzgamos preciso dar otra vez á sus convicciones la fe que habían menester, y creímos necesario impartir á su pecho los consuelos que reclamaba y renovarle el aliento, purificando la atmósfera donde vivían sus esperanzas.

Siempre hemos estimado que la destrucción de su obra era imposible. La lucha de las ideas, como la que libran los hombres entre sí, necesita exagerar sus propósitos cuando debe vencer obstáculos, destruir barreras y trasponer murallas; pero se ve obligada á refrenar sus ímpetus y á tornarse en eminentemente conservadora, cuando llega el momento de abrir anchos surcos y de zanjár cimientos.



Es un error pedagógico, y error profundo, su-

poner que puede enseñarse la lengua nacional, siguiendo el método admirable y admirado que da frutos tan opimos cuando se trata de la enseñanza de las lenguas extranjeras. Si para el estudio de éstas debemos copiar á la naturaleza, que siempre ha sido la mejor maestra, y librarnos de todos los textos y sacudir el yugo de todas las reglas y su-blevarnos contra todos los preceptos y salirnos de la colmena para que con entera libertad, sueltas las alas al viento, vayamos á recoger la miel del cáliz de todas las flores; en cambio en el estudio de la lengua nacional, que ya poseemos desde nuestra niñez y cuyo completo dominio ya hemos adquirido en el trato con la familia y en el comercio con nuestros semejantes, debemos de toda preferencia someternos á las reglas que gobiernan el lenguaje, sujetarnos á los preceptos de los cuales depende la sabia y buena estructura del idioma, acudir á los textos que son el arsenal donde habremos de hallar todas las armas y encerrarnos en la colmena, porque llevando ya en nuestras alas el polen de todas las flores y en nuestros labios las gotas de miel recogidas en sus cálices, es allí donde habremos de acendrarla y es allí donde habremos de guardarla en los panales.

Podría decirsenos, que no han de tener necesidad de recurrir á la gramática ni alumnos ni maestros, cuando éstos sean por tal modo conocedores

del idioma, que sean capaces de hacer la suya propia en el curso de sus enseñanzas, y aquéllos den muestra de una atención y de una perseverancia que los ponga en condiciones de recogerla de sus labios y conservarla para siempre en su memoria; pero, ¿dónde hallar maestros tales y discípulos semejantes?

El maestro continuó tranquilo su enseñanza.

La gratitud nacional está profundamente obligada para con el Sr. de la Peña, como lo está y debe estarlo entre nosotros para con todos los maestros.

Es verdad que en todos los tiempos y en todos los países se ha reconocido la importancia que tiene la humilde y modesta labor de los maestros; que poco á poco se ha venido pregonando su mérito, ensalzando su nombre y prestigiando su obra, hasta presentarlos como si fueran artífices divinos encargados de educar pacientemente las almas de los niños que ponemos en sus manos, para labrar en ellas los cimientos de sus creencias, las bases de sus virtudes, el pedestal de su ciencia y los inmensos apoyos que habrán de sustentar todos los ideales de su vida.

Sin embargo, úrgenos darnos cuenta de que en los tiempos modernos, y á medida que el pueblo va tomando mayor participación en el gobierno de sí mismo y en la dirección de sus destinos, la misión del maestro se acrecienta y sube de punto; porque ya no le corresponde tan sólo la tarea que de antiguo le atribuimos, sino la superior y más grande de preparar el alma de la patria, que le confiamos en la escuela para que elabore los vínculos poderosos que aseguren su autonomía y en ella arroje los cimientos de su grandeza futura.

Cuando hubo de lograrse la unidad de la Alemania, triunfante del extranjero y vencedora de sí misma, sus pensadores declararon que el maestro de escuela fué quien condujo los ejércitos de las riberas del Rhin á las márgenes del Sena, y que él fué también quien extendiera y apretara con estrecho nudo los lazos creadores de la patria nueva.

Pues bien, señores, si nosotros hemos de esforzarnos sin descanso en crear en nuestro país poderosos elementos de cohesión, si ambicionamos que á la sombra de la paz el trabajo nacional sea fructífero y llegue á crear la riqueza pública, si queremos, al vivir en la prosperidad, enseñar al pueblo los derechos y deberes que tiene bajo el imperio de las instituciones democráticas, si es á nosotros á quienes toca resolver el más importante de nuestros problemas, la práctica de nuestras le-

yes fundamentales, que hoy son, sin remedio, la base de nuestra nacionalidad, tenemos que ennoblecer la tarea del maestro, debemos hacer más y más augusto su sagrado ministerio y agruparnos á su alrededor y sostenerlo con nuestras energías y alentarle con la fe de nuestros propósitos y apoyarlo con nuestros esfuerzos generosos.

Y cuando alguno de ellos sucumba, en medio de la lucha á que ha vivido consagrado, con las manos vacías porque nunca pudieron allegar una fortuna, pero con los ojos fijos en los cielos donde irradian las esperanzas de la patria, hagamos de su nombre una bandera que sea un símbolo, y que en toda la extensión de nuestro territorio los niños lo reconozcan en las escuelas como á su bienhechor, y en sus hogares lo ensalcen como á sus dioses penates, que las familias quemén en su loor el áloe y la mirra de la gratitud; que los ciudadanos vean en él á uno de los más heróicos y esforzados defensores de la patria, que los hombres lo premien con ofrendas y coronas, como durante toda la historia del mundo lo han hecho con los jefes de los ejércitos vencedores, y que los humildes y los poderosos, y los pequeños y los ancianos, la patria

en fin, en todas esas multitudes representada, lo siga devotísima y reverente como el pueblo de Israel siguiera la columna de fuego que á través del desierto lo condujera á la tierra prometida.

Señores, para concluir, permitidme que por un momento olvide los méritos del filólogo, la sabiduría del crítico y la ciencia del maestro, para rendir un homenaje al que, siendo todo esto, fué un patriarca en su familia y un hombre bueno para la sociedad.

Ninguno de vosotros lo ignoraba, antes todos lo sabíamos, y durante su vida el elogio suyo vivió perennemente en nuestros labios. Si fué generoso con su ciencia, porque en ella era rico, fué también con su bondad, porque en su pecho abrigaba fuente inagotable de todo linaje de bienes. Si los pueblos de la Grecia, versátiles como los pueblos lo son siempre, se cansaron de llamar á Aristides, «el justo» y hubieron de desterrarlo de su patria, nosotros no nos cansaremos de llamar al Sr. de la Peña el «bueno» y nunca lo desterraremos de nuestra memoria.

El Liceo Altamirano se descubre respetuoso ante el túmulo que guarda sus restos, y en nombre de nuestra actual generación, que tanto le debe, le ofrece, como homenaje votivo, la corona de nuestra gratitud.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

LIC. DON ALFREDO CHAVERO,

EN LA

SESIÓN SOLEMNE QUE EN SU HONOR CELEBRÓ

EL LICEO ALTAMIRANO,

EL DÍA 9 DE NOVIEMBRE DE 1907.



SEÑORES:

El Liceo Altamirano consagra su sesión de hoy á honrar la memoria de uno de nuestros muertos ilustres y á rendir un testimonio de profundísimo respeto á quien fuera prominente personalidad en la política nacional, gala de nuestra literatura, prez de la dramaturgia mexicana, orgullo de nuestra tribuna parlamentaria, uno de los primeros entre nuestros eruditísimos bibliógrafos y arqueólogos, y uno de los más renombrados de nuestros historiadores.

El Sr. D. Alfredo Chavero, en efecto, fué todo esto á la vez.

Su actividad incansable permitióle acometer todo linaje de empresas, espigar en todos los campos, vencer toda suerte de obstáculos y ascender á todas las alturas; y su inteligencia, abierta siempre á toda clase de investigaciones, lo condujo á

ejercitarse, ya en los trabajos fáciles y risueños que la fantasía dirige, ora en los graves y severos que preside el juicio, ó ya en esos donde ambos se combinan y hermanan para producir aquellas obras que perduran, porque salvan el tiempo y el olvido á causa de su excelsitud.

Su patriotismo, que fué siempre exaltado, lo obligó á ser un político; su pobreza juvenil hizo de él un poeta, que por eso Horacio, dijo: «*Paupertas impulit audax ut versus facerem*,» su conocimiento de la vida llevólo á enderezar sus pasos hacia el teatro, para copiarla en él; su ciencia, que fué vastísima, lo puso en condición de ser un polígrafo, y su inmenso amor á la verdad y su gran pasión por la justicia, convirtiéronlo en historiador, porque la Historia no es sino la maestra de los hombres, que les enseña la verdad para hacerlos justos y les muestra la justicia para hacerlos buenos.



El Sr. Chavero realiza por modo acabado el tipo de los hombres eminentes de nuestra raza en la América Latina. Urgidos ellos por necesidades apremiantes, que son características de la vida de los pueblos en formación, no pueden encerrar su

actividad en un sólo y estrecho cauce, sino que se ven precisados á extenderla desmesuradamente para llegar á ser soldados en los campos de batalla, políticos en las luchas gigantescas que organizan la patria, oradores en las apasionadas y turbulentas lides democráticas, periodistas para dirigir y gobernar la opinión pública, poetas para cantar las hazañas heroicas de los pueblos que se sacrifican por obtener la libertad, jurisperitos para trocar en leyes las costumbres y dar firme asiento á las conquistas del derecho, y sabios para presidir las academias y educar á las generaciones venideras: porque la patria exige de sus hijos preclaros, que son escasos, á fin de remediar sus males que, por desgracia, son numerosos, que le consagren todas sus energías en la guerra ó en la paz, y amolden sus talentos, dúctiles como el oro, á todas las exigencias del momento histórico en que viven.

No de otra suerte aquellos hombres del Renacimiento italiano, cuando el mundo parecía nacer á una vida nueva y el espíritu helénico dejaba la flor de sus gracias inimitables en las artes, la frescura incomparable de su genio en las letras y la profundidad de sus investigaciones en las ciencias, se lanzaron á la conquista del ideal, siendo á la par soldados y poetas, políticos y sabios, arquitectos, pintores y escultores; porque había una patria

que reclamaba las proezas de su espada, y glorias que merecían los acordes de su lira, y luchas intestinas que ponían á contribución su habilidad, y arduos problemas que demandaban el auxilio de su ciencia, y templos que levantar á los dioses, que exigían el empleo de su arte, y lienzos donde eternizar la belleza, que daban ocupación á sus pinceles y paletas, y formas que representaran la hermosura, que ofrecían piedra y mármol á la fecunda labor de sus artísticos cincelos.



Era apenas un joven salido de las aulas, en cuyo espíritu reía la vida con la primera de sus frescas sonrisas, cuando comenzó, aunque ya abogado y diputado al Congreso de la Unión, á servir los intereses de su patria, hollada por la planta del invasor francés. El Sr. Chavero, en unión de Altamirano, fué á incorporarse al Gobierno de Juárez en San Luis Potosí; y emprendió en seguida aquella odisea patriótica que comenzara en San Luis y terminara en Colima, y cruzó los valles y traspuso las montañas, y surcó los mares, y apresado en ellos y libertado luego, intentó organizar, en la medida de sus fuerzas, algo que contribuyera á la defensa del territorio nacional.

Pocos sacrificios pudo efectuar en obsequio de su país que fueran más meritorios que éste. Quien lleva en las ciudades la vida muelle que los refinamientos de la civilización engendran y adquiere el hábito de no cansar los pies sino en los lánguidos giros de la danza, de no agobiar las manos sino con el peso de los libros que deleitan y de no fatigar el cuerpo sino con aquellos ejercicios que no marchitan la hermosura, ejecuta el mayor de los esfuerzos cuando, animado de un patriotismo viril, realiza las rudas proezas de los atlantes robustos, de hombres hercúleos y de brazos férreos, á quienes no acobarda el infortunio, á quienes el cansancio no abate y la fatiga no rinde y el desaliento no desespera.



El Sr. Chavero, que á la sazón era el niño mimado de la sociedad culta y que recibía los honores reservados en ella á la juventud y al talento, llevó, no obstante, á término, aquella peregrinación, y sin tomarse punto de reposo, sin dar paz á la mano y sin otra preocupación que la de ser útil á los que se aprestaban á la defensa de la patria, soportó las fatigas de los caminos, sufrió resignado los embates de la adversidad, venció los desfalle-

cimientos del cuerpo y dominó los enervamientos del espíritu, pensando que todos los sacrificios posibles debían hacerse hasta lograr ver á la patria libre del invasor extranjero.

A partir de aquella época, y sin interrupción, fué un político de buena cepa, miembro distinguidísimo del partido liberal, y por ende jacobino y reformista, defensor de las buenas causas, ansiando porque no cayeran en menosprecio nuestras leyes constitucionales, que son la base de nuestra nacionalidad, y que antes crecieran en prestigio las dictadas en los tiempos de la Reforma que, á pesar de todo cuanto sus enemigos han dicho, dan firme asiento á la paz en que vivimos desde entonces con la iglesia, y á la prosperidad de que ella y nuestro Gobierno y nuestro pueblo, desde entonces, también, disfrutan á la par.

El Sr Chavero ocupó cargos prominentes en nuestros Ayuntamientos, en las Secretarías de Estado, en el Gobierno del Distrito y en las Cámaras Federales, y militó en nuestra prensa periódica, y tomó parte en las luchas de los partidos, y contribuyó por modo singular al desarrollo de la prosperidad de nuestra Administración Pública, y por eso siempre fué en las luchas políticas, un soldado de vanguardia; en los ayuntamientos, un apóstol; en los partidos, un jefe; en los parlamentos, se le tuvo por un guía; en los combates celebrados en ellos,

por un esforzado paladín; en el periodismo, por un campeón, y en las contiendas electorales de los días de la restauración de la República, por un triunfador: y fácil para la intriga é inteligente para ofrecer soluciones satisfactorias, y hábil para resolver problemas, y dúctil de carácter, y enérgico por temperamento, y trabajador por hábito, y con merecimientos grandes y con aspiraciones nobles, fué desde su juventud hasta su muerte, una fuerza siempre activa en la política nacional.

En la primera mañana de su vida fué un poeta lírico.

Cuando la juventud risueña corona de luz nuestras frentes, y el amor, como la savia en el árbol, asciende y palpita haciendo brotar en nuestros corazones aquella rica florescencia, que si pronto se marchita deja impregnada la vida al marchitarse con un imperecedero perfume, son poetas todos aquellos en cuyas almas duerme el sentimiento como una paloma en su nido, y en cuyos espíritus el pensamiento se levanta como una alondra matinal.

Sus cantos líricos fueron por eso cantos de juventud, promesas de frutos sazonados, augurio de obras mejores y esperanzas fundadas del trabajo superior que habría de emprender más tarde el dramaturgo mexicano.



El Sr. Chavero ha sido una distinguida personalidad en la dramaturgia nacional. En el corto período de su vida que consagró al teatro, se ejerció en todos los géneros: en el sainete y en la comedia, en la tragedia y en el drama, y fué de una fecundidad pasmosa, tan pasmosa como sus éxitos felices, porque si dió á la escena más de diez y ocho obras, cada una de ellas, en su época, le aseguró un triunfo más ó menos ruidoso.

Pocos de nuestros dramaturgos han sido tan perfectos conocedores de los secretos de la escena. Hilar fácilmente una trama, bordar en ella un episodio real ó quimérico y después desenlazarlo, llevando al público de sorpresa en sorpresa, y con interés siempre creciente, es el mérito que más resalta en sus obras; y si agregamos que á eso se aduna su dicción siempre galana, su versificación en todo momento fluida y fácil y su estilo noble y levantado, habremos emitido la opinión cabal que ellas merecen.

¿Quién ha podido poner en olvido los aplausos que conquistara con su drama «El Huracán de un beso,» los elogios con que la Madre Patria acogiera en la escena española «Los Amores de Alarcón»

que representaban la vida de aquel héroe de la dramaturgia castellana, que nosotros reclamamos como nuestro, y el teatro de Lope y Calderón ha reivindicado como suyo; y quién no recuerda los ensayos felices que representan el drama «Xochitl» y la tragedia «Quetzalcoatl,» que copiando episodios de nuestra historia patria, de la historia de os antiguos tiempos del Anáhuac y de las luchas heroicas y legendarias de la conquista, nos muestran que ella es también fuente inexhausta de inspiración para el poeta y el dramaturgo, que pueden hacernos vivir, como realidades del presente, aquellas escenas del amanecer de nuestra vida, como las que á los griegos dieron asunto y fondo para sus epopeyas y sus dramas, en los cuales los dioses bajaban á la tierra para luchar con los hombres, y los hombres ascendían al Olimpo para ser vencedores de la muerte y de los dioses?



Hace poco más ó menos seis lustros, cuando parecía llegado el momento en que al fin iba á nacer vigorosa y lozana nuestra dramaturgia, el Señor Chavero compartió con el romántico Peón Contreras el honor de contarse entre sus precursores, y si no podemos considerarlo sino como un precur-

sor, es porque nuestra dramaturgia habrá de venir más tarde, en su momento y sazón.

No es la literatura dramática planta que flozeca en la infancia de los pueblos como una de las primeras manifestaciones de la vida intelectual; ella, al contrario, crece en los suelos ya trabajados por los siglos y fecundados con el limo de muchas generaciones, y sólo se levanta apoyándose y medrando en troncos robustos que, como los viejos olmos, que dan á las vides su sostén, habrán de vestirse y engalanarse después con la pompa de los racimos maduros y con la alegre frescura de los pámpanos verdes. Por eso la poesía épica popular y aun la poesía lírica han sido siempre los olmos en cuyos troncos fuertes se ha apoyado para desarrollarse y florecer la poesía dramática,

Es verdad que entre los romanos (y tal vez como la única excepción) que ajenos á la poesía sólo reconocieron la importancia de la elocuencia como instrumento político y el interés de la historia y de la jurisprudencia como el de las armas necesarias para su dominación, la tragedia, el drama y la comedia fueron las primeras manifestaciones de su genio literario y que Enio y Livio Andrónico y Plauto y Terencio florecieron antes que todos los poetas épicos y líricos de los siglos de César y de Augusto; pero esto es debido á que de todos los géneros de poesía el drama es el que mejor conve-

nía al pueblo romano; porque los fesceninos y las saturas y los mimos, y más tarde las atelanas, producciones todas del mismo género, formaban parte de la vida nacional y reflejaban su carácter burlesco que en todo tiempo se distinguiera por su observación fina, por su imitación fácil y por su réplica pronta.



Entre nosotros, como por otra parte ha acontecido en casi todos los demás pueblos, la obra dramática no ha de ser la flor, sino el fruto sazonado, y la corona y no el cimiento de una literatura nacional. Y no podría ser de otra manera, porque la poesía dramática copia al hombre con sus buenas y malas pasiones, á la familia con sus gozes y sus miserias, á la sociedad con su organización defectuosa y sus esperanzas de mejoramiento, y á los pueblos con sus hábitos de destrucción y sus legítimos ideales de progreso, y porque analiza y pone de resalte los resortes todos que nos mueven en la lucha por la existencia; el amor con todos sus ensueños, el odio con todos sus rencores, la ambición con todos sus desfallecimientos, la envidia con todas sus bajezas, la honradez con sus satisfacciones dulces, la maldad con sus remordimientos negros,

la virtud con sus sacrificios heroicos, y el vicio con sus deleites supremos; y dando al hombre, á la familia, á la sociedad y á los pueblos una vida propia tan verdadera y tan real como la vida misma, y poniendo en juego nuestras pasiones, tal como ellas hierven y se agitan en nosotros, nos coloca en contacto íntimo con nosotros mismos para enseñarnos á corregir riendo nuestras costumbres, para mostrarnos cómo debemos condenar nuestros vicios y para amaestrarnos en el modo y manera de mejorar nuestras virtudes.

Y por eso y á causa de eso, ha menester la poesía dramática del auxilio de la historia para sus asuntos, del apoyo de la elocuencia para sus diálogos, de los servicios de la epopeya para reproducir las acciones heroicas y del sostén de la poesía lírica, en todas sus formas y en todos sus géneros, para expresar todos los movimientos de nuestro ánimo.

Pero no por no existir todavía en México, por estas razones, una verdadera literatura dramática nacional, podremos concluir que los trabajos del Sr. Chavero no sean dignos de muy alta estima y no merezcan constante recordación; antes nosotros creemos que ellos constituyen uno de los mejores esfuerzos enderezados á la creación de nuestra dramática y uno de los ensayos más felices para llevarse á la escena entre nosotros con criterio supre-

mo, con elevados propósitos y con miras enteramente sociales, la vida real con todas sus enseñanzas.

En la historia de nuestro teatro está reservado al Sr. Chavero un lugar prominente, y si después de Don Eduardo Manuel de Gorostiza queremos buscar quien más de cerca siguiera sus huellas y aprovechara sus lecciones é imitara su ejemplo, la crítica habrá de llevarnos como de la mano á estudiar su obra y á determinar su alcance y trascendencia.

* * *

¿Fué el Sr. Chavero un orador?

Si el orador es, como decía Cicerón, *Vir bonus dicendi peritus*, no puede ponerse en duda que lo fué; pero á mayor abundamiento lo proclamamos sin discrepancia todos los que innumeradas veces lo escuchamos, y sentimos que su palabra siempre fácil é inspirada, despertaba en nosotros la profunda emoción estética que se traduce por un escalofrío en nuestros nervios, por una parálisis en nuestra garganta, por una conmoción en nuestro pecho, por un anhelo infinito en nuestro espíritu y por una honda admiración en todo nuestro sér.

Son muchos y notables los discursos que de él nos quedan y que pronunció ya en la tribuna ci-

vica, cuando en nombre del Ayuntamiento de México dió el adiós postrero al Sr. Juárez, ya en las escuelas, como el que consagró á los alumnos de la Compañía Lancasteriana, ya con motivo de la fundación de la Biblioteca popular del 5 de Mayo, ó ya en los congresos internacionales, como los que dijo cuando se celebró en México la Conferencia Pan-Americana, ó ya, por último, en las reuniones científicas verificadas en el extranjero, como el que leyó en San Luis, Missouri, en la época de la Exposición Universal.

En todos estos discursos se nos muestra un orador consumado y hábil, de una erudición histórica nada común y en ellos hace alarde de un estilo castizo, de una frase correcta y limpia, llena de giros apropiados y de períodos sonoros y armoniosos que debieron haber producido hermosísimos efectos cuando la palabra les dió vida con su calor y con su aliento. Sin embargo, fué en la tribuna de nuestra Cámara popular, en la cual se le tuvo siempre por un adalid, donde en toda ocasión se le escuchó con gusto; porque fué por excelencia un orador parlamentario, apercebido en todo instante á defender sus intereses políticos, porque fué antes que otra cosa un improvisador, galano en el decir como siempre fué profundo en el pensar.

Es verdad que nuestra elocuencia parlamentaria ha pasado en estos últimos años por un eclipse momentáneo y que gustosos la hemos sacrificado en aras de intereses más altos y más caros, como son los que vinculamos en el desarrollo pacífico de nuestra política y de nuestras riquezas; pero antes de este período y aun en éste, el Sr. Chavero fué celebrado como uno de nuestros buenos oradores.

No es esta la ocasión más oportuna para discutir cuál es el mejor género oratorio, si el que prepara en el silencio los discursos y por medio de una labor paciente les procura todo linaje de perfecciones, ya en las ideas que se enlazan y armonizan de un modo gradual y sistemático, ó ya en las palabras que se combinan para producir efectos rítmicos y musicales y que después al pronunciarlos sólo les da aquel fuego y entusiasmo que el trabajo de la memoria permite al orador robar al medio en que se encuentra, y al auditorio que lo escucha, y á la atmósfera que lo rodea, ó aquél otro que espontáneo y desordenado y libre de la ayuda de toda regla, hace que el discurso brote de los labios del orador al impulso de las pasiones del momento y por medio de la magia de la pala-

bra se imponga, arrastre, domine y subyugue; pero de mí sé decir que siempre he preferido este último por considerarlo un arte superior; porque si es cierto que entonces el orador ha menester del conocimiento profundo de los asuntos que trata y de la influencia de su auditorio que le presta sus pasiones y calor, no lo es menos que sólo en estos casos cumple la misión augusta que le corresponde de instruir, conmover y persuadir.

Conforme á este criterio, el señor Chavero fué también un orador, y en elogio de su oratoria podrá decirse que para él instruir fué un deber, conmover un recurso supremo y persuadir una necesidad.



Un acontecimiento que en la mayoría de los casos no tiene gran trascendencia en la vida de los hombres, ejerció, no obstante, una influencia decisiva en la del Sr. Chavero, á saber: la compra de la biblioteca del sabio arqueólogo D. Fernando Ramírez, que contenía todo cuanto de más raro y precioso en pinturas jeroglíficas, manuscritos é impresos relativos á la historia del México antiguo, había escapado á la acción destructora del tiempo y á la codicia nunca adormecida de los exportadores de nuestras antigüedades.

El Sr. Chavero tenía de antemano gran pasión por el estudio de la arqueología; su maestro, D. Manuel Orozco y Berra, lo había iniciado en los secretos de la descifración jeroglífica; su amigo, D. Joaquín García Icazbalceta, lo había decidido á emprender estudios críticos acerca de los cronistas del siglo XVI, que habían escrito sobre las razas que poblaron el Anáhuac; y su laboriosidad no fatigada, ni aun en los últimos días de su vida, y su amor por todo género de trabajos literarios, vivo en él desde la época de su juventud, invitaronlo á hallar tarea gratísima y reposo de ocupaciones de índole diversa, en la busca y explicación de nuestros monumentos arqueológicos, en la publicación de importantísimos manuscritos y en la interpretación de nuestros códices, todo lo cual forma el más sólido fundamento de nuestra historia nacional.

La biblioteca de D. Fernando Ramírez puso en sus manos todos los elementos que podían serle necesarios para cultivar sus aficiones, todo cuanto había menester para convertirse en bibliógrafo y cuanto podía serle indispensable para llegar á ser un distinguido arqueólogo y un notable historiador. La verdadera vocación de su vida quedó de este modo precisada, y cuanto en él existía de curiosidad siempre despierta, de laboriosidad incansable y de inteligencia pronta para toda labor crea-

dora, hubo de consagrarlo de manera preferente á esclarecer problemas arqueológicos antes no resueltos, á interpretar jeroglíficos no muy bien explicados, á rectificar errores por todos compartidos, á fijar hechos por muchos ignorados, y á darnos la clave de cuestiones múltiples que fueron motivo de hondas preocupaciones para nuestros viejos cronistas, para nuestros mejores anticuarios, para nuestros sabios bibliógrafos, para nuestros aventajados arqueólogos y para nuestros eruditos historiadores.

Dada la conocida incuria de nuestros sabios y de nuestros hombres de letras, asombra ver lo que el señor Chavero ejecutó, ya como bibliógrafo, dando cuenta y razón de los escritos de muchos de los cronistas del siglo XVI, ora publicando obras raras cuyo conocimiento era útil difundir, ó imprimiendo antiguos manuscritos y pinturas jeroglíficas que convenía sabiamente descifrar, ya como arqueólogo, interpretando el libro siempre abierto de nuestras ruinas, ora explicando el monolito de Coatlichan, ó estudiando el calendario del Palenke, ó dando á conocer los dioses y la cosmogonía de las tribus nahuatl en sus libros acerca del Calendario azteca y de la Piedra del Sol, y ya como historiador, escribiendo con gran conciencia de su labor augusta la parte correspondiente á nuestra historia antigua y de la conquista en la obra «México á

través de los Siglos,» que es el monumento más grandioso que pueda dar al mundo muestra elocuente de nuestra cultura intelectual.



Y si llama la atención la suma de trabajos realizados, más admira todavía la forma y manera de conducirlos á buen término. La bibliografía no es en sus manos la noticia árida, pródiga en detalles y de lectura fatigosa que enumera cuanto algunos escritores dieron á la estampa acerca de asuntos determinados, sino una narración interesante, llena de color y de verdad, en la cual por modo sorprendente viven nuestros cronistas la vida de su tiempo, y se mueven al impulso de las pasiones que decidieron de sus destinos; la arqueología no es aquella ciencia fastidiosa, zumo de adormideras áureas, ofrecido á nuestros labios sedientos para sumirnos en sueño deleitoso, sino la alegre y risueña que, á la luz de todos los humanos conocimientos, nos reconstruye la vida de aquellos pueblos sin historia, cuyos siglos de existencia sólo pueden medirse por los años de nuestra vida, y que nos hace partícipes de todos sus secretos los más recónditos, y de todos sus episodios los más inverosímiles, y la historia no es para él la relación

cansada de las cosas que fueron, guerras y asolamientos, triunfos y derrotas, ni la cronología seca de los tiempos en que tuvieron lugar, sino los anales verídicos de las naciones, escritos con aquella amenidad que fué peculiar del carácter ingenuo de Tito Livio, y con aquella sobriedad que fué el rasgo distintivo de la honradez de Tácito. Y es que el bibliógrafo y el arqueólogo y el historiador, se confunden y se identifican en un cabal hombre de letras, que enseñado á pensar, conoce el arte de bien decir, y que dueño de la palabra que esculpe y habituado al uso del vocablo que traduce á maravilla una idea, y sabedor de la metáfora que da realce y vigor á una frase, y maestro en el empleo del tropo que la engalana y del epíteto que la matiza, escribe con un estilo lleno de inmarcesible frescura que atrae la atención, que cautiva los sentidos, que deleita el gusto y que constituye el encanto indefinible de la inteligencia.

Modelo son en su género las noticias bibliográficas que escribió acerca de Fray Bernardino de Sahagún, respecto del caballero Boturini Benaducci, tocante al sabio D. Carlos de Sigüenza y Góngora, y también con relación á los cronistas Tenochcas, esto es, el autor desconocido del Códice Ramírez, Fray Juan de Tovar y Fray Diego Durán, y el padre José de Acosta y Tezozomoc.

Fray Bernardino de Sahagún aparece en su es-

tudio coronado por la triple aureola del misionero, del sabio y del mártir; porque no sólo se le ve como uno de aquellos valerosos apóstoles del cristianismo en México, que se interpusieron entre la barbarie de los soldados conquistadores y la humildad de nuestra raza indígena, para servirle de protección y amparo, sino al mismo tiempo como el más laborioso, el más fecundo y el más instruido de nuestros cronistas del siglo XVI.

Lo contemplamos asiduo y diligente aprendiendo la lengua azteca, en la que llegó á ser maestro, enseñando á más de cien niños, que eran hijos de los señores principales de los grandes pueblos y provincias de la Nueva España, alojados y educados en aquel colegio de Santiago Tlaltelolco que inaugurara el Virrey Antonio de Mendoza, recogiendo lecciones vivas de las fuentes de nuestra historia, esto es, haciendo que los mismos indios las escribieran por medio de sus pinturas, y que ciertos gramáticos las interpretaran poniendo al pie de ellas y en lengua romance sus explicaciones, y sucumbiendo á la postre, anciano octogenario, despojado de sus manuscritos, obligado á mudar la relación verídica de la conquista, reducido á ver publicados tan sólo tres de los muchos libros que escribió; pero rodeado del amor de los indios, del respeto de la Colonia y de un prestigio y un renombre que habrían de crecer al paso de los siglos.

El bibliógrafo, después de haber hecho esa verdadera resurrección de aquellos tiempos y de aquellos hombres, nos refiere cuanto Fray Bernardino escribió ya en la lengua mexicana ó en romance, opúsculos y libros acerca de la doctrina cristiana, y respecto de la historia antigua y de la conquista, sin callarnos dato alguno, sin omitir ningún detalle, sin suprimir noticia de importancia, antes pormenorizando las obras impresas y las manuscritas, las conocidas y las extraviadas, las remitidas á España y las conservadas en el Convento de los Franciscanos, que á todo acude su erudición y que para todo bastan su ciencia y su laboriosidad.

¡Con cuánta verdad nos habla del caballero Boturini Benaduci, de aquel esforzado paladín, héroe legendario, que vino á México trayendo en su alma dos amores igualmente puros: el de nuestra historia y el de nuestra Virgen de Guadalupe, y que libró batallas y sufrió persecuciones y soportó duro cautiverio y vió secuestrados sus manuscritos y exhausto su tesoro y sellado su museo, y que fué expulsado después de la Nueva España tan sólo porque deseaba realizar el sueño de su vida sin permiso del Virrey y sin gloria para España: la coronación de la Virgen, en su advocación de «Nuestra Señora de Guadalupe,» que había sido, desde su cerro del Tepeyac, la madre verdadera de los conquistados y el consuelo único, siempre

dulce, durante la dominación española, de nuestra pobre raza indígena!

La historia del Museo de Boturini y de los catálogos que de él se hicieron y de los tesoros que guardaba, y de cómo éstos, depositados en el Archivo del Virreinato, se diseminaron después en la Biblioteca de la Universidad y en el Convento de San Francisco, de donde los adquirió más tarde Mr. Aubin para transportarlos á París, y en el Archivo de la Nación y en el Museo Nacional, nunca fué antes mejor escrita ni mejor documentada.

Con sorprendente exactitud representanos también al erudito Don Carlos de Sigüenza y Góngora, honra del México Colonial, á quien mucho debieron las ciencias matemáticas y las geográficas é históricas, y nos enumera las obras que escribió, aun aquellas que se tuvieron por perdidas, como la de «El Fénix de Occidente,» en la cual demostraba que Santo Tomás fué hallado en el Nuevo Mundo bajo el nombre de Quetzalcoatl; y las hazañas que realizó, como cuando en el incendio de la casa de Cabildo libró de las llamas los manuscritos del Ayuntamiento; y los viajes que emprendió, como aquella expedición de Panzacola que hizo en busca de un puerto para la Colonia, y que fué digna de los navegantes del siglo XVI.

La publicación del Códice Ramírez, compendio el más completo de la historia de las tribus mexi-

canas, aunque hecha por nuestro distinguido humanista Don José María Vigil, se llevó á cabo según el texto manuscrito que él proporcionó, y el estudio bibliográfico que de tal Códice hiciera condujole á dilucidar quién fuera su autor y cuáles los originales de donde copiaron sus escritos Fray Diego Durán y Acosta y Torquemada, cuestiones todas de grande interés para nuestra bibliografía y nuestra historia nacionales.

Pero no limitó á esto sus esfuerzos, que estimó como un deber patriótico allegar materiales que acrecieran nuestro acervo común, y á este fin no hubo obstáculo que no dominara ni dificultad que no venciera.



Fecundos en bienes han sido y serán los servicios que prestó con la publicación de la Historia de Tlaxcala, de Muñoz Camargo; con la impresión de las obras de Alva Ixtlixochitl, con la del Mapa Jeroglífico de Tlaxcala, con la del Códice Ciclográfico, con la del Calendario ó Rueda del Año de los antiguos indios, así como con la del fragmento y códices que aparecen en el tomo II de sus Pinturas Jeroglíficas.

Es verdad que las obras de Muñoz Camargo y de Alva Ixtlixochitl habían sido publicadas en la

famosa colección de Lord Kingsborough; pero lo poco manuable de esta colección, su elevado precio y el hecho de no poder ser consultada sino en las bibliotecas, justifica el que se tuvieran por inéditas ó desconocidas.

Es posible que, como lo creyera el señor del Paso y Troncoso, sean falsos el Mapa de Tlaxcala y el Códice Ciclográfico y el Calendario; pero nadie podrá poner en duda que ha habido motivos bastantes y razones poderosas para considerarlos como originales y merecedores de estudios pacientes, y aun capaces de ilustrar con datos nuevos importantísimos asuntos históricos de alta trascendencia.

Los coleccionadores de manuscritos, que en todo tiempo han servido la causa de nuestra historia patria, y á quienes somos deudores de gratitud profunda, habrán de considerar al señor Chavero como uno de los suyos; y si no fué tan afortunado como Mr. Aubin, ni tan rico como el Duque de Loubat, ni tan pródigo como Lord Kingsborough, sí fué más sagaz que todos ellos juntos, y sus estudios é interpretaciones serán siempre de mayor utilidad.



La obra del señor Chavero como arqueólogo, es digna de todo encomio, y desde su ensayo de

descifración de la piedra acomodada en la construcción de una de las paredes del Convento de la Concepción, la cual recuerda, según los datos de Torquemada y Clavijero, el hambre que asoló á la tierra mexicana en la época de Moctezuma Ilhuicamina, hasta su explicación del Calendario Azteca, y desde ésta hasta su disquisición respecto del monolito de Coatlichan, todos le granjearon el renombre que como tal á su muerte había conquistado.

Los antiguos mexicanos, al igual de los egipcios, acostumbraron perpetuar los sucesos más notables é importantes de su historia, y temerosos unos y otros de que no fueran duraderos el papyrus ó el papel de maguey, prefirieron grabarlos en los muros de sus templos, en piedras duras y en monolitos inmensos que desafiaran la mano destructora de los hombres y las injurias del tiempo, y por eso los egiptólogos y nuestros anticuarios han reconocido la necesidad de estudiar nuestras ruinas y de interpretar nuestros monumentos arrancando á la piedra muda los secretos que hace siglos les confiaron nuestros antepasados.

El señor Chavero consagróse, á causa de esto, á la descifración de nuestros monumentos los más notables, y entre otros, la piedra muy conocida y popularizada bajo el nombre de Calendario Azteca. Todas las personas versadas en estos achaques

saben que la famosa piedra que durante muchos años estuvo en el costado Poniente de una de las torres de la Catedral de la ciudad de México, fué mandada enterrar por Fray Alonso de Montúfar, Arzobispo de México, por los años de 1551 á 1559, y desenterrada después, al componerse el empedrado de la Plaza Mayor, en 1790, y pocos ignoran que Don Antonio de León y Gama, al descubrirla creyó que era el calendario de los aztecas, fundándose en dos hechos: «En que no era sola esta piedra, sino que había otra semejante que se unía á ella; y en que debía estar asentada sobre un plano horizontal, erigida verticalmente sobre una línea que tuviera la dirección de Oriente á Poniente y con la cara al Sur»; y además, en una conjetura: «Que la fecha grabada en la Piedra era la mitad del ciclo mexicano, pues como el año se componía de 365 días y hasta el final del ciclo se hacía la corrección, en este año medio se verificaba con bastante aproximación la llegada del sol á la equinoccial, á los puntos solsticiales y al zenit de la ciudad».

Pues bien, el señor Chavero demostró que los dos hechos eran inexactos y mal fundada la conjetura y precisando, con la autoridad de Fray Diego Durán, que la fecha era la del año de 1479, dos años antes de la muerte del rey Axayacatl, en que fué estrenada, y que no eran dos las piedras sino

una, y que jamás estuvo colocada sino en posición horizontal, comprobó que era la Piedra del Sol, ó mejor dicho, un estudio astronómico y cosmogónico del sol, y no el Calendario como León y Gama lo había imaginado.

Sus trabajos intitulados el «Calendario Azteca,» publicado en 1875, y «La Piedra del Sol,» que apareció en los Anales del Museo Nacional, son de una portentosa erudición y dan muestra de suma sagacidad, y aun cuando algunas de sus teorías puedan aun ser combatidas y otras estimarse como poco fundadas, el fondo es una conquista asegurada para la ciencia que otros como el señor Dr. Valentini podrán querer atribuirse, pero que la justicia reivindicará siempre para nuestro arqueólogo.

Sin embargo, ¿podrá decirse por ventura que la ardua labor del señor Chavero ha dejado huellas profundas que habrán de salvarla del olvido y que su nombre perdurará unido al de las verdades por él reveladas, al de las teorías sostenidas por su pluma y al de los problemas resueltos por su penetración y por su juicio?

Nosotros creemos que sí; porque él presentó con gran novedad la comprobación de los cálculos cronológicos de Orozco y Berra respecto del cambio del sistema para atar los años que tuvo lugar en 1143, un siglo después de la fecha seña-

lada por León y Gama; porque hizo como nadie que el estudio de la cronología tuviera por base la descifración geroglífica; porque precisó, explicando la Piedra del sol, la división del día natural de los aztecas en horas; porque en su disertación acerca del Calendario de Palenke determinó la filiación de las civilizaciones maya y palanquina, y porque la teoría de los acompañados de la noche que él sostuvo ha sido ya confirmada por el sentir general de todos los que se ocupan en estas tareas y disquisiciones, y principalmente por el Director del Museo Nacional, D. Francisco del Paso y Troncoso, en la explicación del Códice Borbónico, y por el erudito americanista de Boston, señor Bowditch, en una disertación publicada no hace mucho.

El lustre y brillo que su nombre refleja, arroja sin duda viva luz sobre nuestro país, y éste debe enorgullecerse de haberlo tenido por hijo.



Pero la obra maestra del señor Chavero, la que resume toda su sabiduría, la que le valió mayor fama y levantó su nombre á una envidiable altura, fué su Historia Antigua de México y de su Conquista, escrita después de haber examinado, con

gran espíritu crítico, monumentos arqueológicos, pinturas jeroglíficas, códices manuscritos, crónicas é historias, cuanto guardan nuestros museos, cuanto existe en nuestras bibliotecas, cuanto se ha dicho, en fin, respecto del asunto desde que Hernán Cortés envió sus célebres cartas al Rey Carlos V, hasta nuestros días.

Parecía difícil que después de la obra de nuestro sabio Don Manuel Orozco y Berra, reputado en ambos mundos como la autoridad más respetable en historia de México, pudiera decirse algo nuevo, pudiera escribirse una historia que no fuera sino la repetición de la suya, y, sin embargo, precisamente el libro del señor Chavero se ha hecho digno de elogio por su novedad, á veces atrevida si se quiere, al explicar los mitos y leyendas de nuestras razas indígenas, por el modo casi siempre original de apreciar hechos referidos sin criterio por nuestros cronistas é historiadores, y, sobre todo, por el plan general que le sirvió de base y que ha merecido la aprobación de propios y de extraños.

Era tarea punto menos que imposible fijar en la bruma crepuscular de nuestra historia la marcha indecisa de nuestras tribus aborígenes, y hacer la división y localización de las antiguas civilizaciones, auxiliado tan sólo de las crónicas, á veces contradictorias, redactadas á raíz de la con-

quista, obedeciendo los frailes beneméritos, que fueron sus autores, á preocupaciones fuertemente arraigadas en sus espíritus y á la influencia de las leyendas cristianas que habían sido apoyo de su fe; pero á pesar de estos obstáculos, valiéndose de sabias conjeturas y poniendo á contribución su erudición riquísima, ha trazado un camino que, de seguro, es el que siguieron en su marcha las razas que, para asombro del mundo, dejaron en México, como huella de su paso, las ruinas gigantescas que proclaman su cultura, y su admirable división del tiempo, que da prueba incontestable de su ciencia.

Las ideas del señor Chavero á este respecto han merecido el honor de ser compartidas por dos hombres eminentes de nuestro país: el señor Lic. Don Juan Francisco Molina Solís, en su libro sobre el Descubrimiento y Conquista de Yucatán, y nuestro gran historiador Don Justo Sierra, al estudiar las civilizaciones aborígenes del antiguo Anáhuac en su «Historia Política,» que forma parte de la obra «México y su Evolución Social.»

¡De qué magistral manera nos ha trazado en su historia el cuadro del desenvolvimiento de la civilización azteca, y cómo vemos en ella á las tribus mexicanas, en el curso de su peregrinación, fundar su ciudad donde se alzara sobre un nopal el águila legendaria con la serpiente oprimida en sus garras, y engrandecerla luego merced á guerras

continuas, á expediciones constantes y á conquistas sucesivas hasta llegar á convertirla en el verdadero emporio del Anáhuac, como una Roma azteca enriquecida con los trofeos de los vencidos, adornada con las riquezas de su suelo y embellecida con sus templos grandiosos, para contemplarla más tarde trocada en ruina tristísima y humeante y en montón inmenso de escombros y cadáveres, cuando sobre ella pasan, como legiones de Atila, los españoles que la vencieron y la dominaron!



La lucha que el imperio azteca sostuviera con sus vecinos, los odios inextinguibles que existieron entre los reyes de Atzacapotzalco y de Texcoco, las resistencias heroicas de las Repúblicas de Tlaxcala y de Cholula, las rivalidades de todo género que separaron á todas las razas entre sí, las discordias que en medio de ellas sentaron sus reales, y sus múltiples divisiones políticas, se presentan de una manera tan palpitante y tan llena de verdad y de interés en su historia, que sólo así se explica uno aquella marcha triunfal de Hernán Cortés, que, si bien no quemó sus naves en Veracruz, como lo cuentan las leyendas, sí se forró el pecho con triple malla, como el primero que el mar cru-

zara osado, para lanzarse con un puñado de héroes á lo desconocido, en medio de inextricable laberinto de valles y hondonadas, de volcanes y montañas, para dar á su patria dominios más extensos que los suyos y engastar la más valiosa de las joyas en la esplendorosa corona de sus reyes.

Pero no hay nada más hermoso, ni más patético, ni más magnífico, que la relación sencilla de la toma de México por los conquistadores, porque en medio de los combates diarios que siembran la muerte por todas partes, y de la defensa terca de los unos y del tenaz ataque de los otros, y de la desolación y del estrago esparcidos dondequiera por las armas españolas que esgrimen brazos féreos y voluntades enérgicas, y por las flechas de los aztecas lanzadas al aire como rayos disparados por las manos de un Júpiter invisible, se mira surgir sin igual é inmensa, cual montaña altísima que se levantara en el centro de extenso valle y sobre cuya cima dejara el sol inextinguibles lampos, la gloriosa figura del héroe Cuauhtémoc, que, más grande que Vercingétorix y más noble que Arminio en sus luchas con los romanos, ha simbolizado para siempre, por su bravura única, por su heroicidad estoica y por su muerte sublime, la defensa de todos los pueblos que sacrifican su libertad en aras de la civilización.



Distinguese el señor Chavero en su historia por tres cualidades que le son propias: un talento maravilloso de exposición, un gran espíritu crítico y un inmenso amor por el asunto de que trata. Su manera de exponer ha sido para él un incomparable instrumento de buen éxito; ella atrae la atención del lector, la fija y la conduce luego fácilmente, como con un hilo mágico, y cuando ha dado término á la explicación de los hechos hábilmente expuestos, le hace presentar en una forma concisa y sintética todo cuanto esos hechos significan, las ideas y principios que de ellos se deducen y las leyes históricas que ellos enuncian y comprueban; su espíritu crítico sírvele para no dejarse extraviar por la fantasía y para aquilatar las teorías y las conjeturas y pasarlas en revista, tomando de cada una lo que tiene de posible ó lo que guarda de probable, y, por último, el amor inmenso que abriga por la tarea que escogió como objeto principal de su vida, lo estimula á poner en cuanto escribe cierto calor y cierto entusiasmo, que son elementos indispensables para ejecutar tanto las obras de arte como las científicas. Todo lo que á nuestra antigua civilización se refiere, cautivó su espíritu; sus héroes fueron para él los semidioses



de su religión patriótica; sus mitos y sus leyendas los estimó dignos de dar asunto á una literatura nacional; su ciencia parecióle, por su desarrollo y su profundidad, no muy inferior en muchos casos á la de la civilización indo-europea; y todo esto contribuye á que su obra resulte digna de un verdadero historiador.

Para ser un poeta, bástale al elegido de las musas tener inspiración; para ser un dramaturgo, no necesita el poeta sino conocer la vida; para ser un orador, ha menester el dramaturgo que duerme en su espíritu, dar vida propia á la palabra elocuente que, libre y alada, vibra en sus labios; pero para ser un historiador, es indispensable ser á la vez un poeta y un dramaturgo y un orador y un filósofo. Y si el señor Chavero supo ser entre nosotros un historiador célebre, y si su obra se considera como merecedora de pasar á nuestros pósteros como un modelo, débese sin duda á que cuanto de poeta hubo en él, lo consagró á escribir con un estilo de riqueza incomparable; á que lo que tenía de dramaturgo lo aprovechó para exponer los acontecimientos en la forma y manera más apropiadas para cautivar la atención é interesar al espíritu; á que sus cualidades oratorias utilizólas

para que los hombres hablaran el lenguaje de la verdad; y á que cuanto en él hubo de filósofo lo ayudó á llevar á buen término aquella tarea que consiste en hallar entre los escombros del pasado la ley histórica que traza con mano firme y segura la marcha de los hombres á la conquista de la civilización.

Si quisiéramos resumir nuestro elogio del señor Chavero como historiador y poner de relieve el altísimo criterio que le sirvió de norma, nos sería bastante colocar en sus labios lo que, en su disertación intitulada «Cómo ha de escribirse la Historia,» cuenta Luciano que Tucídides dijo acerca de su «Historia de la Guerra del Peloponeso» en diversos pasajes de ella: «Mi obra está escrita para siempre y no para placer del momento; no busqué lo fabuloso, sino dejar á la posteridad un relato de hechos verídicos; y ya que para toda persona sensata la utilidad es el fin de la historia, la he escrito con la mira de que si en el porvenir sobrevienen acontecimientos parecidos, se pueda, viendo los pasados, proceder con acierto en los presentes.»

Señores:

El culto de los grandes hombres puede proporcionarnos una idea exacta del desarrollo de la cultura intelectual de las naciones. Allí donde ellos pasan inadvertidos, donde los recuerdos de sus

pacíficas hazañas no provocan aplausos ni despiertan entusiasmos, donde no se les rinden los homenajes que merecen la instrucción y el talento puestos al servicio de los intereses de un país, puede asegurarse que ella no existe; porque no se complace su existencia con el silencio que apaga el eco de sus nombres, con la fría indiferencia que destruye su prestigio y con la profunda oscuridad en que se extingue la luz de su memoria; en cambio, allí donde el óbolo de los ciudadanos les levanta estatuas, donde sus correligionarios les erigen monumentos y se les ensalza en las academias y se les honra en las escuelas y se les admira por doquiera, el progreso y la civilización alcanzan su nivel más alto; porque esas manifestaciones, tan elocuentes como sencillas, son reveladoras de un espíritu de justicia y de un gran sentimiento de patriotismo, que son los que premian lo mismo las acciones heroicas del soldado que los incruentos triunfos del pensador.

Entre nosotros, justo es decirlo, conforta el ánimo el espectáculo que presenta nuestra sociedad adolorida y conturbada por la muerte del señor Chavero, á quien lloran las letras patrias en unión de su familia amantísima. Ayer, en el recinto de la Cámara Popular, presidiendo el acto el Jefe de Estado, fué honrado su cadáver, y en una sesión de apoteosis se hizo justicia al político, se

encomió al orador y se ensalzó al patriota; más tarde la Academia Mexicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Española, vistió el luto nacional y se reunió en fúnebre velada para recordar sus merecimientos como miembro que fuera de la docta Corporación y para hablar de los servicios que prestara á las letras y á las ciencias; hace pocas horas la Escuela Superior de Comercio, de la que fué Director, ha convocado á sus profesores y alumnos, y en una ceremonia solemne ha pagado á su memoria el tributo de cariño y de respeto que le era debido, y hoy nosotros que, aunque formamos una agrupación modesta, representamos un anhelo legítimo por el desenvolvimiento de nuestra literatura, le consagramos una de nuestras sesiones para estudiar la labor de toda su vida y poner de relieve sus glorias de poeta, su fama de orador, sus triunfos de dramaturgo, sus enseñanzas como arqueólogo y su autoridad como historiador.

La patria á quienes todos simbolizamos en manifestaciones de esta índole, debe sentirse orgullosa de sí misma y satisfecha de nuestros propósitos. Ella sabe que quienes la sirven en la paz, como los que la defienden en la guerra, son por igual sus hijos predilectos y por igual acreedores á su amor y á su estimación.

DISCURSO

PRONUNCIADO EN MEMORIA DEL SEÑOR

DON JOSÉ PEÓN CONTRERAS,

EN LA

SESIÓN SOLEMNE QUE EN SU HONOR CELEBRÓ

EL LICEO ALTAMIRANO,

EL DÍA 21 DE DICIEMBRE DE 1907.



Señores:

HABLAR en elogio y honra del gran poeta José Peón Contreras y decir de su labor literaria todo lo que nuestra generación juzga y piensa, es para nosotros gratísima tarea; porque tras el placer que en ello experimentamos, evoca en nuestro espíritu, para nuestra delicia, los recuerdos risueños de la juventud y nos hace volver los ojos con ternura y con amor hacia la Península de Yucatán, *Paene insularum insularumque ocelle*, que para nosotros fué siempre tierra de bendición y donde al calor de afectos hondos, pagados con usura, y con el apoyo de manos generosas, que no olvida nuestra gratitud, vimos transcurrir como estudiantes la época más dichosa de la vida.

No podemos ni podremos nunca dejar de recordarlo.

Los jóvenes de entonces, para devorarlas, nos arrebatábamos las poesías que el eximio vate había publicado en México en elegante volumen y con prólogo de nuestro conterráneo, Manuel Sánchez Mármol, ya ilustre desde aquellos días, y su lectura despertaba en nosotros el orgullo legítimo por las glorias de Yucatán, ganadas en honrosa lid por uno de sus hijos, y al mismo tiempo la fiebre del entusiasmo que encendía en nuestros pechos el amor á lo bello y el culto á la poesía, en esos instantes en que las almas juveniles, como pájaros á punto de abandonar el nido, ejercitan sus alas para lanzarse ágiles y prontas al cielo del mundo del ideal.

Los versos de Peón Contreras rebosaban amor para la tierra yucateca, ó habían sido escritos en ella, ó habían sido inspirados en el culto ardentísimo que la profesara, ó estaban consagrados á llorar la muerte de sus amigos de infancia, ó habían sido dedicados á sus hermanos, ó deploraban la prolongada ausencia de su clima y de su sol, ó expresaban la alegría intensísima de volver á ver flotar, entre las brumas del horizonte, la línea azul de sus amadas playas. En todos sus versos palpitaba con todos sus encantos, la vida del terruño nativo; en cada una de sus estrofas se aspiraba el perfume caliente de las flores de sus campos, en alguno de sus poemas se cantaba la majestad augusta de sus

ruinas y en muchos celebrábase la hidalguía y la hermosura de sus mujeres; y cuanto de bello había en sus cantos, y de entusiasmo en sus poesías, y de calor en su inspiración, y de viveza en su numen, y de espléndido vigor en su estro, todo estaba vivificado por el aire, por el sol y por el cielo de aquella hermosa tierra que, si estéril de suyo, ha sido fecundada por el esfuerzo de sus mayores, y honrada y ennoblecida por el trabajo paciente y asiduo de sus hijos.

Peón Contreras era, en consecuencia, para aquel grupo estudiantil, no sólo el poeta inspirado que hacía vibrar en nosotros la lira que se esconde en todas las almas juveniles, como Eolo hace vibrar las arpas que se ocultan entre las frondas de los bosques, sino el poeta, yucateco por excelencia, que aclamado y aplaudido fuera de la Península, y reconocido y proclamado en la Capital de la República como un príncipe de la literatura nacional, nos enseñaba á no olvidar el pedazo de suelo donde crecimos y antes á tenerlo como fuente perenne é inagotable de amor para los hombres y de inspiración para los poetas.

Y por eso aprendimos sus versos de memoria, y por eso, ya aprendidos, los repetíamos constantemente en nuestras reuniones cotidianas, en nuestro colegio y en nuestros hogares, y vivían siempre aleteando en nuestros labios como aque-

llas oraciones matinales que en los albores de nuestra existencia decíamos de rodillas en nuestros lechos, con las manos juntas y los pies desnudos, llenos de fe nuestros corazones, rebotando júbilo nuestros ojos, levantada á los cielos la mirada y nuestro amor puesto en Aquel que nos da el pan y con el pan el sustento, y la inmensa, y la inefable alegría de vivir.

Todos aquellos que con nosotros leyeron y estudiaron en aquellos años los versos de Peón Contreras y los que nos disputábamos los unos á los otros aquel libro encantador que nos obligaba á hurtar una hora tras otra á nuestras rudas labores escolares, para proporcionarnos goces supremos y deleites nuevos, no habrán jamás olvidado que tampoco nos conformábamos con hacer de ellos simples recitaciones; sino que á las veces volábamos á Petkanché, al caer el día, para vivir la vida de su hermosísimo romance, al pie de los cocoteros que abanicaban el horizonte, para columbrar desde allí, más cerca del cielo que de la tierra, las altas cruces de las torres de la Catedral de Mérida y oír en la tranquilidad serena de la tarde, en medio de la soledad augusta de los campos, é interrumpiendo el silencio profundo que en ellos reina, los ecos blandos de sus sonoras campanas, cuando el Angelus dulce y misterioso desgranaba en los aires la cascada bulliciosa de sus mágicos rumores.

¡Oh altísimo poeta, que poblaste de sueños y de amores el despertar de nuestra vida cuando el enjambre bullidor de los ensueños juveniles giraba en torno nuestro, acendrando en nuestro pecho la miel de sus panales! ¿Qué mejor homenaje pudiéramos rendir á tu memoria y de qué mejor manera hubiéramos de honrar tu nombre, que abriendo y volcando á tus pies la urna sagrada de nuestros recuerdos de juventud, que ofreciéndote la mirra y el incienso recogidos en los días de nuestra existencia estudiantil y que enalteciedo y ensalzando tu obra literaria con el entusiasmo generoso que nunca con mayor vigor vive y alienta en nuestros espíritus que en la primera mañana de la vida?

Nunca como en esos instantes de la juventud podemos explicarnos la influencia poderosísima que desde la infancia del mundo han venido ejerciendo los poetas sobre los destinos de todos los pueblos de la tierra. La leyenda de Orfeo no es una leyenda, es un símbolo. El encanto que su lira producía sobre los pueblos bárbaros y primitivos, es una verdad; el cuadro de los prodigios pasmosos que realizaba en el seno de una civilización naciente, no debe ponerse en duda; porque los poetas, esos guías y mentores de las naciones que en sus apocalipsis les revelan sus destinos, esos intérpretes de las pasiones humanas,

que guardan en sus cantos consuelos para todos los dolores y bálsamos para todas las heridas, esos ecos de las músicas del cielo, que deleitan á la humanidad con sus dulzuras infinitas y sus eternas armonías, en todos los tiempos y en todos los países, al igual de Orfeo, han de dulcificar los instintos salvajes de los hombres, poniendo en ellos cuanto hay de ideal en su naturaleza divina, y han de parar el curso de los ríos, y de enternecer á las fieras y de conmover á las rocas y han de verse en su marcha por el mundo seguidos por los bosques y las selvas.

Peón Contreras fué un poeta lírico y un dramaturgo; pero en nuestra lírica y en nuestra dramaturgia fué un poeta romántico, á la manera española, discípulo del Duque de Rivas y de Zorrilla, de García Gutiérrez y de Hartzembusch.

Llama la atención que cuando los últimos cantos de los poetas románticos, como Fernando Calderón y Rodríguez Galván, habían dejado de resonar en nuestro Parnaso, que cuando se iniciaba un nuevo movimiento literario que significaba nada menos que una verdadera resurrección para nuestras artes y para nuestras letras, que apartándose de la dirección que Altamirano había impreso en nuestro mundo intelectual, cruzara en medio de nuestros poetas, con el harpa al hombro entonando su cántiga amorosa y haciendo florecer de

nuevo la literatura medioeval y romancesca, el último de los trovadores románticos, así como en noche serena y estrellada, despertando nuestra admiración, atrayendo nuestras miradas y deslumbrando nuestros ojos, pasa hermosísimo meteoro dejando, á guisa de cauda, un reguero de intensa y brillante luz.

El hecho es indudable en nuestra historia literaria, y quizá la única explicación que de ello pudiéramos dar, es que el trovador aquél acababa de cruzar los mares y venía de las tierras de Yucatán, abandonando el comercio íntimo con sus maestros y amigos, con sus modelos y con sus émulo, consagrados todos aún al culto de la poesía romántica y á la imitación de la lírica española, que habían enriquecido Espronceda, con su desesperación byroniana y con su pesimismo leopardesco, y Zorrilla con su pompa á la Víctor Hugo y su fecundidad á la Dumas, labor que nos ha dejado como el mejor, si no como el único de sus frutos, toda una serie de romances y leyendas relativas á la historia antigua y á nuestra época colonial, en la cual vivieron el sueño de su metamorfosis social, la raza conquistada y la raza conquistadora, que inconscientes preparaban el porvenir angusto de la patria.

Para estudiar y comprender la gran labor literaria de Peón Contreras fuerza nos es hablar de

lo que fué el romanticismo, determinar su alcance y precisar sus caracteres esenciales, tanto en la lírica como en la dramática, á fin de ver cómo encaja en sus principios y en sus cánones, cómo en sus fuentes halla su inspiración, cómo en sus escritos encuentra sus modelos, y cómo, afiliado á esa escuela y obediente á sus preceptos, llegó á constituir importantísima personalidad en el coro de nuestros poetas y en nuestra literatura nacional.

El romanticismo no fué la obra de aquella doble tendencia que ha dividido á los hombres y que en las ciencias, en las artes y en las letras les ha hecho buscar la verdad y la belleza, ora dentro, ora fuera de sí mismos. El ha sido, no obstante, considerado por los críticos como una manifestación trascendental de la necesidad siempre creciente del arte, en su afán de corresponder más y más cada día á los altos ideales que persigue y principalmente como un movimiento de insurrección, de orden general y superior, contra el preceptismo clásico que anhelaba por limitar al arte su esfera de acción, cerrar sus horizontes y circunscribir su vida dentro de moldes estrechísimos.

La revolución, empero, no se intentó contra aquel clasicismo helénico que había provocado, desde mediados y en las postrimerías del siglo XV, el

renacimiento del arte y de las letras, comunicando su aliento poderoso al espíritu humano para que al florecer y fructificar tuvieran perfumes áticos sus flores y mieles del Himeto sus frutos; sino contra aquél otro, raquítrico y mezquino, intolerante y apegado á las reglas y á las fórmulas con tal apegamiento, que hacía imposible la vida de las letras y del arte mismo, privando al artista, al pensador y al poeta de toda iniciativa y libertad; sofocando en ellos, á la par que los movimientos espontáneos del ánimo, los arranques de la inspiración, como si la obra de arte pudiera tan sólo realizarse merced á la aplicación de los principios técnicos y como si la retórica pretendiera á la postre llegar á convertirse en la fecunda madre de la divina poesía.

Víctor Hugo dijo bien cuando, en el prólogo de Hernani, dijo que el romanticismo era el liberalismo en literatura; porque fué, en efecto, un movimiento de libertad contra una tiranía secular que pesaba sobre los ingenios, contra la tiranía y contra el yugo que se imponía á todas las inteligencias, contra la tiranía y contra el yugo de Aristóteles y de Quintiliano, de Boileau y de La Harpe, para lograr una renovación completa y profunda en la inspiración poética.

Pero el romanticismo no fué únicamente un elemento de destrucción, fué también un ele-

mento creador; porque, en oposición al clasicismo, tuvo un concepto diferente de lo verdadero y de lo bello en el Arte. El clasicismo hizo de la verdad y la belleza abstracciones puras, ideas generales á las que se eleva fácilmente la razón humana renunciando á la vida, suprimiendo todos los lazos poderosos que á ella nos atan y circuniéndose en las alturas inaccesibles del pensamiento, y el romanticismo, identificando el arte con la naturaleza, lo puso en contacto con la realidad, á injertándole savia de vida, le hizo vivir en todas partes la vida nacional y obedecer á sus necesidades hasta llegar á ser la fiel expresión de ella, con todas sus exigencias y con todos sus ideales.

Los poetas clásicos se habían fabricado en Grecia y Roma una patria intelectual que para ellos era una patria común; en una y en otra parte hallaban tan sólo el asunto de sus poemas y la materia de sus dramas, y, á semejanza del dios Pan, no abandonaban jamás las cumbres risueñas del Liceo, sino para despertar en seguida sobre las faldas verdes y paradisíacas del Lucrétil. Como sus dioses eran los dioses de Homero y sólo para ellos levantaban altares en sus templos; como el fuego poético que los animaba sólo podía encenderse en los ojos de las divinas Piérides, del Helicón habitadoras; como las aguas donde habrían de abreviar

sus espíritus, eran únicamente aquellas que brotaban de la dulce Castalia ó de la parlera Aganipe que se ocultaban en los collados de Tespia, y como, en último análisis, ellos no podían sino formar parte del coro de Apolo que, al rodar de su cuádriga voladora, encendía el entusiasmo en sus pechos y el día esplendoroso en sus espíritus, lograron que su arte no fuera otra cosa que un arte ficticio, carente de verdad si no ayuno de belleza, y que viviesen en perpetuo divorcio de la historia y de la leyenda, de las costumbres y de los hábitos de los pueblos que representaban y de las naciones donde vivían. Los poetas románticos, en cambio, al destruir todos estos mentirosos artificios y al cegar la fuente de esta inspiración convencional, evocaron los viejos recuerdos de los pueblos que estaban ligados con el origen de su existencia, se apegaron á sus antiguas tradiciones y recordaron la vida de sus mayores y la gloria de sus héroes y las hazañas de sus paladines, y quemando ante ellos el incienso de la poesía patriótica popular, crearon un arte nuevo y nuevas letras nacionales, y buscaron amparo y refugio á la sombra y al calor de las vetustas catedrales góticas, donde el espíritu cristiano, purificado de toda terrenal escoria, había hallado el único templo á propósito para rendir culto á su dios único, aquel culto sublime hecho de amor, de fe, de esperanzas

celestiales, de crueles torturas y de mundanos sacrificios.

Es cierto, el romanticismo fué en todas partes enderezado á la creación de un arte nacional, y ora en la música, ora en la pintura, ora en las bellas letras, no quiso sino inspirarse en asuntos nacionales y no pretendió sino glorificar los recuerdos que cada país vincula en sus tradiciones, en sus costumbres y en su historia.

El mundo ya no debía estar dirigido y gobernado por los dioses del Olimpo. Una fuerza superior había arrebatado para siempre de las manos de Júpiter el rayo vengador; Mercurio, con alas en los pies y al aire el caduceo, ya no cruzaba los aires como saeta voladora llevando los mensajes del Padre de los dioses; Neptuno, perdido su tridente, se había irremisiblemente sepultado entre las ondas de los mares sin ver que de ellos salieran fugitivas las Nereidas; la Madre Venus ya no debía ser contemplada por ojos humanos, como la única reina de la hermosura, en su nido de concha y de corales; ya no era Vulcano quien sacudía el planeta trabajando sudoroso en las fraguas candentes del Etna abrasador, y el dios Pan, de nadie ya temido, había abandonado para siempre su fresco retiro de los collados de la Arcadia y sólo el eco de su nombre, como un lamento eterno, hablaba de su muerte en las riberas del Me-

diterráneo. La naturaleza ya no estaba animada y vivificada por los semidioses. Ya no era Eolo quien suspiraba entre las verdes frondas de las selvas; las hamadriadas ya no habitaban los bosques, ocultas tras de los troncos de los árboles; ya no eran ninfas invisibles las que lloraban en el murmurar quejumbroso de las fuentes; las ondinas ya no relan, sacando afuera el pecho, en la corriente de los ríos; ya las Gracias en los campos, cogidas de las manos, no anunciaban la llegada de la Primavera, batiendo con los pies el suelo á la luz misteriosa de la Luna, y los Sátiros lascivos, los ojos encendidos por la lujuria, tras el follaje espeso, abrigados en sus nidos de verdura, no presenciaban á la hora de la siesta, el baño bullicioso de las desnudas driadas.

El espíritu cristiano, como un nuevo sol, había disipado el espesísimo nublado y toda la legión risueña de los dioses paganos se había alejado para siempre de los cielos del arte dejándolos vacíos, ó haciendo que, por obra del romanticismo, se poblaran de nuevo de huries y de silfos, de brujas y de hadas, de gnomos y de duendes, ideales mensajeros llamados á ponernos en íntima comunión con el alma de las cosas.

Entre los diversos y complejos impulsos que contribuyeron á precisar los rasgos distintivos del romanticismo en la poesía lírica, fueron los predo-

minantes el subjetivismo ó individualismo lírico y el sentimiento arqueológico é histórico dirigido con preferencia á las costumbres, á los recuerdos heroicos y á los monumentos grandiosos de la Edad Media.

El subjetivismo lírico caracteriza casi toda la poesía romántica, porque mientras «en la literatura clásica el escritor está fuera de sí mismo y es como el narrador ó intérprete de sí mismo, en el romanticismo, al contrario, el poeta nos entrega todo su pensamiento y toda su alma, y nos invita al conocimiento del hombre poniendo ante nuestros ojos la anatomía de su sér.»

La poesía subjetiva de los poetas románticos ha sido clasificada por los críticos según su objeto, y ó la llaman poesía del alma «expresión ideal y misteriosa, como decía Lamartine, de lo que el alma tiene de más eterno y de más inexplicable, sentido armonioso de los dolores y de las voluptuosidades del espíritu,» ó poesía de la simpatía, cuando el poeta se siente dominado por una vocación que lo arrastra al desempeño de un apostolado social, obra de una intuición mística ó de un decreto providencial, ó poesía del ensueño, cuando se lanza á los dominios de la fantasía abandonando los del corazón.

Pero tanto la poesía del alma, como la de la simpatía ó la del ensueño, estaban caracterizadas

por una exageración estudiada del sentimiento que expresaban ó por una exaltación sin límites del pensamiento que las informaba. Todas las pasiones humanas comprimidas por el clasicismo, las dulces y las violentas, las tranquilas y las febriles, esto es, el amor y el odio, la amistad y los celos y todas las grandes ideas que forman la trama íntima de nuestra existencia, las alegres y las lúgubres, esto es, la vida y la muerte y el destino humano y la eternidad, se hallaban desnaturalizadas; porque el amor había de ser desgraciado, sentimiento abrasador incapaz de dar á las almas la salud; los odios debían ser inextinguibles, capaces de perpetuarse de generación en generación; y la amistad había de ser infiel é inconstante, imposible para servir de cimiento á la unión de los hombres; y los celos tenían que ser homicidas, de aquellos que sólo ceden cuando han saciado su sed de sangre y de venganza; y la vida debía de ser triste é indigna, por miserable, de ser vivida, y la muerte había de ser alegre, por redentora, y el destino humano una fatalidad invencible y la eternidad un insondable abismo donde habríamos de hallar la dicha inacabable y el olvido de todas las miserias de este mundo.

Estos sentimientos exagerados, y estas ideas desnaturalizadas, arrastraban al romanticismo á hacer de la naturaleza el templo de un panteísmo

desolador, lleno de las más peligrosas tendencias, desde la admiración de los amores estériles, hasta la justificación del suicidio irreparable, ó el templo de un dios único que, adorado con un amor que se espiritualiza por medio de abnegaciones sublimes y de torturas indecibles, acaba por engendrar también en las almas esa ansia infinita de aproximarse al secreto íntimo de la vida, que hace nacer al fin en ellas una incurable melancolía.

Esta poesía subjetiva, á causa de todos estos vicios que le eran propios y merced á este estado morboso de los espíritus donde encontraba abrigo, hubo de embriagarse con el misterio eterno, y perdió la serenidad y no logró el equilibrio, y cantó el dolor de preferencia á la alegría, y el desconsuelo antes que la esperanza, y la desolación más bien que la dicha, hasta lograr convertirse, por natural amaneramiento, en el símbolo reconocido de la escuela, en el género característico del romanticismo.

Don Juan Valera, cuando analiza el romanticismo en España, en sus Estudios Críticos sobre Literatura y sobre Política, hace en un admirable resumen una pintura tan exacta del poeta romántico, que da cabal idea de lo que era y podía ser aquella poesía enfermiza y soñadora. «El poeta — dice — no escribía ni debía escribir por arte, sino

por inspiración: su existencia debía tener algo de excepcional y de extravagante; hasta en el vestido se debía diferenciar el poeta de los demás hombres, y el universo-mundo le debía considerar como un apóstol, con misión especial que cumplir en la tierra. Víctima de su misión y de su genio no comprendido por el vulgo, el poeta debía ser infeliz, debía ser una planta maldita con frutos de bendición. En sus amores debía aspirar el poeta á un ideal de perfección que nunca se realizase en el mundo, ni por asomo se hallase en mujer alguna; y, sin embargo, amar á una mujer con delirio, imaginando ver en ella á la maga de sus sueños, á la paloma del diluvio y á la rosa de Jericó: mas al cabo debía palpar la realidad, conocer lo vulgar del objeto de sus amores, maldecirle y menospreciarle y llorar sus ilusiones perdidas, ya blasfemando de Dios y de sus santos, ya echándose á los pies de los altares y entonando plegarias á la Virgen y á Jesucristo.»

El segundo impulso que determinó la índole de la poesía lírica romántica, hizo de ella una poesía arqueológica; porque los poetas del romanticismo fueron llevados por el entusiasmo nacional y patriótico, á evocar en sus países respectivos los recuerdos de la Edad Media y los de la vida feudal, para convertir en objeto preferente de sus canciones, aquellas justas y torneos donde los

hombres peleaban por su dios y por su dama, y aquellas cortes de amor donde se celebraba la hermosura al igual que la divinidad, y aquel vagar de los errantes trovadores que cruzaban el mundo tañendo sus arpas para anunciar que el Arte, como un nuevo Fénix, había de renacer de sus cenizas.

Además, el espíritu teutónico, místico y soñador que había creado las leyendas sobrenaturales y fantásticas que fueron el encanto y el recreo de los pueblos de la Germania medioeval, dió vida y carácter también á la poesía romántica; y, como era natural, le comunicó sus idealismos tan vaporesos como ténues, sus ensueños tan deleitosos como quiméricos, y sus vaguedades tan dulces como indefinibles, y logró inspirarle el culto ferviente de la arquitectura gótica, que lanzaba las flechas de sus torres, como plegarias á los cielos; de las noches de luna evocadoras de los amores tristes, de los recuerdos dolorosos y de las esperanzas muertas; el de las nieblas del Rhin, á través de las cuales se veían vacilar en los horizontes las siluetas indecisas de sus castillos almenados: el de la mitología popular, y de las veladas y consejas, y el de las artes taumatúrgicas, merced á las cuales, á la hora de media noche, las brujas, cabalgando en sus escobas, acudían al aquelarre para poner miedo en los corazones in-

fantiles y para cortar ó desatar los nudos apretados de la vida.

Tal fué el romanticismo en la literatura y tales los rasgos que dominaron en la poesía lírica romántica.

Pero si la influencia del romanticismo en la poesía lírica produjo una revolución tan completa, no fué menor la que llevó á cabo en la dramaturgia, modificando de una manera radical sus fundamentos, que se creían incommovibles, el juego de su acción, que parecía obedecer á cánones inviolables, y sus propósitos y sus tendencias, que se estimaban fijadas para siempre.

El arte clásico dramático tenía por base las tres unidades de Aristóteles, por Aristóteles estudiadas y precisadas en su observación cuidadosa de la marcha y desenvolvimiento de la tragedia griega. Uno debía ser el lugar, uno el tiempo y una la acción; y sin este rigorismo opresor, y sin estas condiciones de vida, el teatro no podía presentarnos ficción alguna en la cual se reflejaran las pasiones de los hombres, los anhelos de las multitudes y las condiciones políticas de los pueblos.

El teatro debía, antes que otra cosa, tener tendencias bien determinadas, y por esto mismo no debía copiar á los seres humanos, sino sus pasiones, y encarnarlas de tal manera, que se perdiera de vista al hombre para no contemplar sino la per-

sonificación abstracta de los móviles que determinaban su acción en la vida.

Lo mismo la tragedia que el drama y el drama que la comedia, y ora naciesen en Grecia, ora en Roma, ora en Francia, no debían representar sino abstracciones metafísicas, en cada una de las cuales estuviesen copiados los vicios y las virtudes, las cualidades buenas y los defectos, las esperanzas y los anhelos, las ilusiones y los engaños, las costumbres y los hábitos de los hombres, ya fuesen los grandiosos y los sublimes, los heroicos y los mezquinos, los ridículos y los festivos.

El sabio de Estagira no había pretendido, es cierto, como lo dice don Juan Valera, hacer de la poesía dramática una poesía docente. Él había enseñado la regla del arte por el arte y que la purificación de las pasiones humanas, que eran el fin y el objeto de la tragedia, no debía llevarse á cabo predicando lecciones de moral; porque la compasión y el terror, si deben producirnos un efecto doloroso, en la región serena é ideal de la poesía, deben también engendrar un exquisito deleite; pero los preceptistas pseudo-clásicos habían querido inculcar en sus discípulos la idea de que toda obra dramática debía encerrar una lección de moral, y que para esto era menester que tuviese una tesis más ó menos demostrable.

El pseudo-clasicismo, en ésta como en todas las cosas, por rendir culto apasionado al arte, se había olvidado de la vida que debía copiar y representar, y había creado idealismos ficticios aunque bellos, y había realizado estudios hondos de la naturaleza humana, aunque imperfectos, y había levantado sobre la escena seres y cosas pertenecientes á un mundo que nos era extraño y desconocido.

El romanticismo pretendió una verdadera reconstrucción de las reglas y principios del arte dramático, y tomando por base el criterio de Lessing, é inspirándose en las portentosas obras de Lope y Calderón, y calentándose al calor de aquel horno de las pasiones humanas creado por los dramas de Shakespeare, se propuso hacer una obra de arte, algo bello y sublime que conmoviera y divirtiera y que interesara vivamente, sin paramientos en que hubiera ó no un problema social, ó un problema metafísico ó un problema religioso; sino que tuvieran vida los personajes del drama, en que la acción fuera verosímil y en que el desenlace fuera el necesario é indispensable, según el medio en que los personajes habían vivido y según el lugar en que la acción se había desatado.

La obra dramática romántica nació, por ende, sujeta á distintos cánones y á diversos preceptos;

y si debía tener por base una acción verosímil, el centro de esa acción debía radicar en los varios caracteres de los múltiples personajes. Sin resolver problema alguno, éste debía surgir irremisiblemente de la acción misma; y sin que el poeta reflexionase en ello, dominando aquel mundo ideal del cual era el creador, había de representar la vida tal como ella palpita ante nuestros ojos, tal como ella se produce al choque violento de los instintos y de las pasiones de los hombres.

Hacer de los personajes del drama hombres vivientes y no seres metafísicos; convertir la dramaturgia no en un arte docente, sino en la hermosa realización del arte por el arte; precisar sus tendencias, no en la resolución de problemas, sino en la representación exacta de la vida, para que las cuestiones trascendentales surgieran de ella misma, y para lograr esto, romper las tres unidades clásicas, tal fué, á nuestro modo de ver y dicho en una forma sintética, el propósito que persiguieron desde el punto de vista teórico los grandes corifeos del romanticismo.

¿En qué grado el romanticismo realizó su programa, de qué manera cumplió sus promesas formuladas al combatir al pseudo-clasicismo? Eso nos lo enseñan Víctor Hugo en los «Burgraves» y en «Hernani,» y Dumas en «Catalina Howard,» y el «Don Álvaro» del Duque de Rivas, y el «Trova-

dor» de García Gutiérrez, y «Los Amantes de Teruel» de Hartzenbusch, y los muchos dramas de Zorrilla; porque todos ellos, modelos en su género, comprueban que si la escuela llegó á producir verdaderas obras de arte, no logró en ninguna de ellas hacer vivir el ideal que tuvo en mira.

Así explicado el romanticismo y así caracterizadas la lírica y la dramática románticas, es indudable que nuestro poeta Peón Contreras, si acaso uno de los últimos, es también uno de los más fieles, de los más acabados y de los más perfectos representantes de la escuela. El tipo ideal del poeta romántico, tal como lo pintara Don Juan Valera; el modelo intachable del trovador medioeval, tal como lo concibieran las generaciones que vivieron en la primera mitad del siglo XIX; el dechado impecable del autor dramático, lleno de lirismos, que distrae la atención, que halaga el oído, que seduce el ánimo y que ilustra el espíritu, es, sin duda, nuestro romántico Peón Contreras.

Sus obras líricas las forman sus «Poesías,» publicadas en 1871; sus «Ecos,» sus «Romances Históricos,» sus «Romances Dramáticos,» sus «Pequeños Dramas,» sus «Trovas Colombinas» y un número incontable de odas y de baladas, de cantos y de endechas, que el día que lleguen á reunirse y á compaginarse formarán todavía varios volúmenes.

Sus obras son muy fáciles de clasificar. Unas son el resultado del subjetivismo lírico, y las otras del entusiasmo nacional y patriótico para evocar los recuerdos medioevales y la vida feudal y caballeresca.

* * *

Sus poesías son un ramillete de flores olorosas deshojadas á los pies de la hermosura; himnos de amor, tristes y melancólicos, exhalados con el alma en pena y con el pecho adolorido; son cantos nostálgicos del cielo, son arpegios y músicas suspirados por vientos otoñales, en los momentos de la caída de las hojas, en los bosques sin sol de la vida romántica.

En la lira de Peón Contreras no hubo acordes sino para llorar aquellos dolores que acababan por curarse; sino para celebrar á las mujeres, causa y razón de todos los tormentos de la vida; sino para idealizar el amor por medio de sufrimientos hondamente sentidos y con martirios pacientemente soportados. Su dolor no fué el punzante de Lamartine, ni el amargo de Byron, ni el pesimista de Leopardi; sino un dolor melancólico, abrigador de esperanzas de consuelo y lleno de resignaciones dulces; y sus mujeres no fueron las sensuales que ofrecen besos embriagadores en la ancha copa de los deleites afrodisíacos, como aquellas á quienes

amara Espronceda; sino las tiernas y sensibles, cuyos espíritus se pueblan con ensueños juveniles, cuyos corazones abrigan quimeras irrealizables, en cuyos labios no se escuchan sino palabras de perdón, y en cuyos ojos no palpitan sino los últimos resplandores de los soles en ocaso; y su amor no fué el engendro del erotismo, como el de nuestro poeta Manuel M. Flores, sino el que sólo echa raíces en los pechos sanos, en los albores de la existencia; amor lleno de presentimientos negros, de ilusiones dulces y de penas remediabiles.

Por ser éste siempre su fondo, la poesía subjetiva de Peón Contreras produce indefinibles entusiasmos en todas las épocas de la vida y principalmente en la de la juventud, y no es malsana ni enfermiza, á pesar de ser quimérica, y es robusta y es vigorosa, á pesar de ser romántica.

Es de sentirse que la índole de nuestro discurso no nos permita regalar vuestros oídos, haciendo resonar en ellos algunas de las sonoras estrofas que como ejemplo y modelo pudieran citarse. Advertiríanse en ellas quizás algunos defectos de prosodia, algunas faltas de régimen y construcción, y la retórica podría tal vez salir maltrecha en algún caso; pero en todas ellas se hallaría un gusto exquisito en las imágenes, una delicadeza extrema en la expresión, una riqueza extraordinaria en el sentimiento, una variedad de tropos en el es-

tilo y una prodigiosa muestra del absoluto conocimiento de ese mágico secreto donde reside el arte de entusiasmar y conmover.

Los romances históricos de Peón Contreras contradicen, sin duda alguna, la opinión que respecto de este género literario han emitido dos eminentes críticos españoles: Don Juan Valera y Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Valera censura, por ser el tema demasiado prosaico para la poesía, el poema «Hernán Cortés,» de Ventura de la Vega, y Menéndez y Pelayo juzga demasiado próximas á nosotros la Conquista y la época colonial, para dar asunto y tema á los poetas románticos mexicanos.

Dice Menéndez y Pelayo en su «Introducción á la Antología de Poetas Hispano-Americanos:»

«Los recuerdos del descubrimiento y de la conquista, tan interesantes y poéticos en sí, tan aptos para causar maravilla y extrañezas, tampoco podían servir de base á una poesía arqueológico-romántica, por demasiado históricos y demasiado cercanos. La realidad conocida aquí hasta en sus menores detalles y consignada prolijamente en tantas crónicas y relaciones originales, parece que corta el vuelo á las invenciones de la fantasía, que tienen más bien por natural dominio las edades misteriosas y crepusculares, cuyo sentido se alcanza más por intuición poética que por prueba documental.»

Antes había dicho ya:

«El otro elemento romántico, el de la poesía histórica, el arte novelesco y legendario de Walter Scott, de Víctor Hugo, en «Nuestra Señora;» del Duque de Rivas y de Zorrilla, era enteramente inadecuado á la poesía americana, y fué gran temeridad y error querer introducirlo en pueblos niños cuyos más antiguos recuerdos históricos no pasaban de trescientos años; porque claro está que las tradiciones y los símbolos de los aztecas y de los incas, tan exóticos son para la mayor parte de los americanos como para nosotros.»

La opinión del ilustre crítico español es digna de respeto por ser suya, y la tendríamos por cierta si los únicos ensayos de poesía arqueológico-romántica, hechos entre nosotros, fueran como «La Visión de Moctezuma,» de Rodríguez Galván, á pesar de ser muy bella; pero si tomamos en cuenta las «Leyendas Mexicanas» de nuestro Don José María Roa Bárcena, y á ellas se agregan los romances de Peón Contreras y los notabilísimos «Poemas» de Augusto Genin y las «Leyendas de las calles de México» de Peza y Riva Palacio, es indudable que comprueban que la historia de nuestras antiguas razas indígenas y la de la Conquista y la de la dominación española, pueden ser y son manantial fecundo de hermosísima poesía.

Los romances históricos mexicanos de Peón

Contreras, pueden competir, por el interés que despiertan, por la forma dramática dada al asunto, por la manera de presentar los episodios y por el vigor de la inspiración y por la fecundidad de la fantasía, con los mejores romances moriscos que haya producido la lírica española: y si no fuera por la diversidad del metro, valdría compararlos también con la conocida y celebrada leyenda «El Moro Expósito,» del Duque de Rivas.

Los que han estudiado nuestra historia saben á maravilla la lucha que existió entre los reyes tepanecas y los texcucanos, y conocen la vida de Tezozomoc el tirano y de Maxtlaton el cruel, así como los sufrimientos del rey poeta Netzahualcoyotl, y, sin embargo, habrán de experimentar un intensísimo deleite con la lectura de todos los romances en los cuales refiere el poeta la ruina de Atzacotalco. Todos los cuadros son de un admirable colorido, todas las escenas están llenas de calor y de vida, y aunque en nada se apartan de la verdad histórica, están vestidas de tal modo con las galas de la poesía y ostentan por manera tan brillante los esplendores del estro del artista incomparable, que se presentan á los ojos con desusada novedad y despiertan en el ánimo una profunda emoción estética.

Superiores, no obstante, á estos romances, son los llamados «Dramáticos» y los «Pequeños Dra-

mas.» Peón Contreras es en ellos, por la forma y por el fondo, un poeta netamente romántico y español. Los romances son de capa y espada; pintan y describen las legendarias costumbres de la época del virreinato español; hay en todos ellos lances de honor, episodios de la vida conventual, y por doquier se revelan sentimientos hidalgos y caballerescos y hábitos característicos de la España de los siglos XVI y XVII. El amor es el alma de esos romances; pero jamás cantan los amores felices que forman la ambición de la juventud y la alegría del hogar y la unión de la familia; él tan sólo copió en ellos los amores adúlteros, manchados con la sangre de sus víctimas; los amores desgraciados que hallan la muerte en el mismo día de las nupcias; los amores imposibles, que no pueden vivir sino sufriendo tormentos irremediables; los amores, en fin, que engendran en el hombre y en la mujer todas las malas pasiones; el odio con sus rencores eternos y los celos con sus frenéticos arrebatos.

El poema, sin embargo, en que nos dió gallarda muestra de sus excepcionales facultades, fué aquel que consagró á la memoria de Cristóbal Colón, y en el cual, bajo el modesto título de «Trovvas Colombinas,» quiso contarnos el episodio más conocido y más pasmoso de la historia contemporánea: el descubrimiento del Nuevo Mundo.

El poema no es una simple relación de los sucesos, no es tampoco un romance histórico; es una mezcla de poesía subjetiva y descriptiva, porque ya habla el héroe contando por sí mismo las hondas preocupaciones que lo torturan y lo devoran, ó ya el poeta refiere sus sufrimientos, ó pinta sus ansias y sus anhelos, sus esperanzas y sus desengaños, sus luchas y sus triunfos, sus alegrías y sus martirios. Las octavas reales puestas en los labios de Cristóbal Colón, cuando dirige á su esposa muerta su canción de amores, son de una belleza incomparable y recuerdan por la pasión que las inspira, por el sentimiento profundo que revelan, por la queja comprimida que de ellas se exhala y por el dejo amargo que en ellas se advierte, el «Canto á Teresa,» de Espronceda.

La variedad de metros en que está escrito, la riqueza de la rima de la cual se propuso hacer alarde, privan, es cierto, al poema de aquella majestad que el asunto debiera haberle impreso; pero en cambio, le han permitido, de acuerdo con los principales episodios relatados, recorrer toda la lírica y pasar de la narración sencilla y romancesca á los acentos vigorosos de la oda. Ni un solo momento decae el interés, antes sube y crece por instantes, y con el ánimo suspenso, con la admiración despierta y el entusiasmo siempre vivo, se devo-

ran esas páginas que constituyen un modelo de poesía arqueológico-romántica.

Si no se hubiera ganado el poeta fama imperecedera desde los días de su juventud, cuando publicó sus primeros ensayos, sus *Trovas Colombianas* hubieran bastado á justificar su gloria en el mundo de las letras.

El dramaturgo fué tan fecundo como afortunado. Sus dramas fueron muchos y los más le valieron ovaciones ruidosas y le granjearon distinciones y honores que sólo se conceden á los héroes que se convierten en ídolo de las multitudes. Los triunfos del autor dramático, sólo comparables á los del orador, son superiores á los del poeta, á los del pensador, á los del sabio y á los del artista. Las obras de estos últimos se imponen lentamente, ganan poco á poco el favor del público; tenidas hoy en menos, acaban por ser admiradas mañana, y todo éxito feliz habrá de lograrse merced á una labor continua y paciente; en tanto que las del dramaturgo se conquistan la opinión de una manera súbita y deslumbran por sus bellezas y cautivan por su mérito, en el instante mismo en que se representan, y por eso el aplauso es caluroso, y la aprobación espontánea, y la aclamación sincera y la ovación entusiasta. El auditorio cede ante la magia del escritor, y ya seducido, pasa con facilidad de la indiferencia á la admiración, de la ad-

miración al delirio, para ofrecer sin reserva las palmas del triunfo y la copa rebosante de los deleites supremos.

Peón Contreras se embriagó muchas veces con ese licor celeste; la gloria imprimió sobre su cabeza sus ósculos ardientes, el laurel y el encino cercaron sus sienes, los aplausos atronaron sus oídos, la luz del apoteosis brilló en sus ojos, y, aplaudido por propios y por extraños, y admirado por sus émulos y amado por sus amigos, disfrutó de la dicha incomparable de ser un triunfador en las luchas serenas de la inteligencia.

Para dar exacta idea de sus dramas, debemos decir que, como sus romances, son dramas de capa y espada, inspirados los más en asuntos de la vida de la época colonial, y copiando sus costumbres y preocupaciones, sus virtudes caballerescas y sus vicios incorregibles. Muchos están versificados con facilidad suma, ya en redondillas sonoras ó ya en romances armoniosos; otros están escritos en una prosa elegante y castiza, y todos contienen tramas muy bien urdidas y mejor desenlazadas, una acción rápida y escenas bien combinadas y ricas en pormenores, revelando un admirable conocimiento del teatro y de los grandes recursos para despertar el interés, para reprimir la impaciencia, para preparar las sorpresas y para deleitar y conmover. Sus dramas no tienen tesis demostrables,

porque el propósito que siempre abriga es más el de emocionar que el de instruir y moralizar; y sus argumentos, tras no ser rebuscados, son las más veces verosímiles, y los caracteres de los personajes están en muchos casos precisados con firmeza, y del juego de la acción y de la verosimilitud con que se encadena, resulta la tendencia psicológica, religiosa ó social que en ellos se ve. Hay en esas tramas estudios bastante buenos, principalmente de las acciones caballerescas; el honor puntilloso y exagerado, la obediencia á la autoridad del rey, tan absoluta como natural; la sumisión á la potestad paterna, tan debida como completa; el amor hasta el sacrificio, el odio hasta la muerte, las rivalidades hasta el crimen y el valor hasta la heroicidad, y con ellos se ven mezclados sentimientos muy humanos y vicios muy conocidos y situaciones muy reales y verdaderas. El mundo del poeta es un mundo de ayer que no es el nuestro, aquel en que respiramos y vivimos; pero no por eso deja de ser una realidad viviente, sostenida por la verdad, aunque idealizada por la fantasía. Toda su obra dramática se mueve en la escena fácil y espontánea, merced al soplo de vida que la alienta y la anima.

Intencionalmente no queremos descender al análisis minucioso de sus piezas, ni llamar la atención acerca de los primores de *La Hija del Rey*, ni

de las escenas conmovedoras de *Gil González de Ávila*, ni de los encantos de *Por el Joyel del Sombrero* y de *Hasta el Cielo*, ni de los defectos salientes que pudieran censurarse en algunas ó en muchas de ellas; porque nuestro propósito es tan sólo formular en una síntesis, tras un estudio ahincado y completo, nuestra opinión respecto de su labor como dramaturgo, considerada en su conjunto.

Sus dramas son superiores á los del mismo género que los autores mexicanos habían hecho representar en nuestros teatros, y tienen mucha semejanza con los que la dramaturgia española produjo en los tiempos del romanticismo, desde el Duque de Rivas hasta Zorrilla. Dos dramas de Rodríguez Galván, «*Muñoz, visitador de México*,» y «*El Privado del Virrey*,» son los necesarios antecedentes en nuestra historia literaria de los de Peón Contreras. Ambos son piezas de mérito, bien trabajadas y escritas con galanura de estilo, en las cuales las bellezas sobrepujan á los defectos; pero de ¡cuán diversa manera entienden el arte el uno y el otro dramaturgo!; porque lo que para aquél son escenas inútiles, caracteres falsos, imitaciones desmayadas de la dramática española, situaciones raras y desenlaces inverosímiles, en éste, como ya lo hemos dicho, todo es natural y sencillo, y las escenas son oportunas y los caracteres sostenidos y

las imitaciones felices y los desenlaces necesarios. No tiene Peón Contreras la profundidad filosófica ni el conocimiento de las pasiones humanas de que nos da muestra el Duque de Rivas, sobre todo en su *Don Álvaro*; carece de aquel fuego poético y de aquella apasionada vehemencia que tanto se admira en *El Trovador* de García Gutiérrez, el acierto, tal vez único, del célebre dramaturgo; no llega nunca, á pesar de sus esfuerzos, á expresar el amor sublime con el calor verdaderamente humano de *Los Amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, y jamás pudo igualar el lirismo exuberante, casi siempre musical y rotundo, de Zorrilla; pero sin duda es tan acertado en el desarrollo de sus argumentos y en el primor de sus diálogos, como el Duque de Rivas, y es tan sincero como García Gutiérrez, en la pintura de las pasiones, y es tan expresivo en el trazar los caracteres de sus personajes, como Hartzenbusch, y tan espontáneo y tan galano en su lirismo, como Zorrilla.

En la historia de nuestra dramaturgia, la fecunda labor de Peón Contreras significará siempre un grande y generoso esfuerzo para la creación de nuestro teatro, y él será considerado por su lirismo como un Zorrilla mexicano.

Réstanos hablar de la última obra del poeta, de su hermosísimo poema *Flérida y Garcilaso*, que escribió en sus postrimerías, cuando cedía ya su

cuerpo al peso de los años, á pesar de que en su espíritu guardaba la inmarcesible frescura de una eterna juventud.

El poema es el episodio de amor de la vida de Garcilaso de la Vega, del Virgilio castellano, de aquel poeta bucólico que ha dejado resonando en nuestros oídos y vibrando en nuestras almas los tiernos cantos de amor de los pastores, el dulce lamentar de Salicio y Nemoroso, vago como el viento, triste como la noche, profundo como los abismos y eternamente bello como la vida.

El argumento es sencillísimo: es la historia de un amor desgraciado, como todos aquellos que cantó Peón Contreras. Salicio ama á Galatea sin que ella le corresponda; ama Flérida á Salicio y ella es amada por Tirreno; mas al fin Salicio vuelve á Flérida los ojos, y después de amarse mucho y cuando están á punto de realizar el mutuo afán de su existencia, ella lo ve morir en el asalto de la Torre de Muey, bajo las órdenes del Rey Carlos V; porque Salicio no es otro sino el famoso guerrero y poeta Garcilaso, que alcanzó celebridad y gloria, cifendo á la par los laureles de Marte y los de Apolo.

Lo que es digno de ser admirado y aplaudido en este poema es la facilidad de la versificación, la galanura del estilo, la verdad de los sentimientos, la belleza y novedad de las metáforas,

la gracia de las expresiones pastoriles, la ingenuidad de las confesiones amorosas, el encanto de las descripciones campestres, y, ante todo, la frescura juvenil que da un tinte risueño á todos los cuadros, á todos los personajes, á las pasiones que abriga, á los lugares donde se refugian y á la atmósfera en que viven y se agitan.

La aparición de Flérida en el atrio de la iglesia, la llegada de la paloma que, como un copo blanco de nieve, cae á sus pies, rindiendo el vuelo rápido para acompañarla al sitio donde ha de encontrar á Salicio; la marcha indecisa de la niña y la paloma, que recorren los campos y juntas penetran á los bosques; la relación punzante de la enfermedad de Flérida devorada por mal de amores, y el coloquio en que brinda su amistad á Tirreno, son páginas admirables y admiradas, en las cuales el poeta puso cuanto de ternura había en su alma y cuanto de vena rica y fecunda había en su numen.

Peón Contreras quiso coronar su obra literaria con un poema magistral en el que se superara á sí mismo, y á fe que lo consiguió: porque *Flérida y Garcilaso* es, á nuestro juicio, lo mejor que salió de su pluma, el más perfecto de sus trabajos y aquel en que se reflejan, como en clarísimo espejo, sus cualidades las más salientes como poeta descriptivo y como poeta erótico.

Señores:

La muerte ha sido muy cruel para con nosotros, arrebatándonos á nuestro poeta Peón Contreras. Nosotros no sabemos si todos nos hemos dado bien cuenta del inmenso vacío que su muerte ocasiona. La literatura patria ha perdido á uno de sus más fervientes cultivadores; la poesía nacional á uno de sus bardos más inspirados; el arte, á su sacerdote más augusto; el romanticismo, á su corifeo más aplaudido; las mujeres, á su admirador más entusiasta; el dolor, á uno de sus mejores intérpretes, y el amor triste é infeliz, que vive de esperanzas irrealizables y de quiméricos ensueños, al más fiel de todos sus cantores.

Acerquémonos silenciosos y tristes á la tumba que guarda sus restos mortales, y sobre ella deshojemos manojos de rosas frescas acabadas de cortar de sus tallos por nuestras manos amigas. Ese es el homenaje que merecen los poetas amados de los dioses.

Noviembre 23 de 1907.



ORACIÓN FÚNEBRE

PRONUNCIADA

ANTE EL CADAVER DEL

Sr. Lic. D. IGNACIO MARISCAL,

EL 17 DE ABRIL DE 1910.



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES:

LA patria, dignamente representada por todos los Poderes de la Unión, ha querido traer al seno de la representación nacional, para tributarle públicos honores, el cadáver del Sr. Lic. D. Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones Exteriores, y el Senado, con esta ocasión, me ha hecho el alto honor de encomendarme que en su nombre levante mi voz en este recinto augusto para hacer grata recordación de su vida y para que al hacerlo ofrezca á su memoria el testimonio de la gratitud nacional.

Estos honores postreros tributados en forma tan solemne á los hombres, como el Sr. Mariscal, son un acto de justicia suprema; porque es debido que la patria premie con ellos á quienes sacrificaron toda su existencia á servir con tenaz empeño sus intereses los más caros y á llenar con rara fortuna sus necesidades las más apremiantes

Nadie en todo el país dejará de estimar como justa esta sentida manifestación de duelo; ninguno dejará de apreciar como merecido el necesario luto que la República guarda, ni en ningún espíritu dejará de tener un eco simpático el inmenso dolor nacional; que arraiga en lo profundo de todos los pechos, como vive en todas las conciencias la convicción íntima de que el Sr. Mariscal, que vivió para su patria y murió á su servicio, fué siempre un modelo de virtudes cívicas, un constante paladín de los ideales democráticos, un hombre de estado meritísimo, el más experto de nuestros diplomáticos, y antes que todo, y sobre todo, un ciudadano ejemplar, forjado en molde antiguo, que lo mismo en el dulce recogimiento del hogar que en las grandes agitaciones de la plaza pública, nunca sintió otro anhelo que el de consagrarse con noble desinterés al cumplimiento de sus deberes para con el país.

La vida pública del Sr. Mariscal es muy conocida para que sea preciso detallarla; pero no por conocida dejará de ser recordada en instantes tan propicios.

Como político siempre estuvo afiliado al partido liberal, y toda su carrera cuando joven, la hizo al lado de Juárez, y cuando viejo al lado del General Díaz; porque ya como amigo ó ya como consejero de ellos, siempre se inspiró en las altas ideas

que estos caudillos encarnaron durante las luchas de la Reforma y del Imperio ó en la época de la restauración de la República ó en la de la consolidación de la paz nacional.

El Sr. Mariscal formó parte del Congreso Constituyente de 1857, de aquella asamblea memorable en nuestros fastos, que logró zanjar los cimientos de las instituciones que nos rigen y donde fulguraron como antorchas luminosas los nombres de los Arriagas, de los Zarcos y de los Ramírez. De aquel cenáculo sacó el Sr. Mariscal su fe de apóstol que nunca le abandonó, su hermoso ideal republicano que siempre trató de realizar y la firmeza de principios que perduró en él á despecho de los años.

Distinguióse el Sr. Mariscal, como pocos de nuestros hombres de estado, en el desempeño de la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública, tanto bajo la presidencia de Juárez como al terminar la primera administración del Gral. Díaz. El Sr. Mariscal fué hombre de ideas, como fué hombre de convicciones; y cual buen sembrador, jamás se dió punto de reposo ni para arrojarlas en el surco, ni para cuidar que fructificaran, ni para preservar sus frutos. La ley de jurados, que revolucionó nuestro sistema de enjuiciamiento penal fué obra suya, y la reorganización de los tribunales del Distrito Federal nunca modificada pa-

ra mejorarla después, fué la muestra palmaria de la madurez de su juicio y de su pericia como legislador.

Pero nunca prestó á su país mejores servicios que como diplomático, ya en el puesto humilde de Secretario de nuestra Legación en Washington, cuando se trabajaba sin descanso en pro de nuestra independencia, ya como Ministro, más tarde, cuando en Washington se discutían las reclamaciones americanas, ora como Ministro en Inglaterra, cuando le tocó en suerte reanudar con ella, pero con dignidad para México, nuestras relaciones diplomáticas y principalmente como jefe de la Cancillería mexicana á cuyo frente ha permanecido durante treinta años, creando todo lo que existe, dirigiendo nuestra política exterior, reconciliándonos con el mundo civilizado, acrecentando nuestro prestigio, asegurando nuestra influencia, conciliando nuestras diferencias y conquistando siempre para nuestro país el respeto que sólo llegan á inspirar las naciones que saben apoyarse en el derecho y en la justicia.

Su labor en la Secretaría de Relaciones Exteriores exige un estudio prolijo que no es propio de los actuales momentos; pero él pondrá de relieve sus merecimientos personales, como ella ha demostrado la superioridad de su carácter.

Hábil en el pensar, disertó en el decir y pa-

ciente en el obrar, poseyó en alto grado las cualidades que hacen del diplomático moderno, apoyado en la verdad y armado con la ley, un santo misionero encargado de evangelizar al mundo, predicando la hermosa y consoladora religión de la paz; y por eso lo vimos muchas veces sortear todos los escollos, vencer todas las dificultades, amorrar todos los obstáculos y reprimir todas las impaciencias para asegurar que siempre un inmenso espíritu de concordia presidiera nuestras relaciones con todas las naciones de la tierra. Su obra en la Cancillería mexicana será siempre inolvidable; y si á ella únicamente hubiera concretado su vida, bastaría para hacerlo vivir en la memoria de sus pósteros, que es la inmortalidad más segura que los seres humanos pueden lograr en pago de ese afán de eternidad que alienta en ellos, desde que nacen hasta que mueren.

Pero si en el Sr. Mariscal el diplomático excedió al jurisconsulto, el hombre sobrepusó al diplomático. El Sr. Mariscal en la mejor acepción de la palabra fué un hombre bueno; la bondad halló abrigo en su corazón como un eterno polluelo en su caliente nido y tuvo una honorabilidad tan inmaculada, que siempre conservó su blancura de nieve alpina, de esa cuyo brillo aumenta siempre mientras más vivamente la alumbra el sol.

La vida del Sr. Mariscal fué larga, comparada

con la que alcanzan los hombres de nuestras latitudes; pero no fué tanto por los años que duró, sino porque la supo vivir; y antes que disiparla en la ociosidad, pudo enderezarla á un objeto noble y logró darle una ocupación útil. Por eso la muerte no hubo de sorprenderle, como á la mayor parte de los mortales, que sienten que la vida se les escapa cuando apenas han comenzado á vivirla; sino que la vió llegar tranquilo y la esperó sonriente como el premio que con justicia merecen la labor terminada y el deber cumplido.

La vida del Sr. Mariscal tiene una útil enseñanza. Si se necesita de una larga vida para aprender á vivir, también se necesita de una larga vida para aprender á morir. Por eso si pudo vivir como un sabio, logró morir como un justo y no tuvo necesidad de pedirle á la vida un día más, porque vivió todo el tiempo necesario para usar de ella dignamente.

Señores:

Permitidme que en nombre de la gratitud nacional arroje sobre la tumba de este anciano ilustre un manojito de rosas, como símbolo de juventud.



APÉNDICE

BRINDIS

PRONUNCIADO EN EL BANQUETE OFRECIDO

À LOS

DELEGADOS DE LA UNIÓN LIBERAL,

LA NOCHE

DEL 20 DE JUNIO DE 1903.



SEÑORES:

EL COMITÉ DIRECTIVO DE LA UNIÓN LIBERAL me ha hecho el gran honor de designarme para presentaros en nombre suyo, al ofreceros este banquete, público testimonio de su reconocimiento por haber acudido desde los confines de la República al llamamiento que os hiciera para venir á llenar una de las más nobles tareas que toca desempeñar al partido liberal. Yo he aceptado sin vacilar ese encargo, no porque me creyera con títulos mejores que cualquiera otro miembro del Comité para llevarlo á buen término, sino porque estos honores supremos jamás deben rehusarse, y porque ardía en vivísimos deseos de festejar y de aplaudir la reunión en México de la segunda convención del partido liberal, que es presagio cierto de días felices como los actuales para la patria y que encierra útiles enseñanzas para el porvenir.

El Comité Directivo de la Unión os congregó en esta ciudad como representantes del partido liberal del país, con el objeto de designar un candidato á la Presidencia de la República en el cuatrienio próximo, candidato que hubiera de ser sostenido y amparado con el voto de todos los liberales en los momentos de la elección. Los procedimientos empleados para convocaros y reuniros en México constituyen una forma democrática, la más apropiada quizás para disciplinar los elementos y energías de los partidos políticos, y el objeto de la reunión no era otra cosa que la práctica del más augusto derecho que el pueblo tiene en toda democracia. Vuestra presencia en México ha venido á demostrar que fueron eficaces los procedimientos seguidos para convocaros y hacer ver, además, á la Nación, que el partido liberal ha aceptado ya una organización que, garantizando el libre ejercicio de todos los derechos políticos, le permite hacerse representar de una manera genuina, dando directamente el pueblo su representación y su mandato. No basta en los países regidos por instituciones democráticas, creerse con peor ó mejor derecho el jefe de un grupo social para hablar en nombre del pueblo y ungir con su autoridad y su prestigio los principios que se proclaman y los actos que se ejecutan; es preciso llegar hasta el pueblo mismo, ponerse en íntimo contacto con él y

buscar en su opinión y su confianza el único medio legítimo de constituirse en su intérprete. Y eso es lo que el Comité Directivo de la Unión Liberal ha hecho; buscó la vida del organismo político que quería hacer vivir allí donde palpitan los gérmenes fecundos y primordiales que la constituyen en toda democracia; pidió al pueblo liberal de la República que se agrupara en torno de su bandera, que tiene por símbolo la constitución y las leyes de Reforma, para nombrar sus representantes, y por eso el pueblo os ha otorgado su mandato y por eso legítimamente habéis obrado en nombre suyo, dignificando vuestros actos con la autoridad y prestigio que á él solo corresponden.

Vuestra investidura ha sido la más alta que se puede obtener en las democracias donde los partidos políticos funcionan como elementos compensadores de la libertad y el orden, y esa es la razón por la que vuestros actos han tenido, sin excepción alguna, la majestad severa que pertenece á vuestra investidura.

Si el verdadero y mejor fruto de toda acción buena es el haberla llevado á cabo, podéis estar satisfechos de haber ejecutado una buena obra; habéis cumplido con vuestro mandato y habéis señalado al pueblo el hombre más á propósito para regir sus destinos en el próximo periodo constitucional.

Vuestra elección no era dudosa; pero no por conocida ha dejado de ser la expresión de la voluntad del partido liberal á quien representáis.

El nombre del Gral. Porfirio Díaz debía de brotar de vuestros labios, como habrá de brotar más tarde de las urnas electorales; pero á ello no han sido parte tan sólo vuestras personales simpatías, sino el mandato imperativo que algunos de vosotros recibirais, y el sentimiento que vive en el corazón del pueblo de la República, que ve en él al más conspicuo de sus conciudadanos. Los pueblos, como el nuestro, que tan desdefiosos se muestran casi siempre de sus más caros intereses, sacuden su indiferencia y despiertan de su letargo, cuando ven desfilar delante de ellos uno de esos hombres superiores y heroicos que subyugan las multitudes con su autoridad y triunfan de los vicios que minan la existencia de los Estados con su prestigio. Esto explica la popularidad del Gral. Díaz y justifica el amor que se le consagra. Las hazañas de su espada en los combates por la patria, hicieron de él un héroe; sus aptitudes para encauzar las inquietas y perturbadoras energías de un pueblo devorado por la necesidad de sangrientas luchas, hicieron de él un hombre de estado y de gobierno; y sus triunfos políticos, siempre realzados por un éxito favorable y constante, de él hicieron el ídolo del pueblo.

El Gral. Díaz es, pues, una vez más el candidato del partido liberal para la Presidencia de la República, porque es el héroe de las viejas luchas por la independencia y por la patria, porque es el hombre de estado que ha destruido la anarquía y ha cimentado la paz, y porque encarna la esperanza que tiene el pueblo de vivir mañana bajo el amparo de la ley.

Pero vosotros habéis hecho más aún; habéis dado las bases para la organización del partido liberal; la habéis hecho estable y definitiva, para que sus funciones, antes intermitentes, sean continuas en lo futuro y sujetas á leyes preestablecidas, y le habéis dado elementos para estar apercebido á la defensa de los más sagrados intereses de la patria.

Todo organismo que nace obedeciendo á una necesidad imperiosa de la naturaleza, todo lo que cría raíces sólidas en un suelo fecundo está llamado á crecer y debe mejorarse con la acción del tiempo. La organización del partido liberal obedece á esa ley. El pueblo mexicano se siente feliz á la sombra de la paz, porque ella le permite consagrarse al trabajo, y porque sabe que sus derechos políticos, fuente de todos los demás bienes, están libres de todo ataque y violación; pero le falta á su felicidad la garantía de saber que ella habrá de durar siempre.

¿Y cómo dar al pueblo esa seguridad que ha menester, á no ser educándolo en la práctica de nuestras instituciones libres, por medio de una organización que responda á sus más apremiantes necesidades?

Si la mejor forma de gobierno es aquella á la cual nada le falta para que la libertad impere y no presenta obstáculo alguno para que el orden reine, la mejor organización que puede darse á los partidos políticos, dentro de esta forma de gobierno, es aquella que les permita asegurar todas las conquistas de la libertad bajo el imperio del orden.

El partido liberal mexicano tiene, á este respecto, larga y tristísima experiencia. Medio siglo ha luchado en revueltas intestinas para dar á la Nación las instituciones libres que hoy la organizan: pero esas revueltas tuvieron por principal origen su afán siempre creciente de sacrificarlo todo, riqueza, prosperidad y paz, en aras de quiméricos ideales de libertades imposibles; de una libertad económica destructora de la riqueza, de una libertad civil opresora de la familia y de una libertad política sacrificadora del orden. La reacción era natural; las aspiraciones debían ceñirse á las necesidades reales de la vida nacional; los esfuerzos deberían de consistir de preferencia en conservar los bienes adquiridos: el objeto primordial debía ser operar un trabajo de concentración y de reor-

ganización, á fin de que la libertad económica tuviera por única base el desarrollo normal de nuestra riqueza, para que la libertad de cultos devolviera la paz á las conciencias y la libertad política tuviera el orden por único apoyo y por sostén.

Esta experiencia constituye hoy un bien inapreciable del partido liberal, que nosotros tenemos el deber de preservar incólume, y es la mejor herencia que habrá de legarnos la paz, merced á tantos sacrificios conquistada; porque es preciso confesarlo: la paz ha ido tan sólo arraigando en el país, á medida que hemos ido renunciando á las exageraciones apremiantes de un jacobinismo enfermizo y que la Nación ha comprendido que el progreso que rompe viejos moldes y abre nuevos y más anchos horizontes, es la ley que rige el desenvolvimiento de los pueblos modernos.

Pues bien, señores, la organización que acabáis de dar al partido liberal responde á esa necesidad. En lugar de las voluntades dispersas, que no pueden engendrar una acción común y eficaz, ofrece una concentración de poder, capaz por sí sola de realizar las mayores empresas, y en vez de una actividad falta de gobierno y dirección presta una fuerza disciplinada y metódica.

El partido liberal, así organizado, obedecerá á la ley natural de crecimiento de todos los organismos, y á medida que el tiempo transcurra irá ga-

nando en fuerza, en robustez, en energía y en poder, y al fin podrá asegurar al país que su felicidad actual ha de durar siempre, y que él será el encargado de transmitir á las generaciones de mañana, como inviolable tesoro, la paz que nos diera el hombre de estado que rige hoy con mano hábil y firme los destinos de la nación.

Esa es la obra que habéis realizado en común en el seno de la Convención Nacional, obra que habréis de popularizar mañana al volver á vuestros hogares, cuando invitéis á vuestros comitentes á concurrir á las urnas electorales á ejercer sus derechos de ciudadanos, y cuando continuéis la propaganda activa llamada á afianzar en la conciencia del pueblo el convencimiento de que el partido liberal no tiene más norte que los principios consignados en nuestra Constitución Política y en nuestras leyes de Reforma, y que su única ambición consiste en hacer efectivos esos principios, para que la ley, alma inmortal de los pueblos, y no los hombres, perecederos de suyo, sea la que nos enseñe á gobernarnos por nosotros mismos.

Es un apostolado el que vais á ejercer, y cada uno de vosotros realizará la obra que le toque en suerte, cuando sea seguido por las multitudes ávidas de cumplir con sus deberes políticos. La fe no os abandonará; antes ella dará fuego á vuestras

palabras y perseverancia á vuestra conducta; porque la educación de los pueblos, como la más importante labor humana, ha menester del tiempo, que, al calor de las alas con que vuela, es el supremo fecundador de todas las cosas.

El labrador, después de abrir surcos profundos en la tierra y de haber depositado en ellos la simiente, puesto el pie sobre el azadón ya inútil, levanta los ojos al lejano horizonte é investiga el porvenir con mirada inquisidora. No sabe si mañana recogerá los frutos de su labor actual, y si al ser recogidos será él quien los aproveche; pero está convencido de que la tierra no puede cubrirse de frutos sin que éstos sirvan de sustento á los seres humanos. Así vosotros: dejáis hoy en los surcos de la conciencia nacional política simiente, y aunque no os sea dado aprovechar mañana sus frutos, esperáis con fe que ella habrá de convertirse en el pan de nuestro pueblo.

México, Junio 20 de 1903.



BRINDIS

PRONUNCIADO EN EL BANQUETE OFRECIDO

AL

LICENCIADO JOAQUÍN D. CASASÚS,

EN LA NOCHE

DEL 18 DE SEPTIEMBRE DE 1905.



SEÑORES:

CICERÓN, queriendo dar una idea del egoísmo, humano, en el lenguaje sentencioso que le era peculiar, dijo: «*Las lágrimas que hace derramar el dolor ajeno se secan pronto;*» y aun cuando no debe ponerse en duda lo que haya de verdad en las palabras del gran orador latino, fuerza es convenir en que ellas no son ciertas en todas las ocasiones de la vida, porque aún rebosa en vuestros corazones el contento que en ellos despertaran las últimas y gratas satisfacciones que yo he experimentado, y porque la sonrisa que ese contento hiciera asomar á vuestros labios perdura en ellos todavía.

Elocuente prueba de ello es la suntuosa y espléndida fiesta que habéis organizado en honor mío, los testimonios de invariable afecto que vosotros me habéis dado, vuestro esfuerzo empeñoso en celebrar conmigo la altísima muestra de con-

fianza que del Sr. Presidente de la República he recibido, al nombrarme su representante cerca de el Gobierno de Los Estados Unidos de América, y las palabras llenas de elogios y por todo extremo cariñosas que en vuestro nombre acaba de dirigirme el anciano venerable que nos enseña todos los encantos que tiene el hermoso atardecer de una vida pura y serena, y de quien yo pudiera decir con más razón lo que Homero dijo de Néstor en la Iliada: *«que de sus labios fluyeron siempre palabras más dulces que la miel.»*

No; vosotros no habéis sido egoístas, antes habéis sido benévolos y generosos; porque habéis exagerado, por cariño, el valor de los muy escasos merecimientos míos y porque me habéis proporcionado una de las más gratas satisfacciones que puede un hombre experimentar en la vida: la de verse rodeado de sus amigos, sentirse festejado por ellos y adquirir por esta causa la seguridad de haber llegado á merecer de ellos, á la vez su cariño y su estimación.

Siempre han considerado los seres humanos como el bien supremo tener á lo menos un amigo; tener, obedeciendo á una irresistible necesidad de nuestra naturaleza, que nos impulsa á amarnos los unos á los otros, una persona á quien nos atrevamos hablar como si habláramos con nosotros mismos, alguien con quien compartir nuestras di-

chas para que no se desvanezca su encanto al disfrutarlas nosotros solos, ó nuestras penas para que ellas pierdan en rigor cuanto nosotros ganemos en consuelo; alguien que sea una mano para nuestro apoyo y un estímulo para nuestros desfallecimientos y una fuerza para nuestra debilidad, y al mismo tiempo un consejero para nuestras dudas, un perdón para nuestros errores, un juez para nuestras acciones, un maestro cuyas enseñanzas aprender, un guía cuyos pasos seguir y un ejemplo cuyas virtudes imitar; y yo veo con singular complacencia y con satisfacción íntima, que puedo enorgullecerme de tener no sólo un amigo, sino muchos, que han sido para mí, lo que el amigo es siempre en la vida de los hombres.

Por eso encuentro entre vosotros los rostros para mí muy conocidos de algunos que para mí fueron amparo y protección, de los que en mí produjeron una emulación útil y sana, de aquellos en quienes siempre encontré maestros sabios y consejeros prudentes, y de varios que me sirvieron de orgullo legítimo y de ejemplo noble; y por eso hallo en vosotros todos la benevolencia que perdona, el estímulo que alienta, el aplauso que conforta, la fuerza que apoya y el cariño sin límites que premia.

Busquen los políticos, correligionarios; los apóstoles, adeptos; secuaces, los sectarios; discípulos, los

maestros; creyentes, los sacerdotes; que yo habré de buscar tan sólo amigos, amigos como vosotros, de quienes el infortunio no me aparte, ni los intereses me dividan, ni la prosperidad me aleje, ni la ausencia me separe; porque amigos como esos son los activos colaboradores de nuestra vida, los que nos hacen amar lo bueno para hacer el bien, y los invisibles obreros de nuestro porvenir.

Es indudable que la amistad, así concebida, como vosotros y yo la concebimos, es un sentimiento creador y fecundo y en tal grado, que así como habríamos de dejar vacío y convertido en un páramo desierto el Universo si le arrancáramos el sol, condenaríamos la labor humana á una incurable esterilidad, si arrancáramos la amistad del corazón de los hombres.

Permitidme que profundamente emocionado y lleno mi corazón de gratitud inmensa, os exprese mi reconocimiento por esta manifestación de simpatía con que en tan alto grado me honrais, solemne por la espontaneidad con que ha sido hecha, gratísima por el afecto que la inspira y sin ejemplo porque en ella contrastan de modo asaz sensible la grandeza de vuestra benevolencia con la pequeñez de los méritos míos que con ella queréis premiar.

Un recuerdo imborrable guardará mi memoria

de esta fiesta, y cuando lejos de vosotros y consagrado al cumplimiento de mis nuevos deberes, sienta resonar en mi alma el eco nunca extinguido de vuestras palabras de cariño, pensaré con nostálgica ternura, que habéis querido dejarme al partir un motivo más para no apartar nunca mis ojos del lejano horizonte donde siempre habré de ver flotar la imagen de la Patria, imán irresistible de nuestros deseos é ideal supremo de todos nuestros amores.

Señores: Al renovar las protestas de mi agradecimiento, acompañadme á brindar por vuestra felicidad; y al brindar por vosotros, brindemos, todos por vuestros huéspedes distinguidos, que al honrar la invitación vuestra han querido honrarme á mí también, y por el Sr. Presidente de la República á quien todos consideramos con justicia como el autor de nuestra regeneración política y á quien estimamos con el símbolo más puro del progreso, del engrandecimiento y de la prosperidad de la Patria.



LA CONFERENCIA PAN-AMERICANA
Y SU SIGNIFICACIÓN.

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN LA

ACADEMIA AMERICANA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

DE FILADELFIA,

EN 24 DE FEBRERO DE 1906.



SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORES MIEMBROS DE LA ACADEMIA:

SEÑORAS Y SEÑORES:

VENCER el egoísmo humano, el más natural de los sentimientos del hombre, para fundar la familia y la tribu, fué el primer esfuerzo que la humanidad primitiva realizara para hacer su progreso indefinido. Sacrificar los intereses de la familia y de la tribu para crear la patria, á fin de que bajo su cielo se abrigaran los pueblos, unidos é identificados por aspiraciones comunes, fué la conquista más grande que el hombre llevara á cabo para asegurar su prosperidad sobre la tierra. Y fundir la patria al calor de un inmenso amor humano, nutrido de sentimientos de justicia, es el ideal supremo que los pueblos persiguen para obtener su engrandecimiento y poder vivir en paz.

Para crear la familia y la tribu y lograr la primera victoria del hombre sobre el hombre, fué ne-

cesario recurrir á la fuerza; porque si el hombre, en su estado primitivo, es el enemigo del hombre, pues como lo creyó el filósofo inglés, Hume: «the natural state of man is war,» la fuerza era la única arma civilizadora que podía esgrimir en sus manos. Para fundar la patria, de la guerra, considerada con razón como la mayor de las necesidades sociales, surgió el derecho; y él ha servido y sirve de base inmovible y de indispensable sostén á las nacionalidades modernas. Y para realizar la última victoria y constituir la humanidad de mañana, de los conflictos del derecho ha nacido la justicia, que es la que habrá de hacer inútil la guerra, y habrá de enseñar á los hombres á luchar por su libertad y su progreso, en las pacíficas contiendas del trabajo humano.

Los hombres se agruparon al calor del hogar para constituir la familia, é hicieron del amor la cadena que liga á todos los seres y la única compensación de todos los sacrificios del egoísmo individual.

Los pueblos se unieron entre sí sobre un mismo suelo para formar la patria, y la organización del poder público fué la compensación de los límites puestos á la libertad individual. Y las naciones se acercan hoy las unas á las otras, persiguiendo un mismo ideal y salvando los obstáculos que estorban su mutuo desarrollo y crecimiento; á fin de

hacer de la justicia el árbitro supremo del derecho, y obtenerla como la mayor recompensa de todos los sacrificios del egoísmo nacional.

Estos tres períodos de la vida del hombre marcan las tres etapas que ha recorrido la civilización para poder llegar, de sacrificio en sacrificio, á la conquista del sentimiento altruista que convierte á todos los pueblos en miembros de una sola familia: de la grande, de la inmensa familia humana.

Este ideal, siempre vivo hoy en la conciencia de los pueblos, es el que ha venido inspirando á las naciones desde hace muchos años el deseo y la necesidad de convocar, cada día con mayor frecuencia, conferencias y congresos enderezados unos á evitar los conflictos que el crecimiento de los pueblos produce, encaminados otros á limitar la esfera de acción de los gobiernos, y llamados algunos á dar facilidades para que los pueblos se aproximen los unos á los otros; pero consagrados todos, sin excepción, á disipar preocupaciones, á restablecer la concordia, á privar de trabas al comercio, á predicar la paz y á cultivar relaciones cordiales, basadas siempre en un noble espíritu de confraternidad universal.

La América no podía apartarse de este movimiento civilizador; y los Estados Unidos, que en el siglo XVIII habían enseñado al mundo cómo era posible que los pueblos viviesen y prosperasen go-

bernándose por sí mismos, bajo la égida de instituciones libres, quisieron á la vez demostrar que no era vano el intento de procurar que los pueblos del Continente, sin daño para su riqueza y sin menoscabo de su independencia, se acercaran los unos á los otros para conocer mejor sus necesidades comerciales, y unificar su legislación en todo aquello que no perjudicara á sus primordiales intereses.

El Congreso de los Estados Unidos, por virtud de la ley de 24 de Mayo de 1888, autorizó al Presidente de la Nación para que invitara á los Gobiernos de México, Centro y Sud América, Haití y Santo Domingo, á fin de que, en unión suya, celebraran una conferencia con el objeto de discutir y recomendar á los respectivos Gobiernos la adopción de un plan de arbitraje para la solución de los conflictos que pudieran suscitarse entre ellos; de tratar, además, de asuntos relacionados con el desarrollo del tráfico comercial y de los medios de comunicación directa entre dichos países, y de fomentar aquellas relaciones comerciales recíprocas que fueran provechosas para todos.

La ley del Congreso precisó el programa de la conferencia.

Nunca se había presentado, hasta entonces, un programa tan vasto para una Conferencia Internacional; y jamás se había considerado que seme-

jante programa pudiera ser materia para una discusión entre delegados de diversas naciones.

La obra de la Conferencia Pan-Americana era de concordia y de paz; no tenía por objeto, á semejanza de los Congresos de Leybach y de Verona, restaurar una forma de Gobierno y autorizar á una Nación para la reconquista de sus colonias; no se inspiraba tampoco, como el Congreso de Panamá, que fuera el ensueño del alma grande de Simón Bolívar, en la necesidad de unir á los perseguidos para resistir á los ataques de un agresor común; sino que buscando la unión de todos en un esfuerzo general, pretendía crear la prosperidad mercantil del Continente, dándole como base la paz por medio de la solución de los conflictos internacionales.

El carácter comercial y político de la Conferencia estaba precisado por manera admirable en su programa.

Era comercial, porque aspiraba la Conferencia á crear una unión aduanera entre las naciones de América, que tuviese por base un sistema uniforme de disposiciones aduanales para la importación y la exportación de mercancías, iguales derechos y una misma nomenclatura y una forma semejante de facturas consulares, apoyado todo en la adopción de idéntico sistema de pesas y medidas y de una moneda de plata de curso forzoso internacional.

Y era, además, política porque pretendía establecer un tratado general de extradición y, sobre todo, porque preconizaba que el arbitraje era el medio mejor para resolver las cuestiones y diferencias que pudieran surgir entre las naciones de América.

La invitación para la Conferencia fué dirigida á todos los gobiernos del Continente Americano, en 13 de Julio de 1888; y después de haber sido aceptada por todos ellos, se reunió en Washington bajo la presidencia del entonces Secretario de Estado, Mr. James G. Blaine, en 2 de Octubre de 1889.

Durante seis meses el programa de la Conferencia fué ampliamente discutido, y sus resoluciones tomaron la forma de simples recomendaciones hechas á los gobiernos respectivos.

Las necesidades comerciales del Continente quedaron bien definidas y todos convinieron en que era oportuno construir un ferrocarril que abrazara con sus lazos de acero el Continente y establecer comunicaciones rápidas de vapor, tanto en el Pacífico como en el Atlántico, en el Golfo de México y en el mar Caribe; y que para que esas comunicaciones fueran fructíferas, se negociaran tratados parciales de reciprocidad entre los Gobiernos; se aceptó una nomenclatura comercial, arreglada en orden alfabético de todos los artículos gravados

con impuestos á su importación por las naciones; se adoptaron preceptos uniformes para el otorgamiento de las facturas consulares y se consolidaron en uno solo todos los derechos de puerto y de tonelaje que se cobraban en los distintos puertos del Continente. Para apoyar los intereses comerciales de la América, se creyó posible la creación de un banco internacional, y se convocó una nueva conferencia llamada á discutir la creación de una moneda internacional de plata de curso forzoso.

El programa político de la Conferencia quedó también consagrado en principio; y se recomendó la adopción de tratados de derecho internacional, civil, comercial y procesal; se condenó la intervención diplomática para el cobro de reclamaciones pecuniarias; se eliminó del derecho público de estas naciones el derecho de conquista; se preconizó la conveniencia de celebrar tratados de extradición de criminales, y, por último, se declaró que el arbitraje era el medio mejor para dirimir todos los conflictos que pudieran suscitarse entre las diversas naciones de la América.

Para simbolizar la unión de las Repúblicas Americanas, se creyó que nada era más adecuado, que crear una oficina internacional, encargada de recoger y distribuir informes comerciales de todo género.

¿Cuál fué el fruto de aquella Conferencia? ¿Cuál el resultado práctico de aquel esfuerzo generoso llevado á término para identificar los intereses comerciales y políticos de la América?

Los resultados prácticos fueron escasos; pero no dejaron de tener una alta significación.

La Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas se estableció en efecto en Washington; se hicieron estudios para el trazo de la vía férrea intercontinental, y se llegó á imprimir en tres idiomas la nomenclatura comercial.

Sin embargo, todas las demás recomendaciones hechas, sólo fueron la expresión de ideales nobles, de aspiraciones legítimas, de propósitos, algunos de ellos, tal vez irrealizables.

No puede decirse, empero, que aquella Conferencia no verificara una obra de inmensa utilidad. La Conferencia había sido un lazo de unión entre los pueblos del Continente; había revelado á cada uno la comunidad de sus intereses; había traído, para los más, promesas de bienestar futuro; todos se habían conocido más íntimamente; todos habían dado muestras de su potencia comercial, y todos habían contribuido á levantar un ideal que flotara sobre ellos como una inmensa esperanza de realización posible.

Si este hubiera sido el único bien que se hubiera obtenido de la Conferencia de 1889, él era bas-

tante para recompensar la labor de los hombres de estado que concibieron su convocación y de aquellos llamados á discutir los problemas comprendidos en su programa.

La obra transcendental que las conferencias de este género se proponen realizar, no puede ser labor de un día, sino un trabajo lento y sucesivo que las generaciones operan á través de los tiempos.

Los ensueños de ayer se truecan á la postre en las realidades de hoy; y las concepciones de los pensadores, y las quimeras de los poetas, y los esfuerzos de los hombres de estado llegan al fin á convertirse en leyes eficaces, en preceptos de utilidad práctica y en rumbos que señalan el camino del engrandecimiento y la prosperidad.

Los pueblos, como los hombres, necesitan de ideales que los sostengan en la lucha tenaz que emprenden para la realización de sus destinos; y esos ideales han de ser para ellos lo que la columna de fuego, que á través del desierto iba guiando la marcha incierta del pueblo de Israel.

El gobierno de los Estados Unidos, lleno como siempre de entusiasmo por todo lo que puede afectar los intereses del Continente Americano, creyó que debía insistir en su propósito de reunirse á discutir todo lo que afectara á sus relaciones internacionales; é indicó la conveniencia de que se efectuara un nuevo Congreso Pan-Americano.

Escogida la Ciudad de México para que en ella se verificara, el Gobierno de los Estados Unidos Mexicanos, en 15 de Agosto de 1900, dirigió una invitación á todos los gobiernos de América para que en Octubre de 1901 se renniera en la capital de la República la expresada Conferencia.

El programa de la Segunda Conferencia Internacional Americana quedó comprendido en las siguientes proposiciones:

- I. Puntos estudiados por la Conferencia anterior, que la nueva Conferencia decida reconsiderar.
- II. Arbitramento.
- III. Corte Internacional de Reclamaciones.
- IV. Medios de protección á la industria, agricultura y comercio. Desarrollo de las comunicaciones entre los pueblos de la unión. Reglamentos consulares, de puertos y aduanas. Estadísticas.
- V. Reorganización de la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas.

El programa, como se ve, era tan amplio como el de la primera Conferencia, y estaba llamado á ocasionar de nuevo una amplia y profunda discusión de todos aquellos principios que pueden servir para fundar la prosperidad agrícola, industrial, comercial y política de la América.

La Segunda Conferencia Internacional Americana aprovechó, sin embargo, la experiencia adquirida en 1889; ya no quiso limitarse á hacer recomendaciones más ó menos eficaces á los Gobiernos del Continente; sino que procuró redactar, discutir, aprobar y firmar tratados y convenciones que, por su forma y por su fondo, pudieren ser sometidos á la ratificación de los Cuerpos Legislativos de la América, y convertidos por ende en obligaciones de carácter internacional.

La obra de aquella Conferencia consistió en seis convenciones, cuatro tratados, un protocolo de adhesión á los tratados de la Haya de 29 de Julio de 1899, ocho resoluciones y tres recomendaciones.

Las convenciones tenían por objeto: el cambio de publicaciones científicas, comerciales é industriales; la protección de la propiedad artística y literaria; la formación de códigos de Derecho Público y Privado de América; el reconocimiento de la validez de los títulos profesionales; los derechos de los extranjeros, y la celebración de un congreso geográfico que habia de reunirse en Río Janeiro.

Los tratados comprendían: las leyes de patentes y de marcas de fábrica, la extradición de criminales y la protección contra la anarquía; la sumisión á arbitraje de todas las reclamaciones pecuniarias y al arbitraje obligatorio para todas las

cuestiones que no afecten la independencia y el honor de las Naciones; declarando desde luego que no se considerarían comprometidos ni la independencia ni el honor nacional, en todas las controversias sobre privilegios diplomáticos, límites, derechos de navegación y validez, inteligencia y cumplimiento de tratados.

Las resoluciones se referían: á proseguir empeñosamente la obra del ferrocarril intercontinental, á convocar congresos especiales para estudiar el régimen aduanero y las leyes sanitarias, así como las condiciones de la producción y consumo del café; á reorganizar la Oficina de las Repúblicas Americanas, y á establecer la forma y manera en que habían de convocarse de un modo sistemático las futuras conferencias internacionales.

Las recomendaciones tenían por fin: llamar la atención de los pueblos de América acerca de la conveniencia de establecer un banco pan-americano; de crear una comisión arqueológica para el estudio de las antigüedades de América; y preconizaba las ventajas que está llamado á producir el gran Museo Comercial de Filadelfia.

Si todas las Naciones representadas en aquella Conferencia, después de su celebración, hubieran enviado á sus respectivos Poderes Legislativos para su estudio y ratificación todas las convenciones y tratados ajustados, y éstos hubieran llegado á

ser sancionados por todos los Gobiernos, la obra de la Conferencia de México hubiera sido de una importancia tal, que se hubiera podido gloriarse de ser la más fructuosa de todas las conferencias internacionales celebradas en el transcurso de los siglos.

Pero aun cuando así no sea, los resultados prácticos obtenidos ya son bastantes para hacerla inolvidable y para demostrar que ella ha venido á contribuir, más que otra alguna, al adelanto comercial de la América y al progreso de una idea noble y generosa: la pacificación universal.

Algunas de las Naciones de Centro América—Guatemala, El Salvador y Honduras,—dieron su aprobación á toda la labor de la Conferencia de México. Los Estados Unidos ratificaron la convención del cambio de publicaciones; y oportunamente se verificó en Enero de 1903 el Congreso Aduanero de Nueva York; y en Diciembre de 1902 y en Octubre de 1905 los Congresos Sanitarios cuya labor ha sido tan provechosa, que el 14 de Octubre de 1905 se firmó una nueva convención conforme al texto de la de París, para reglamentar todo lo que se relaciona con los servicios sanitarios y las cuarentenas.

Pero la obra de la Conferencia de México que está llamada á perpetuar su nombre á través de la historia, es la convención relativa al arbitraje obli-

gatorio de las reclamaciones pecuniarias; porque ratificada por el Congreso de los Estados Unidos, por el de México y por el del Perú, bien pronto lo será por todas las demás naciones del Continente.

Para medir el alcance de esta Convención, basta considerar que, á pesar de los esfuerzos gigantescos emprendidos en todo el mundo civilizado para renunciar al empleo de la fuerza para hacerse justicia y lograr que reine sobre la tierra una era de paz y de concordia, esta es la primera vez que se consagra, en forma general y obligatoria, en un tratado internacional, el principio que enunciara el gran jurisconsulto argentino Drago de que el cobro de deudas públicas y reclamaciones pecuniarias no debía efectuarse jamás por medio de la fuerza.

Cuando los grandes pensadores Grocio Pufendorf y Vattel se atrevían á predicar los principios de la paz perpetua, como un mágico ensueño de realización imposible; cuando los filósofos, como Bentham y Kant, querían prevenir la guerra constituyendo tribunales internacionales y congresos permanentes de naciones; cuando el publicista Stuart Mill, sobre los lazos de simpatía entre los pueblos, pretendía erigir una corte suprema de justicia constituida por ellos para dirimir sus diferencias; cuando los tratadistas de Derecho Internacional como Levi y Bluntschli, estudiaban los

procedimientos para los casos de arbitraje, no pudieron imaginarse que lo que no era sino fantasías vanas, quimeras risueñas, dorados espejismos é ilusiones eugafiosas, habría bien pronto de convertirse en reglas y principios de derecho, máximas de justicia, obligaciones eficaces y preceptos de necesario cumplimiento.

Cuando el Gobierno de los Estados Unidos de América y el de México, en el tratado de Guadalupe Hidalgo, se comprometieron á procurar de la manera más sincera y empeñosa conservar la paz, usando al efecto de representaciones mutuas y de negociaciones pacíficas para evitar los desacuerdos que entre ellos pudieran surgir, ya con motivo de la inteligencia de dicho tratado, ó ya respecto de otras materias en las relaciones políticas y comerciales de ambos países; y cuando el mismo Gobierno de los Estados Unidos y el de la Gran Bretaña sometían á arbitraje las reclamaciones de Alabama en 1871, no pudieron suponer tampoco que en un período relativamente corto la solución pacífica de los conflictos internacionales realizara progresos tan inmensos, que llegara á convertirse en una obligación á sabiendas contraída y de cumplimiento necesario para determinado género de disputas y controversias.

Pero esto depende de que la civilización humana, como los terrenos de aluvión, es de una for-

mación lenta y sucesiva, en la cual los años y los siglos, van dejando aglomerada su labor incesante, hasta preparar el campo rico y fecundo de donde han de brotar en floración perpetua las ideas nobles, los sentimientos generosos, llamados á restablecer sobre la tierra el reinado de la paz y de la justicia.

Otro acto de la segunda Conferencia Internacional Americana es digno de llamar la atención, no sólo de las naciones del Continente, sino del mundo civilizado; y es el protocolo de adhesión á los tratados que se firmaron en la Haya en 29 de Julio de 1899.

En efecto, de las naciones de América sólo concurrieron á la Conferencia de la Haya, los Estados Unidos y México; y las demás del Continente dejaron de tomar parte en la celebración del tratado que estableció por primera vez el tribunal internacional llamado á hacer eficaz, por medio de sus resoluciones, los convenios de arbitraje obligatorio que pudieran subscribirse por todas las naciones del mundo.

No es este el momento oportuno para emitir un juicio acerca del Tribunal de la Haya, que es el esfuerzo más inteligente y la institución humana más augusta y respetable llevada á cabo para ayudar eficazmente al establecimiento de la paz universal; pero sí podemos considerar que el hecho

de que sean llamadas á disfrutar de sus beneficios todas las naciones de América, puede estimarse como una de las grandes conquistas obtenidas en el siglo XX.

Si en lo futuro las naciones han de decidirse á ir aumentando lentamente los diversos casos en que el arbitraje pueda ser obligatorio, ya cuando se trate de la interpretación de las convenciones y tratados; ya cuando se refieran á asuntos que no preocupen la independencia y el honor nacionales, hasta llegar á aceptarlo en toda su extensión, nada habrá de contribuir de una manera más poderosa á su realización, que el Tribunal Internacional de la Haya, que en medio de la desolación que las guerras engendran, y de los sacrificios de vidas humanas que traen consigo, y de la destrucción de la riqueza pública que ocasionan, habrá de ser visto por los pueblos como el arca de donde habrá de salir la paloma mensajera de la paz universal.

La Conferencia de México aseguró todavía otro beneficio para América: la periodicidad de las conferencias, para continuar estudiando todas las cuestiones que á la América interesan, y por virtud de la cual habrá de reunirse en breve la Tercera Conferencia Pan-Americana en la capital de la gran República del Brasil.

No es posible á la sagacidad humana penetrar con mirada investigadora entre las sombras del

porvenir, para poder asegurar lo que habrá de ser la próxima Conferencia Internacional Americana, y las que en el transcurso de los tiempos la sucedan; pero sí puede asegurarse, sin temor de incidir en un error, que cada una ha de ganar en importancia á la que preceda, y que todas se han de afanar por hacer más y más estrechos los lazos que unan á todas las naciones de este hemisferio.

Si hemos visto que el acercamiento de los pueblos entre sí habrá de llevarse á cabo mediante algunos sacrificios impuestos al egoísmo nacional; y si hemos considerado que estos sacrificios son á la postre los que, sin borrar las fronteras que dividen á las naciones, habrán de contribuir á la constitución de la humanidad de mañana, natural es suponer que todas estas conferencias que la América haya de celebrar de tiempo en tiempo habrán de ser nuevas etapas que vayan marcando el camino recorrido para alcanzar el ideal que nos ampara y nos alienta.

El Nuevo Mundo, regido por instituciones libres, administrado por gobiernos justos, impulsado por ambiciones nobles, es el terreno más apropiado para ensayar las formas nuevas del derecho futuro; y debemos esperar que á la creación de este derecho habrán de consagrar todos sus esfuerzos las conferencias pan-americanas.

ALOCUCIÓN

PRONUNCIADA

EN NOMBRE DE LA

ACADEMIA DE LEGISLACIÓN Y JURISPRUDENCIA

EN LA SESIÓN SOLEMNE

CELEBRADA EN 4 DE OCTUBRE DE 1907,

EN QUE FUÉ RECIBIDO COMO SOCIO HONORARIO

EL SEÑOR

ELIHU ROOT,

SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES

DE LOS

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA.



SEÑOR:



A ACADEMIA MEXICANA DE LEGISLACION Y JURISPRUDENCIA me ha encomendado la gratísima tarea de presentaros, en su nombre, sus parabienes por vuestra feliz llegada entre nosotros y de expresaros el regocijo que experimenta al tener ocasión de dar público testimonio de altísimo respeto y estima al gran estadista, al eminente jurisconsulto y al célebre orador que en su elevado carácter de Secretario de Estado del Gobierno de los Estados Unidos de América, es hoy ilustre huésped de la Nación Mexicana.

Si no hubiera tomado en cuenta sino los merecimientos míos, escasos por extremo, sobre todo cuando se miden con los que poseen los demás miembros que forman nuestra Academia, hubiera rehusado tan insigne honor; pero he creído ver en su acuerdo el propósito manifiesto de que sus ho-

menajes sonaran en vuestros oídos, para que os fueran más gratos, con los ecos de una voz amiga, y no vacilé en aceptarlo; porque eso me ha hecho pensar una vez más que las marcadas muestras de simpatía, de que yo os soy deudor, base y cimiento de la amistad nuestra, fueron las que empeñosamente quisisteis otorgar á México en la persona de quien entonces fuera su representante en Washington.

El pueblo mexicano, desde el instante en que pisasteis su territorio, y nuestro Gobierno, desde que os invitó para que vuestra visita á la América Latina tuviera en México su remate y fin, os han significado á porfía, con manifestaciones de todo género, que desean vivamente que los lazos que á vuestro Gobierno nos unen desde hace luengos años, atados por intereses comunes y fortificados por ideales comunes también, lleguen á ser más estrechos cada día, y han celebrado jubilosamente el empeño asiduo que á su vez pone vuestro país en cultivar relaciones más y más íntimas con las Repúblicas de la América, con el objeto de que, animadas todas de un mismo espíritu y guiadas por una misma política, hagan de nuestro Continente el gran palenque de las pacíficas luchas del trabajo humano. No se os han escatimado tampoco los aplausos entusiastas de que es merecedora vuestra labor como Secretario de Relaciones

Exteriores del Gobierno de los Estados Unidos; porque tuvo un eco simpático en todos los pechos mexicanos el programa de vuestra política internacional, que hiciera suyo después el Presidente Roosevelt en su último mensaje á las Cámaras y que disteis á conocer al mundo cuando fué vuestra tribuna la Conferencia Pan-Americana, cuando tuvisteis por auditorio á la América entera agrupada en vuestro alrededor y cuando á todos nos abrigó el suelo hospitalario del heroico y noble pueblo del Brasil.

Empero, la Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia, sin desconocer vuestros merecimientos como hombre de Estado, ha querido limitarse á honrar al abogado que ha dado lustre y brillo al Foro Americano, al jurisconsulto á quien deben admiración sin tasa todos los pueblos regidos por instituciones democráticas y al orador cuya elocuencia suele recordar la elocuencia latina, ora resuene su voz en los estrados de los tribunales, ora se la escuche en las academias y universidades, ora vibre enérgica é inspirada en la tribuna popular.

Vos, señor, habéis sido el tipo perfecto del abogado y habéis sabido llenar la tarea augusta que le toca desempeñar en las sociedades modernas.

El abogado es un sacerdote á quien corresponde cumplir, en los combates encarnizados que

libran en la vida los intereses humanos en pugna, una misión de paz y de concordia. El es el defensor de los hogares cuando la maldad humana los persigue; es él quien fortifica los lazos del amor que mantienen la unión de la familia, cuando es para ella una amenaza la depravación de las costumbres. Para ayudar á los que trabajan es siempre un maestro; para llevar á cabo una buena distribución de las riquezas adquiridas, es un consejero; para predicar el respeto debido á las leyes, es un ejemplo, así como es una autoridad para asegurar el prestigio de ellas en la comunidad social. Su ciencia debe ser un arsenal para armar á los débiles y un escudo para proteger á los poderosos; su voz ha de ser una plegaria para impetrar el perdón de la sociedad en favor de los que por medio del crimen socavan sus cimientos, é implacable requisitoria cuando en nombre de la sociedad pide el castigo. Para los pobres que se esfuerzan en defender el pan adquirido para sus hijos, es un apoyo; para los ricos que se preocupan de la inversión productiva que conviene dar á sus fortunas, un guía; y si para los errores que unos y otros comparten y que tienden á dividirlos debe ser la equidad, para poner término á las luchas en que irremisiblemente se empeñan, habrá de ser siempre la justicia.

Y vos habéis sido todo esto en vuestra vida de

abogado ejemplar, y por ello os habéis ganado el amor de los pobres y la confianza de los ricos y el respeto de toda la sociedad que os ha colocado entre las eminencias del Foro Americano, del cual tan sólo ha podido apartaros la necesidad de servir los grandes, los superiores intereses políticos de vuestro país.

Vuestros importantes trabajos como estadista y como jurisconsulto no os recomiendan menos á nuestra admiración.

El jurisconsulto, en nuestra época actual, no es tan sólo aquel que en el Foro Romano *ex solio tanquam ex tripode* resolvía los conflictos que suscitaba la aplicación de las leyes; porque ahora la participación del pueblo en la labor gubernamental y las necesidades siempre crecientes de la vida democrática, han ensanchado su esfera de acción, haciendo que fuera para la sociedad lo que el abogado ha sido para el individuo y para la familia. El jurisconsulto es un mentor de los pueblos; en medio de nuestros afanes por obtener una mayor prosperidad y en medio de nuestro anhelo constante por formar como ciudadanos parte del Poder Público, él señala el rumbo de nuestra vida social y política y se encarga de dictar las leyes que han de corresponder á nuestras costumbres, así como las que han de ser necesarias para encauzar su evolución. De pie, sobre la proa de la na-

ve, fijos los ojos en el lejano horizonte, él nos lleva siempre por los caminos que conducen á los pueblos á una mayor prosperidad.

Y vos pertenecéis á la pléyade de jurisconsultos que son gala y orgullo de la América.

Frescos están todavía los laureles que cosechasteis en la Universidad de Yale con las conferencias que disteis acerca de la participación que toca á los ciudadanos en el gobierno. Vuestras lecciones han enseñado cuáles son los derechos que los ciudadanos tienen en los pueblos regidos por instituciones democráticas, y cuáles los deberes que han menester llenar para que los gobiernos sean fiel representación de la voluntad popular.

Y también considera de justicia la Academia celebrar al gran orador cuya voz viene escuchando la América desde hace más de un año con general contentamiento; porque le ha hablado siempre de los altos ideales que ella persigue desde los primeros días de su vida independiente y libre.

No es vuestra elocuencia obra de la meditación y del estudio; no conserva, como la de los discursos del griego Demóstenes, el olor del aceite de vuestra lámpara nocturna. Ella es fácil y espontánea como la que conviene á los hombres que en todo momento deben estar apercibidos á hablar á los pueblos de sus derechos y deberes en las democracias, y ella siempre está llena de aquel razo-

namiento severo y de aquella lógica inflexible, únicos que pueden persuadir y convencer.

Sin embargo tiene vuestra elocuencia á las veces todo el calor y toda la pompa y toda la vivacidad de la elocuencia latina.

Cuenta Plutarco, en la vida de Cicerón, que cuando el gran orador maravillaba á los habitantes de Rodas con sus discursos, Apolonio Molón, un día, al escucharlo, no dió señal de admiración; pero que cuando hubo concluido le dijo: «Cicerón, yo os alabo y os admiro al igual de los demás; pero deploro la suerte de la Grecia, porque os lleváis á Roma lo mejor que á la Grecia le quedaba: el saber y la elocuencia.»

Nosotros, en la América Ibero-Latina, menos egoístas que Apolonio Molón, no deploramos, antes aplaudimos y premiamos al orador en cuyos labios hemos oído vibrar los acentos de la elocuencia latina.

La Academia Mexicana de Legislación y Jurisprudencia, al daros hoy el diploma que os acredita como su socio honorario, ha querido llamar la atención de nuestro país acerca de vuestros méritos indiscutibles como abogado, como jurisconsulto y como orador, y de una manera señaladísima otorgaros la dignidad más alta que ella en su seno puede conferir.

Señor:

Sed bienvenido entre nosotros; que vuestra visita á la tierra mexicana sea fecunda en bienes á nuestros dos países; que sea ante todo un vínculo más que afiance la amistad sólida y sincera que á ambos los une, y que ya que es el término de vuestro paseo triunfal por la América Latina, ella corone vuestra carrera de estadista con mayor fama para vuestra labor y con nueva gloria para vuestro nombre.



ÍNDICE

	PÁGS.
Discurso pronunciado en honor del Señor Licenciado Don Manuel Romero Rubio, en el Teatro Nacional, el día 14 de Octubre de 1886.....	5
Discurso pronunciado en las Honras fúnebres del Señor J. H. Duarte Pereira, Representante del Brasil en la Conferencia Internacional Americana.....	29
Los últimos días del Maestro Ignacio M. Altamirano..	37
Discurso pronunciado en memoria del Señor Don Rafael A. de la Peña, en la sesión solemne que en su honor celebró el Liceo Altamirano, el día 12 de Octubre de 1907.....	79
Discurso pronunciado en memoria del Señor Licenciado Don Alfredo Chavero, en la sesión solemne que en su honor celebró el Liceo Altamirano, el día 9 de Noviembre de 1907.....	115
Discurso pronunciado en memoria del Señor Don José Peón Contreras, en la sesión solemne que en su honor celebró el Liceo Altamirano, el día 21 de Diciembre de 1907.....	155
Oración fúnebre pronunciada ante el cadáver del Señor Licenciado Don Ignacio Mariscal, el 17 de Abril de 1910.....	195

	PÁGS.
—	—
APÉNDICE.—Brindis pronunciado en el baquete ofrecido á los Delegados de la Unión Liberal, la noche del 20 de Junio de 1903.....	205
Brindis pronunciado en el Banquete ofrecido al Licenciado Joaquín D. Casasús, en la noche del 18 de Septiembre de 1905	217
La Conferencia Pan-Americana y su significación.— Discurso pronunciado en la Academia Americana de Ciencias Políticas y Sociales de Filadelfia, en 24 de Febrero de 1906.....	225
Alocución pronunciada en nombre de la Academia de Legislación y Jurisprudencia, en la sesión solemne celebrada el 4 de Octubre de 1907, en que fué recibido como socio honorario el Señor Elihu Root, Secretario de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos de América.....	245



FE DE ERRATAS

PÁGINA	DICE:	DEBE DECIR:
—	—	—
5	1886	1896
14	ostrasismo	ostracismo
31	Docitur	Ducitur
35	decrise	decirse
40	cilencio	silencio
41	ton	tan
63	escucharlo	auscultarlo
91	Donato	Donoso
162	Ios	los
202	necesarlo	necesario



*Este libro se acabó de imprimir
en México, en la Imprenta
I. Escalante, S. A.
el 31 de Julio
del año de
1911.*

F1405
C3
v.1

CAP.

AUTOR

31496

CASASUS, Joaquín Demetrio
TITULO

f-381

